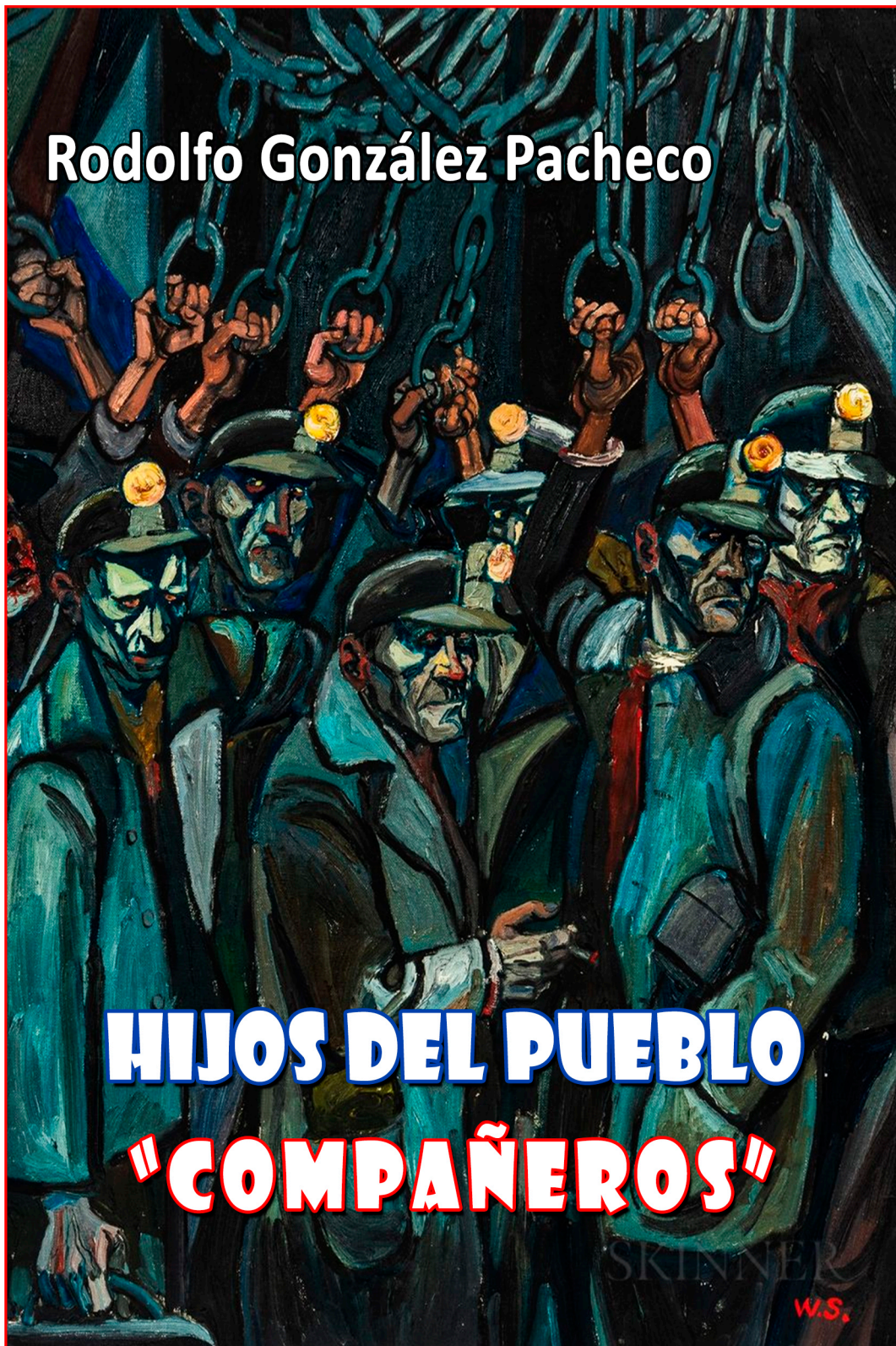


Rodolfo González Pacheco



HIJOS DEL PUEBLO
"COMPAÑEROS"

SKINNER
W.S.

¿Dónde está la obra teatral que interprete la intensidad de la vida que hoy vive el pueblo, y que un poeta cabal debiera sentirla viva también hasta en el terrón y el hierro?... No la hay.

Pero, habrá. Y de eso se trata con esta publicación, de estimular el cariño a este arte, popular por excelencia; de ennoblecerlo a fuerza de hacerlo fiel con lo más noble y profundo que tiene el pueblo, su coraje y su esperanza.

Publicaremos para esto cuanto bueno haya, mientras esperamos que lo mejor venga. Como esperamos los anarquistas todo: trabajando.

Así se expresa González Pacheco en la declaración de intenciones que preludia la obra “Compañeros”, que aquí publicamos junto a “Hijos del pueblo”.

Disfrútenlas.

Rodolfo González Pacheco

HIJOS DEL PUEBLO



“COMPAÑEROS”

Hijos del pueblo. Drama en un acto.

1ª ed. Santiago de Chile



Editorial Eleuterio, 2015.

Web: <http://eleuterio.grupogomezrojas.org>

Contacto: eleuterio@grupogomezrojas.org Santiago de Chile

Portada original: Ilustración de Kupka, del libro *El Hombre y la Tierra* de Élisée Reclus (1909).

Compañeros. Drama en cuatro actos

Ediciones «Tierra y Libertad». Barcelona.

Publicación: 1936.

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Rodolfo González Pacheco

ÍNDICE DE CONTENIDO

Rodolfo González Pacheco.

Felipe Pigna

HIJOS DEL PUEBLO

Nota preliminar

Presentación

Personajes

Acto único

“COMPAÑEROS”

Posición

Personajes

Primer Acto

Segundo Acto

Tercer Acto

Cuarto acto

Una cronología de Rodolfo González Pacheco.

Vladimiro Muñoz

RODOLFO GONZÁLEZ PACHECO

Felipe Pigna

Cuando al dramaturgo Rodolfo González Pacheco, en la Sociedad de Actores, le preguntaron cómo se había hecho anarquista, respondió sonriente: «La culpa es de unos agitadores que disfrazados de marineros y vendedores de casimires de contrabando llegaron una tarde a la estancia de mis padres, en los primeros años de este siglo. Yo era un hijo de papá, un aprendiz de gaucho, mujeriego en los bailes de rancho y pendenciero en las reuniones de pulpería. Respetado por los gauchos que veían en mí más que al mozo guapo a un protegido de los milicos porque era hijo de estanciero. Aquellos falsos contrabandistas pidieron

permiso para pernoctar, y de acuerdo con la costumbre hospitalaria de nuestra pampa, se les dio carne asada y catres para pasar la noche. Al día siguiente, cuando se fueron, uno de los peones me trajo una colección de folletos que los forasteros se habían olvidado en el galpón, repartidos estratégicamente para que se pudieran hallar después de irse... eran pensamientos de Bakunin, de Kropotkin, de Pietro Gori, de Malatesta. Al leerlos, fue la primera vez que advertí que en el mundo había algo más que las ginebras, guitarras y carreras cuadreras. Había gente que se preocupaba por sus congéneres. Y que mi vida era canallesca comparada con la nobleza y los sentimientos de esa gente...».

González Pacheco fue un aclamado hombre del teatro: conmovió a los sectores populares con sus obras *Hermano lobo*, *Las víboras*, *La inundación*, *Hijos del pueblo*. Aunque durante mucho tiempo esas obras se estrenaron en las salas céntricas, él las escribía especialmente para que se presentasen en los «cuadros filodramáticos» (teatros con los que contaban todas las sociedades de resistencia), creadas por socialistas y anarquistas.

Fue un nato sembrador de ideas. Un orador político por excelencia. Estuvo en todo el país para hablar. Habló en todas las campañas: la de Radowitzky, la de Sacco y Vanzetti, la de los mensúes, la de los mineros. Pero ante todo fue el creador de «los Carteles»: eran recuadros que se publicaban

en los periódicos anarquistas y donde se tomaba posición ante los acontecimientos públicos que se conocían.

Fundó el semanario *La Mentira*, que fundó junto al policía Federico Gutiérrez. Participó escribiendo en *Germinal*, en *Campana Nueva*, en *La Batalla*.

Por estar en contra de la *Ley Social* y la *Ley de Residencia*, junto a otros luchadores fue preso a Ushuaia. Pero no se amilanó, y apenas regresado a Buenos Aires fundó *Libre Palabra* y *El Manifiesto*. Poco tiempo después creará *La obra*, aunque durante la Semana Trágica, Yrigoyen hizo que esa obra fuera clausurada, junto con *La Protesta*.

Aun con las amenazas de cárcel, Pacheco creó *Tribuna proletaria*. Durante el gobierno de Alvear lo condenan a seis meses de prisión por los elogios hacia el alemán Kurt Wilckens.

En 1936 irá a defender al pueblo español contra Franco. Y en 1943 ya no pasarán sus obras en los sindicatos.

La huelga fue llevada a cabo por la Federación de Obreros de Construcciones Navales. Debajo del nombre tenía en letras grandes, la palabra autónoma, para que no hubiera dudas. Tenían su sede en Pedro de Mendoza 1915, en el corazón de la Boca. Después de trece meses de huelga, cayeron vencidos. Pero, como lo dijo el último boletín repartido en los muelles, en los diques y en las calles de

Barracas y La Boca: «Sin arriar bandera». El motivo de la huelga de 1956 fue por mejor calidad de vida: horario de seis horas en lugar de ocho, para poder dedicar más tiempo a la cultura y a la familia, para gozar de la naturaleza. Fueron vencidos por los militares Aramburu y Rojas. Los marinos de guerra fueron los más insistentes en eliminar del puerto toda semilla de innovación social. El almirante Sado Bonet y el capitán de navío Patrón Laplacette, ministro de Obras Públicas e interventor de la CGT, fueron los artífices de la derrota obrera.

9 de Abril de 1994.

HIJOS DEL PUEBLO

Estrenada el 29 de junio de 1921, por la Compañía Rioplatense (Camiña) en el Teatro Boedo.



RODOLFO GONZÁLEZ PACHECO

Hijos del Pueblo

Editorial
Eleuterio



Es más lindo forjar el verso y cantarlo en medio de la tormenta; alzar la torre, no en el retiro, sino entre la tempestad, mientras el andamio cruje y baila sobre el vacío, y el viento, como un compañero loco, nos alborota las greñas y hace chasquear nuestras blusas como banderas.

Rodolfo González Pacheco

NOTA PRELIMINAR

La vida de Carlos Rodolfo González Pacheco (Tandil, Provincia de Buenos Aires, 1882–1949) fue en sí misma una respuesta a las grandes preguntas que se formuló toda una época. Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, las sociedades de todo el mundo que se habían industrializado comenzaron a entregar los frutos de la revolucionaria transformación de sus condiciones de vida: una terrible indiferencia a la salud y a la dignidad de una inmensa clase de trabajadores, que sórdidamente se aglomeraba en los nacientes suburbios que las ciudades les ofrecían para habitar. Aplastados por el peso de los nuevos mecanismos industriales de producción, la vida de muchos individuos se empobreció al ser encadenada al frío ritmo de las máquinas. Por el contrario, al lado de esta degradación social, las riquezas y los patrimonios de los propietarios capitalistas, responsables de imponer esas condiciones de trabajo y de vida, aumentaban

exorbitantemente, en una época en la que ya habían hecho de la totalidad del mundo un enorme yacimiento de oro. Se conformó entonces una sociedad sustentada por una brutal explotación hacia muchos trabajadores, quienes, frente a la institucionalización económica y política de toda esa miseria, impulsaron agudos cuestionamientos a la forma social que la generaba y justificaba, naciendo así los movimientos obreros revolucionarios del siglo XIX, cuyo norte los orientaba hacia una concepción del ser humano más digna, liberado de las ataduras con que empresarios y gobernantes dominan su vida.

Es la intensidad de esta enorme lucha, librada en medio de convulsiones de un escenario mundial, lo que motiva a González Pacheco, siendo muy joven, a ingresar a la prensa anarquista argentina de la primera década del siglo XX. En medio de una generación todavía ajena al desastre moral que significó el horror de las dos “Guerras Mundiales”, su norte fue la esperanza en la revolución misma e hizo de su palabra un instrumento de lucha, fraguando la totalidad de su vida al calor de las ideas ácratas y trabajando para darles expresión en medio de las agitaciones de su tiempo: “en la hora de la liquidación de un mundo y eclosión de otro”, como el mismo llegó a escribir.

Y su vida y obra, completamente indisociables, fueron enriquecedoras. Se destacó sobresalientemente como orador y escritor, colaborando en la producción de múltiples

periódicos anarquistas. Junto a Teodoro Antillí, su grandioso y entrañable amigo, publicaron casi una decena de periódicos entre 1906 y 1922, de los que se destacaron por su gran cantidad de números *La obra*, *El Libertario* y *La Antorcha*. Por medio de esta labor establecieron diálogos con otros relevantes escritores anarquistas de América Latina, como el mismo Rafael Barrett, cuya imagen ya influenciaba hondamente las ideas de los libertarios de aquella época, siendo muy admirado por González Pacheco como “un señor de la idea y del arte. Señor del coraje alegre y de la voladora esperanza”.

En su trabajo periodístico, González Pacheco entregaba breves textos literarios de carácter moral, entre los que se cuentan sus famosos *Carteles*, como también críticas y apologías a la contingencia política de aquellos días. Ejemplo de esto último fue su manifiesto en defensa de Kurt Wilckens, el célebre vindicador alemán de la “Patagonia trágica”, llegando por ello a ser condenado a prisión. En medio de las agitaciones de esos años, incluso fue deportado al austral penal de Ushuaia, conocida como la “Siberia de América Latina”, en relación a la malograda prisión rusa.

Esta lucha permanente por darle forma concreta a la revolución se tradujo en su participación activa en algunos de los grandes movimientos revolucionarios de aquella época, embarcándose a México en el 1911 y a Europa durante la Revolución Social de España. González Pacheco

entendía con claridad que el rol de escritor no le excluía de poder obrar y transformar activamente su entorno; un artista contemplando al mundo desde una fría torre de marfil será sus ojos objeto de sátira y a él se le opondrá la idea de la necesidad de que todo individuo, sin distinción, está llamado a obrar por la fundamentalmente común conquista revolucionaria. Este es precisamente uno de los tópicos de una importante conferencia titulada *El sentido de la cultura*: “La Mistral, de cuya obra yo soy devoto, por la descarnada raíz de dolor indígena con que la trenza y la tiñe, ha dicho que América está esperando su Dostoyevsky. Ella ve sólo el ángulo literario de este asunto. Lo que el hombre de la tierra espera –indio, gaucho o gringo– no es quien escudriñe su alma, sino quien, con puños de hierro y orientación libertaria, lo alce de su esclavitud y lo lance a la pelea. No un literato, sino un revolucionario”.

Gabriela Mistral también había conocido el obrar revolucionario, viajando a través de inhóspitos pueblos de México como misionera educativa, habiendo sido solicitada por el mismo gobierno mexicano para que plasmase sus pensamientos en la importante reforma educativa que allí se llevó a cabo en la década del veinte.

Alentado por el mismo afán de conducir más lejos sus pensamientos, González Pacheco visitó varios países de Latinoamérica, incluyendo Chile en más de una ocasión. En sus giras otorgaba conferencias donde, según González Vera,

sobresalía su gran capacidad oratoria. De la sociedad chilena hará un agudo análisis crítico contenido en uno de sus carteles de viaje; le llamará la atención cómo gana espacio la vacua remolienda de un pueblo entregado al alcohol, advirtiéndolo al mismo tiempo el origen de esto: “Lo que hay es que, tallo abajo todo placer es dolor, toda llamarada es sombra y toda corola es fango: En el fondo de las copas y en el nacimiento de la vida no hay más que amarguras y desgarrones ¡El pueblo de Chile es triste porque se divierte mucho, tanto!...” . A sus ojos, nuestro pueblo develaba tintes de desencanto y cansancio, tal vez por interminables décadas de trabajo extenuado y brutal discriminación.

Esta necesidad de crítica y análisis tenía como origen la búsqueda de contribuir a la comprensión de la sensibilidad misma de la sociedad. Por ello, la cultura, aquello que debía *cultivar* como sociedad el ser humano, no significaba para él en ningún caso instrucción o conocimiento, sino ante todo conciencia y sensibilidad. Aplicando el mismo concepto altruista que Rafael Barrett, González Pacheco afirma que es precisamente la sociedad la que le da valor y sentido a su obra: “Nada, al fin, es para uno. Y no existe el creador que se nutra de sí mismo ni del orgullo de su obra. Ha de sacar a la calle sus creaciones, y de lo que allí susciten extraerá el pan de su vida; su real salario” .

Aquí hemos llegado al fin a la fuente de donde brotaban todas sus fuerzas artísticas y revolucionarias, el origen de la

solidaridad contra toda injusticia, que fue el sentido de su lucha y de su vida misma: el sencillo y elemental sentimiento de amor al ser humano, de “*simpatía a la vida*” de todos y todas. De aquí nacen sus convicciones anarquistas, y que, en la búsqueda por darles una plataforma cada vez más amplia para su difusión, logró llevar al escenario en numerosas representaciones de teatro, arte social por excelencia, que le valen de gran estima en la dramaturgia argentina de la primera mitad del siglo pasado. Quince piezas en total conforman su producción, iniciándose en 1916 con el estreno de *Las víboras*, un boceto dramático de un acto, que lo sitúa en la trayectoria del también anarquista, dramaturgo y periodista uruguayo Florencio Sánchez. En aquella época el teatro todavía era un importante centro de expresión de ideas, que se podía vincular con profundidad al sentir común de la gente, pues para acercarse a él evidentemente no se necesita leer ni estar instruido, sólo presenciar y emocionarse. Esta cercanía al sentir popular, unida a la precisión de dramas cortos, de uno a tres actos, permitía una eficaz fluidez con los espectadores, los cuales, en su mayoría trabajadores, le asignaron un importante papel para la crítica y la exposición del sentir general de la sociedad. La misma Federación Obrera de Magallanes, durante aquellos años, dirigía también sus directrices culturales por medio de su teatro llamado *Regeneración*, y también con la impresión del periódico *El trabajo*. Con todo, es esta labor como dramaturgo y director teatral la que hace singular eco durante la participación de González Pacheco en la

Revolución Social de España, al fundar en Barcelona el año 1937 la famosa Compañía de Teatro del Pueblo. El valor que González Pacheco le asignaba al teatro queda reflejado con claridad en su propia actividad, que fue ejercida casi ininterrumpidamente durante toda su madurez, concluyendo sólo junto a su vida. Entre sus obras, *Hijos del pueblo*, título tomado de la canción original del mismo nombre, es quizás la de mayor carácter militante. El drama en un acto allí suscitado es en cierto sentido fabulesco, al ser sus personajes casi completamente estereotipados. Claudio, el protagonista, en la exaltación de sus sentimientos y en su vocación de militante anarquista, refleja la fisonomía del mismo escritor enfrentado a la contradicción de querer luchar y no poder hacerlo. El dolor de la injusticia ya se ha esparcido por todas partes. Sin embargo, frente a esta intolerable dominación hacia los trabajadores, el drama se resuelve con el decidido arrojo a la pugna revolucionaria, enarbolando como consigna el canto de *Hijos del pueblo*, como si nuestro autor afirmase que, sin importar las inclemencias que el destino imponga sobre los oprimidos, éstos están obligados a hacer resurgir sus fuerzas para canalizarlas en contra de la fatal sociedad que los atrofia y margina. La naturaleza es generosa, y a cada ser que llega al mundo le entrega las capacidades para disfrutar plenamente de la vida, ¿por qué, entonces, unos han de tener que sacrificarla para que sólo otros la desarrollen?

De esta elemental intuición brotaron las fuerzas que fecundaron la vida de este militante libertario, fuerzas que por su fertilidad la rebosaron para entregarse a todo lo que está fuera de sí, tal como las fuerzas que Antillí reclamaba cuando tan bellamente escribió:

“Mi fuerza es mi sonrisa, la lágrima que no detengo, mi radiosa sensibilidad, amar con fuerza mi ideal, derramar a torrentes la energía oculta que en mí existe acumulada... ¡Mi fuerza es la de la tierra, no la de las peñas! La misma lágrima tiene en mí una raíz viril y engendra la rebeldía. En el dolor de un anarquista no hay apocamiento: hay revolución.”

Josep Verdura
Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas
noviembre de 2015, Santiago de Chile

PRESENTACIÓN

Ningún arte más adentro del pueblo que el teatro. El poeta escénico es, de todos los artistas, el que necesita menos intelectualismo y más entrañas. Como la tierra y las madres, sus criaturas, son, o no son, sin que las salve o las pierda más que la vida que tengan o que les falte.

Y esto, que debiera ser un bien, es, sin embargo, un mal; porque, para la mayoría de los autores, decir pueblo es decir banalidad o simpleza; un estado de conciencia fronterizo de la idiotez sin remedio. Y es sobre esa convicción que fundamentan el teatro que se y lee en todas partes. Lo mejor de él, drama, comedia o sainete, gira siempre dentro de un círculo de tragedia, sin salida hacia la libertad o la justicia; hacia eso que es, precisamente, la realidad popular, tan teatral y rica de arte.

El autor no la ve así, salvo cuando, como Lope en *Fuente Ovejuna*, el propio pueblo le entrega su material militante, el tesoro de su vida épica. Pero, para una de éstas, recordad bien: Todas son pesimistas y fatales; un coro de llantos o de blasfemias ante un destino cerrado, que hay que aceptar o morir.

Y la cosa marcha bien y les da dinero y gloria, en tanto el eterno esclavo no halla, él tampoco, salida a su esclavitud más que volcándose en lágrimas o en sarcasmos. Él mismo se mira en ello como en su más fiel pintura. Y la paga y la aplaude...

Hasta el día en que, aburrido o cansado, no puede aguantarlos más y, no sólo a sus artistas, sino a sus legisladores, sus amos y sus sociólogos, los manda al diablo. Se yergue, da un paso al frente, uno solo, y cuanto entonces fue, creyeron éstos que era su íntima imagen, no es más. El pueblo es otro, y la ley y el arte, la sociología y la fe, todo cuanto parecía tan evidente y profundo, se queda atrás o al margen, royéndoles los zancajos.

Esto es lo que está pasando ahora con el teatro. El proletariado está en trance de superar la llamada civilización burguesa. Hasta donde su existencia es más trágica y oscura, la realidad popular es una gesta de luz; sus dolores son de parto. Y en España, por ejemplo, ya son de crecimiento. Se

apodera de la tierra y de las máquinas; crea otro mundo, plantea otros problemas. ¿Dónde está la obra teatral que interprete la intensidad de esta vida que hoy vive el pueblo español, y que un poeta cabal debiera sentirla viva también hasta el terrón y el hierro?... No la hay.

Pero, habrá. Y de eso se trata con esta publicación: de estimular el cariño a este arte, popular por excelencia; de ennoblecerlo a fuerza de hacerlo fiel con lo más noble y profundo que tiene el pueblo: su coraje y su esperanza. Publicaremos para esto cuanto bueno haya, mientras esperamos que lo mejor venga. Como esperamos los anarquistas todo: trabajando.

R.G.P.
Buenos Aires.

PERSONAJES

María

Ramón

Mecha ¹

Gabriel

Claudio

Vecina

Compañero

¹ En Argentina, persona viva, pícara, que tiene respuesta para todo. También diminutivo de Mercedes

ACTO ÚNICO

Una habitación en casa de inquilinos. Es sala de recibo, comedor y biblioteca; de todo un poco y nada completamente. Hay una mesa con carpeta al centro, con un servicio de mate arriba. Un sillón de mimbre junto a una máquina de coser. Sobre lateral izquierda, una estantería rústica, henchida de tomos sin encuadernar; sobre el fondo, una cómoda con un espejo de pie encima; una polvera, almohadillas de pinches, caja de cintas y de hilos; chucherías. Sobre lateral derecha, un baúl con herramientas. Sillas, perchas, oleografías. Balcón a la calle, puerta al interior; al foro, pasillo, por el que se ve otra sala en igual disposición.

María sobre lateral izquierda; tiene la puerta entornada y llama a media voz, adentro.

MARÍA.— Ven... Sí, hijita; ¡ven!

MECHA.— ¿Eh?... *(Aparece andando en puntillas)*. ¿Qué hay?... *(En el mismo tono bajo)*.

MARÍA.— *(Indicando el cuarto)*. ¿Duerme?

MECHA.— Profundamente.

MARÍA.— *(Sentándose)*. Siéntate.

MECHA.— *(Extrañada)*. ¿Yo?... ¡Oh! ¿Qué hay, mamá?

MARÍA.— ¿Has visto qué concluido, qué enfermo ha vuelto?...

MECHA.— *(Sentándose)*. Sí, pobrecito; bien concluido. Parece otro, casi un viejo.

MARÍA.— Anoche, mientras tú dormías, hemos hablado mucho...

MECHA.— ¿Si?... ¿De qué?

MARÍA.— Me ha prometido dejar todas esas cosas. Reportarse, ser un hombre de su casa.

MECHA.— *(Incrédula, acariciándola con la vista)*. ¿Y usted ha creído?

MARÍA.— ¿Y por qué no?... Tengo que creer. Viene cansado, enfermo. Y a más, me lo ha jurado llorando. *(Próxima también al llanto)*. Sí; lloraba.

MECHA.— ¡Ah, bueno! Mejor, entonces, mamita.

MARÍA.— Sí, de él estoy bien segura. Pero, no es de él sólo que quería hablarte. *(Mira a la puerta de Claudio)*. ¿Duerme?

MECHA.— Sí, duerme, duerme.

MARÍA.— Es de Ramón, tu novio.

MECHA.— ¡Ah!

MARÍA.— Sí, de Ramón. Tú sabes que sus ideas son las de Claudio. *(Mecha asiente)*. Y dónde llevan esas ideas. también lo sabes.

MECHA.— Sí, sé.

MARÍA.— Sí, sabes... Junta, conmigo, has recorrido todo el calvario de mi hijo. *(Pequeña pausa)*. ¡Ah, Señor! *(Suspira)*. Tal vez en el fondo de tantas penas, ellos encuentren algún poco de placer. Pero lo que es nosotras. *(La busca con la mirada, turbia de lágrimas, como si la tanteara en la sombra)*. ¡Cuánto hemos sufrido, hijita!

MECHA.— Sí, sí; pero de Ramón, ¿qué me quería decir?

MARÍA.— *(Retomándose)*. ¡Ah, sí! Es preciso que Ramón deje también esas cosas. Como Claudio. Y si no...

MECHA.— Y, si no, ¿qué?... *(Nerviosa)*.

MARÍA.— *(Enérgica)*. ¡Tú lo dejas!

MECHA.— ¡Oh, mamá! ¡Pero si yo lo quiero!

MARÍA.— ¡Chist!... *(Mira a la puerta del cuarto, alarmada)*. ¡No hables tan fuerte!... Ya sé que le quieres, que le quieres mucho, por eso mismo; por ti, por él. ¿No comprendes?... Yo no quiero que tú renueves mi vida de sufrimiento. Mis penas

parece que al fin van a terminar; Claudio me ha prometido. Pero, si el dolor que a mí me deja, te salta a ti.

MECHA.— Sí, sí; comprendo. Pero, ¿cómo hago?... Yo no sé. Usted sabe que las ideas son para ellos más que todo. (*Desesperada*). ¡Más que el amor también! ¿Qué voy a hacer yo, mamita?

MARÍA.— (*Sorda de energía*). ¡Luchar, resistir, vencer! Y sobre todo, pensar en mí, en ti, en lo que hemos padecido juntas. (*Mecha ha echado la cara en las manos; ella va y la acaricia*). ¡Hijita mía! Ya tengo a mi hijo, a mi Claudio para mí; que no vayas tú, ahora que él viene, a írteme.

MECHA.— ¡Oh, no! Irme, no; ¡nunca!

MARÍA.— ¡Irte, sí! Si no luchas, si no vences, tendrás que irte tras él; seguirle de prisión en prisión, de sombra en sombra...

MECHA.— (*Aterrada*). ¡Oh!

MARÍA.— Pero, lucharás, ¿verdad? ¡Y venceremos! (*Se oye un ruido de pasos en el zaguán y luego un batir de manos*). ¡Chist! ¡Chist!... (*No atina a cómo hacer silencio. Mecha hace*

mutis por lat. izq.; María cierra la puerta tras ella y va al foro a ver. Se asoma hacia el zaguán, nerviosa.) ¿Qué?... ¡No está!... Sí, pero no está. Ha salido.

COMPAÑERO.— *(Trae un diario en la mano; es un obrero, maduro de años). ¡Caramba! (Se planta frente a ella). Yo que creí madrugarle pillarlo en cama descansando de las fatigas del viaje. ¿Llegó bien?*

MARÍA.— Sí, sí, bien. *(Le ataja el paso, pues el hombre fluye cordialidad, claros deseos de pasar y quedarse). Ahora ha salido; no está.*

COMPAÑERO.— Es un contratiempo... *(Vacila, se rasca la frente, al fin sonríe). Soy un amigo, ¡eh! Un compañero.*

MARÍA.— Será; pero él ha salido.

COMPAÑERO.— Bueno, lo siento. Adiós, entonces. *(Gira para irse; la vieja va a respirar satisfecha, cuando él se vuelve de nuevo). ¿Usted es la mamá de Claudio, señora?...*

MARÍA.— *(Ya molesta).* Sí, soy su mamá. ¿Y qué?...

COMPAÑERO.— Entonces le dejo el diario. Aquí hablan de él; lo saludan a su hijito. (*Lo desdobla, señala un punto y se lo entrega*). Aquí: “Claudio Méndez; su regreso de Ushuaia”. ¿Ve?... ¿Puede leer?... (*Se entra hasta mitad de la escena*). ¿Quiere que yo?...

MARÍA.— (*Tomando el diario, desarmada por la atención*). No, hijo, no, gracias. Leeré después; ahora estoy muy ocupada. (*Simula que va a hacer algo*). No tengo tiempo.

COMPAÑERO.— Sí, sí; la dejo. La dejo sola. (Medio mutis, con intención). Sola con su hijo.

MARÍA.— ¿Cómo?... ¿Qué quiere decir?...

COMPAÑERO.— (*Desde la puerta*). Quiero decir que yo también tengo madre, pues. (*Riendo francamente*). Y que cuando estoy con ella, tampoco estoy para nadie en casa. Ella, lo mismo que usted, no quiere que el hijo de sus entrañas sea también hijo del pueblo. Son todas iguales, ustedes. ¡Todas iguales!

MARÍA.— (*Indignada*). ¡Pero, si no está, le digo! ¿Qué quiere?...

COMPAÑERO.— Sí, sí; pero cuando esté, le dice que vine yo, un compañero de los metalúrgicos, a buscarle. Que hay una asamblea del gremio muy importante. Está aquí cerca del local, a las dos cuabras... *(Señala y va a irse, cuando se precipita en la escena, casi llevándose lo por delante, Gabriel).*

GABRIEL.— *(Tipo bohemio, sonámbulo, con melena a toda orquesta).* ¡Doña María! *(Separa al otro y toma la mano de la vieja entre las dos suyas).* ¡La felicito por el retorno de Claudio! ¿Dónde está?...

MARÍA.— *(Con la vista en el Compañero).* Salió, Gabriel. Ha salido.

GABRIEL.— ¡Ay, qué broma! Y yo que me pasé sin dormir la noche, para cazarlo. ¿Adónde ha ido?

COMPAÑERO.— ¿Deseaba mucho verlo?...

GABRIEL.— *(Volviéndose a él extrañado).* ¡Claro que sí!

COMPAÑERO.— Entonces, de aquí un momento *(mira a María),* ¿verdad, señora?, váyase por el local de los metalúrgicos. Allí estaremos.

GABRIEL.— ¿Los metalúrgicos?... (*Mira a los dos*). ¿Y qué tengo yo que hacer en los metalúrgicos?... Le espero aquí.

MARÍA.— Allá no iré. (*Con rabia*). ¡Aquí es su casa!

GABRIEL.— ¡Claro!

COMPAÑERO.— (*Imperturbable*). Aquí está su corazón, con su viejecita, sí; pero sus compañeros están allá. Como también los suyos. Vaya, no más.

GABRIEL.— ¿Mis compañeros?... ¡Pero, amigo! ¡Usted me está confundiendo!... ¿Por quién me toma?... Yo...

COMPAÑERO.— (*Se entra y lo encara, como si sermoneara a un chico*). Usted. ¿qué?... ¿Usted es artista, hace versos?... ¡Bueno! Y nosotros los cantamos. Es con los versos de usted entre los labios que vamos al porvenir. (*Ríe a todo trapo y le echa una mano, como una maza, al hombro*). ¡Recontra! No fue un herrero el que forjó a martillazos ese himno que hoy rueda incendiando el mundo: “Hijos del pueblo, te oprimen cadenas”... ¿No lo oyó nunca?

MARÍA.— (*Mirando alarmada a la puerta de Claudio*). ¡Oh, por favor! ¡No grite!

GABRIEL.— *(Riendo, también, superior)*. Hijos del pueblo, ¿eh?... ¡Pero eso no es arte, ni cerca, amigo! Eso no es nada más que ruido para echar gente a la calle. El arte es todo lo contrario; no tiene nada que hacer con la muchedumbre; necesita de su torre, su retiro. Mire *(sacando de su bolsillo un tomo)*, a propósito: para probarle lo que es poesía pura.

MARÍA.— *(Cada vez más alarmada)*. ¡Chist! ¡Cállese usted también! *(Va a la puerta de Claudio y escucha)*.

COMPAÑERO.— ¡Eh, no! No piense en leer. *(Señala a María)*. ¿No se da cuenta?... Estamos de más los dos. Venga al local, si quiere. Hoy hay asamblea del gremio; resolveremos si vamos, o no, a tomar posesión de los talleres.

GABRIEL.— ¿Y a mí qué?... ¿Qué tengo que hacer yo allá?...

COMPAÑERO.— Allá va a ver que es más lindo forjar el verso y cantarlo en medio de la tormenta; alzar la torre, no en el retiro, sino entre la tempestad, mientras el andamio cruje y baila sobre el vacío, y el viento, como un compañero loco, nos alborota las greñas y hace chasquear nuestras blusas como banderas. Venga al local... *(Se va)*.

GABRIEL.— ¡Oh, qué tipo! *(A María)*. ¿Y quién es éste?

MARÍA.— ¡Qué sé yo! Un compañero de Claudio. Creí que no se iba más.

GABRIEL.— ¡Ah, pero ésta la vamos a discutir! Faltaría, ahora. (*A María, convincente, ingenuo*). Lo peor que no deja hablar; ¿lo vio?... Se viene como si revoleara un martillo. ¡Ah, pero yo lo sigo, lo alcanzo. (*medio mutis*) ¡Y aunque me pegue!... (*Se vuelve*). Claudio duerme, ¿no?... Claro, estará cansado. Ya vuelvo, doña María. (*Sale diciendo*). ¡Me va a enseñar lo que es arte a mí!

MARÍA.— (*Siguiéndolo*). ¡No! Si no. (*Gabriel desaparece sin oírla; ella estalla*). ¡Ha salido Claudio; no está! (*Se vuelve para penetrar lateral izquierda; al ir a abrir la puerta se encuentra el diario en la mano*). ¡Ah! (*Se maravilla como de un regalo*). ¡Aquí hablan de él!... (*Va a la mesa, saca del delantal los lentes, se los cala y empieza a leer*).: “Claudio Méndez”.

VECINA.— (*Por el foro*). ¡Qué temprano la visitan hoy, doña María! Bien se ve que él está en casa...

MARÍA.— (*Suelta el diario y le intercepta el paso*). ¡No, no! ¡No está! ¡Mi hijo ha salido!

VECINA.— (*Que ve salir a Claudio, lateral izquierda*). ¿Ha salido?... (*Abre la boca para protestar, pero vuelve a cerrarla*

en una buena sonrisa de comprensión). Pero, si ahí está, doña María. Ahí viene. *(Vase riendo)*.

CLAUDIO.— *(Ve a su madre, la toma de los hombros y le besa la cara)*. ¿Conque mintiendo, mi vieja? ¿Engañando gente?...

MARÍA.— *(Pillada en falta, se guarece con su pecho, vergonzosa)*. Pero, es que ya empiezan, hijo. Apenas abrí la puerta, vino en tu busca un hombre. Un compañero.

CLAUDIO.— ¿Un compañero?...

MARÍA.— Luego Gabriel, también.

CLAUDIO.— Me hubiera llamado, pues. *(Serio)*. ¡Caray, mamá! ¿A qué negarme?... *(La deja, va a la mesa y ve el periódico)*. ¿Y esto?...

MARÍA.— Lo dejó ése. Dijo que hablaban de ti.

CLAUDIO.— *(Tomándolo)*. ¿De mí?... ¡Ah, pero si es “El libertario”! *(Entusiasta)*. ¡Qué lindo está; nutrido de doctrina; bien impreso! *(Lo recorre en sus cuatro paginitas; María lo*

observa inquieta). Me hubiera llamado, sí. ¿Y qué dijo, qué quería?...

MARÍA.— ¿Gabriel?... Gabriel va a volver.

CLAUDIO.— ¡No! (*Exaltado*). ¡Qué Gabriel! ¡El otro; el compañero!

MARÍA.— (*Medio mutis, lateral izquierda*). Verte, quería... y que fueras al local.

CLAUDIO.— (*Abandonando el periódico, para sí*). “El Libertario”. Aquí apareció el artículo por el que me condenaron; aquí saludan mi vuelta. Yo caí, pero otros siguieron. (*A la madre, que está en la puerta*). Mamá: no debe negarme a nadie. Eso está mal.

MARÍA.— (*Sentida*). Muy bien, hijito; no lo haré más; perdóname.

CLAUDIO.— (*Viéndola a punto de irse*). ¡Eh, pero no! ¡No se vaya! (*Va a ella y la atrae*). Cuando digo que está mal...

MARÍA.— Sí, hijito, sí, está mal. No lo haré más. (*Desasiéndose de Claudio*). Pero, también está mal hacer creer a tu madre en una felicidad que ya no esperaba.

CLAUDIO.— ¡Hombre! ¡Vaya! No tome en drama la cosa ¡Viejita linda! ¿Qué le dije anoche?... ¿Ya se olvidó?

MARÍA.— No me olvidé, no. Me dijiste que ibas a dejar todo, ¡todo! Que serías mi hijo, mío; mío nada más. Eso dijiste, Claudio. (*Mirándole a los ojos*). Que dejarías las ideas, los diarios, los compañeros: todo eso, en fin, que desde que fuiste hombre, te arrancó a mis brazos (*besándolo*), a mis besos.

CLAUDIO.— ¡Ah, no, no! ¡Que dejaría las ideas, no; eso no! ¡Que dejaría la lucha, sí; eso sí! Y estoy resuelto a cumplirlo...

MARÍA.— (*Desencantada*). Pero, no dejarás nada, nada. ¡Ya te veo! Con la sola noticia de que vino un compañero, has cambiado hasta de gestos. ¡Si te conoceré!

CLAUDIO.— (*Nervioso*). ¡Pero, mamita, mamita! Lo dicho, dicho está. No iré con ellos, no escribiré más periódicos, no subiré a las tribunas más. Pero recluirme, negarme, esconderme. ¡Eso es ridículo! ¿No comprende?...

MARÍA.— ¡Si te conoceré!

CLAUDIO.— (*Pasea sin oírla*). ¡Mis compañeros! Son mis hermanos, mis compañeros. ¡Pobrecitos! Enterados de mi vuelta del presidio, vienen aquí a saludarme. A decirme que mientras yo estuve preso, inmóvil entre la nieve, ellos siguieron luchando, desparramando la luz, peleando por la verdad. Vienen a contarme sueños, ilusiones, aventuras, ideales. (*Se vuelve a la madre y le toma la cara*). Y para este hijito suyo, tan débil y tan vencido, eso es como para un niño un cuento de hadas. (*Implorante*). Déjemelos...

MARÍA.— (*Sacudiendo la cabeza*). Sí, sí. Así has empezado siempre. Después de cada prisión, de cada fracaso, así has empezado siempre: primero es el compañero, en seguida es la asamblea, luego es la huelga. Y al final (*suspira*), tú, a la cárcel; nosotras, al abandono; tú, a sufrir, y yo. (*Llorando mansamente*). ¡Debieras tenerme lástima, hijito!...

CLAUDIO.— (*Consolándola*). ¡Bueno, bueno! No se ponga así; seréense, mamá. Créame esta vez, una vez más, la última vez. Ya le he dicho que esta resolución de dejarlo todo y vivir solamente para usted, no es siquiera la voluntad que me la dicta. Es el cansancio. Sí: tengo las ideas cansadas, las alas entumecidas. Como si hubiera cruzado una montaña de hielo bajo una lluvia de nieve; ¿comprende?...

(María mueve la cabeza con resignación. Claudio la deja y pasea monologando.)

Y ellos, ¿qué podrán decirme? Yo ya di todo lo que tenía de audaz y fuerte a la causa; con el poco de cariño y de bondad que me restan, haré feliz a mi pobrecita vieja. *(Se refriega las manos, contento de la solución)*. A fin de cuentas, también esto es un ideal.

MARÍA.— *(Levantándose para irse)*. Ojalá que nunca hubieras conocido otro... No por mí, que las madres somos para sufrir.

CLAUDIO.— ¿Sabe?... *(La vieja se vuelve)*. Volveré al oficio. Tengo unos deseos locos de empuñar las herramientas. Soñaba allá con ellas. *(Se dirige al baúl, lo abre y las revuelve)*. Soñaba forjarle un balcón a Mecha; un balcón de flores y hierro con remaches de bronce; así, cuando hablara con su novio, las palabras de amor de él, llegarían a su pecho impregnadas de mí, con un timbre de cosa eterna, de cosa fiel. Pensaba, también, que su pobre máquina tendría las piezas rotas, gastadas, viejas, y que yo las compondría, para que cuando cosiera usted, ellas cantaran bajo sus manos un solo nombre: ¡Claudio! ¡Claudio!... ¡Soñaba tanto! *(Toma y alza una tenaza, se acerca a la madre y la estrecha)*. ¡Viejita mía! Una noche de mucho frío, que me dormí de pie, en penitencia, bajo la nieve, soñé que usted era la Santa María;

ino la virgen, eh!, la madre, la que engendró al Cristo hombre, la proletaria. La veía llorando, gimiendo por el calvario de su hijo, con el corazón traspasado por los siete puñales. Y yo... yo era como una tenaza, una fuerte tenaza morena, que pasaba las rejas y volaba, volaba abierta hacia usted a arrancarle, una a una, las espinas de hierro: ¡le arrancaba las penas!

MARÍA.— (*Enternecida*). ¡Cállate, hijito!

CLAUDIO.— Sí, sí, me callo. Lo que se habla, no se hace, generalmente. (*Vuelve a su caja*). Y aquí hay que hacer; mucho que hacer. Estamos de acuerdo, ¿no?... (*Ella asiente con la cabeza*). Ya verá qué cambio fundamental. Ponga su pensamiento en su más hermoso sueño: ¡como me soñó, seré! ¡Esto es pensado, sentido, resuelto! (*Se yergue, sacude los brazos, espanta a manotones su pasado*). ¡A trabajar!

MECHA.— (*Que ha oído la última exclamación de Claudio, por lateral izquierda*). Sí, sí, que es tarde, mamá. Mi desayuno y me voy. (*Cruza a arreglarse frente al espejo*).

MARÍA.— En seguida, hijita. (*Se dispone a ir*).

CLAUDIO.— ¿Qué?... ¡No! ¡Yo, a trabajar! ¡Tú, te quedas! (*María se vuelve asombrada*). ¡Eh, las cosas han cambiado mucho, mi querida!

MECHA.— (*A María*). ¿Qué dice éste?...

CLAUDIO.— ¿Te maravilla?... Pues, sí; esta casa ahora es “mi” casa. Ustedes son “mis” dos amas; y yo soy el que trabaja, proveo y guardo “mi” nido.

MARÍA.— Bueno, pero que vaya hoy, al menos. Dejar así, plantar así, no está bien.

CLAUDIO.— ¡Que plante! Déjame a mí. Ven, MECHA (*ésta se acerca*); mira a la vieja, nuestra viejita. ¿Crees tú que ella soñó con un hijo presidario y una hija que se la explotaran?...

MECHA.— No creas, Claudio. Yo gano bien. No me explotan.

MARÍA.— Gracias a ella...

CLAUDIO.— (*A Mecha*). Tú, cállate. Explotan tu juventud, te roban a tu balcón, te secuestran a tu madre. Te explotan, ¡y cállate! Mire a mi hermana, mamá: fresca y tierna, parece tallada en pétalos. ¿Y esta florcita de vida va a trabajar?...

¡No, señoras! En cambio, mírenme a mí; fuerte, curtido, un varón cabal. (*Las une y trata de auparlas*). Podría tomarlas entre mis brazos y llevarlas por el mundo sin que una gota de fango me salpique. Como a dos nenas, como a dos hijitas. (*Empujando al foro a Mecha*). Vaya, vaya a telefonear a su taller o su fábrica, que hoy no va, que hoy se queda con su hermano... o con su novio.

MECHA.— (*A la madre, ingenua*). ¿Vino Ramón?...

CLAUDIO.— (*Maravillado*). ¡Ah, sí! ¿Conque es...

Ramón? ¿Era mi hermano?... ¡Paisano pícaro! (*Mecha sale riendo*). ¡Y no me habían dicho nada! ¿Cómo ha sido eso, mamá?...

MARÍA.— Yo lo he sabido hace poco. Tú sabes que estas cosas, las muchachas...

VECINA.— (*Visible al foro, dirigiéndose al zaguán*). No está. No, señor; ¡no ha vuelto!

María se sobresalta, va a la puerta, quisiera hacer ruido para que Claudio no oyera.

CLAUDIO.— *(Solo, contento)*. ¡Paisano diablo! Se me ha metido de un brinco en el corazón. ¡Bandido!

VECINA.— *(Oficiosa a María)*. Era el de hoy, doña María. Dice que él no es un señor. *(Riendo, a Claudio)*. Que es un compañero. Lo despaché.

CLAUDIO.— *(Violento)*. ¿Qué?... ¡Pero, señora, no! ¡No, pues! *(Corriendo al foro)*. ¡Sí estoy aquí! ¿Por qué me niegan?... No ve que es... *(Sale al zaguán, gritando)*. ¡Compañero! Venga; estoy aquí!

VECINA.— *(A María)*. ¡Qué barro he hecho! Yo, como hoy usted... Creí hacer bien... Perdone. *(Mutis)*.

CLAUDIO.— *(Volviendo)*. ¡Y se fue otra vez, mamá! *(Se lo grita como una acusación)*. ¿Por qué me niegan?... *(Busca en la percha el sombrero, que no encuentra)*. ¡Mi sombrero, pronto! *(Sale lateral izquierda, seguido de María; la escena queda sola)*.

(Pausa.)

RAMÓN.— *(Viste breech, botas de montar, pañuelo al cuello y sombrero amplio; entra como a su casa; mira a su*

alrededor). ¿Taperas?... (*Va a la mesa, registra el mate, la yerba, la pava y prende el calefactor*). Bueno: ya que invitan, tomaremos. (*Silba, feliz, como si hubiera venido sólo a eso; va a volcar el mate, cuando aparecen Claudio y María; los ve*). ¡Oigale!

CLAUDIO.— ¡Ramón! ¡Paisano!

RAMÓN.— ¡Hermano! (*Se abrazan*). ¡Mi hermano viejo! ¿Cómo te ha ido?... ¿Llegaste bien?...

CLAUDIO.— Bien, ya me ves. ¿Y tú?

RAMÓN.— Sobre el caballo, no más. (*Se desprende de Claudio y va a María y la besa*). Es un encargo y perdone. De mi vieja, pa la mamá de mi amigo...

MARÍA.— Gracias, gracias. ¿Está bien su mamá?

CLAUDIO.— ¿Vienes de tu casa, ahora?

RAMÓN.— De mi rancho, sí. (*A María*). ¡Buena, fuerte siempre, mi vieja gaucha! Ya está así (*hace ademán de chiquitez con la mano*); no cabe en mi poncho. ¡Uff, en mi pañuelo también! Cualquier día me la echo al seno y se las

traigo pa que la vean. Pero. siéntense. (*Dispone sillas*). ¡Con confianza, hombre!

CLAUDIO.— (*Sonríe*). No, siéntate, tú; yo voy y vuelvo.

RAMÓN.— (*Que ya se ha sentado, se para*). ¿Adónde?... Vamos juntos, si querés.

CLAUDIO.— Vamos; es al local, aquí cerca. Ya ha estado dos veces un compañero a buscarme.

RAMÓN.— (*Suspense*). ¿Ah, sí?... (*Volviendo a sentarse*). Entonces, vamos después; primero tomemos mate. (*Lo toma para volcarlo*).

CLAUDIO.— No; es que han venido a buscarme.

RAMÓN.— ¿Y de ahí?... Ya iremos, tomamos un verde y vamos. Oh, si vas a empezar así, no te va a quedar tiempo ni pa rascarte. ¡El local, los compañeros! Ahora toda la república es una asamblea. Al ancho, al largo, entre las peñas y entre los trigales, ruge y flamea la protesta. Sentáte.

Claudio se sienta. María trae una jarra de agua y una servilleta, que deja sobre la mesa.

Bueno. Y como te iba diciendo... (*Empieza a volcar el mate bajo la mesa*).

MARÍA.— (*Alarmada*). ¡No, Ramón! ¡Ahí no! Deme.

RAMÓN.— Ya está; es lo mismo. (*Viendo a la vieja que corre a buscar la escoba*). Qué doña María ésta; tan aseadita, la pobre. (*Claudio sonríe, él echa yerba al mate, lo ceba y le da*). Un amargo, hermano. Y, como te iba diciendo, mi idea era estar ayer en el puerto pa recibirte a ponchazos por la cabeza.

CLAUDIO.— ¡Hombre!

RAMÓN.— Sí, pues: pa que olieras viento de libertá, te iba a sacudir como con una bandera de cielo y pampa por los hocicos.

CLAUDIO.— (*Volviéndole el mate*). Está bueno.

RAMÓN.— Cuando tuve la noticia de tu salida de Ushuaia, le pegué para Bahía. Quería embarcarme antianoche pa estar ayer de mañana en el portalón del barco con el poncho listo. (*María entra, barre y se va.*) Pero a Bahía caí igual que peludo a un baile. Me achuraron.

CLAUDIO.— Ah, ¿Sí?... ¿Qué pasó?...

RAMÓN.— Nada. Había función y conferencia en un teatro. Me enteré y fui. Me barajaron en la uña; no tenían orador y empezaron a amolarme: “¡Qué hable! ¡Qué hable!” (*Ceba el mate*). Hablé...

CLAUDIO.— ¿Y?...

RAMÓN.— Y a la salida me metieron preso.

CLAUDIO.— Pero, ¿Por qué?...

RAMÓN.— Sería pa conocerme. Pasé la noche, me prontuarianon y chao. Me vino bien; precisamente, Bahía era de los pocos pueblos del que no conocía los calabozos.

CLAUDIO.— (*Parándose*). Menos mal, entonces. Pero, me voy; tú te quedas.

RAMÓN.— (*Que ha sorbido el mate, lo escupe indignado*). ¡Pero, amigo! Si hasta parece mentira. ¡Puaff!

CLAUDIO.— ¿Qué hay?... ¿Qué te pasa?...

RAMÓN.— La yerba, pues. ¡Mire qué yerba se gasta!

Claudio. (*Medio mutis, foro*). Ah, yo no sé. (*Riendo*). De esas cosas yo no sé. Quejáte a...

MECHA.— (*Viéndola entrar*). ¡Ahí la tienes!

RAMÓN.— ¡Mecha!

Mecha se planta muda en medio de la escena.

CLAUDIO.— (*Entre los dos*). ¡Mecha, sí! ¡Paisano pícaro! (*Le acaricia la mejilla dulcemente a Mecha*). ¡Muchacha pícara! (*Los empuja uno a otra y sale*).

RAMÓN.— (*Cariacontecido*). ¡Oh!... ¿Qué hay?... ¿Qué quiso decir?...

MECHA.— (*Alza los hombros significando “no sé”*).

RAMÓN.— ¿Lo sabe todo, entonces?... ¿Usted?...

MECHA.— (*Protesta con la cabeza: “no”*).

RAMÓN.— (*Resuelto*). Y total: ¡Bueno! Había de saberlo un día. Sólo que... así... de pronto... (*Riendo francamente*). ¡Loco grande, nuestro hermano! Nos tiró al alma; de revés y de derecha. ¡Zas, tras! (*Acción*). Y quedamos con nuestro secreto al aire como con un relicario abierto. (*Acercándose a estrecharla*). Aura ya no hay más que hablar. venga, pues: ¡venga! Tapemos entre los dos, cobijemos este amor que ese salvaje nos desnudó de un golpe. ¿Me sigue queriendo un poco? ¿Un poquito mucho más que la última vez?

MECHA.— (*Se deja hacer y afirma con la cabeza*).

RAMÓN.— (*Insistente*). ¿Quiere a su gaucho matrero, a su revolucionario?... ¡Conteste, pues! ¡Hable! Cante para mí solo.

MECHA.— (*Cierra los ojos y los abre con un destello de rápida y violenta determinación*). ¡No; no lo quiero, Ramón!

RAMÓN.— ¿Qué ha dicho, Mecha? (*Se le caen los brazos*). ¿Qué no me quiere?...

MECHA.— ¡Sí; que no le quiero, he dicho! ¡Que no le quiero revolucionario!

RAMÓN.— Pero... entonces...

MECHA.— Yo había soñado el amor como una liberación, no como una pena más.

RAMÓN.— ¿Pena?... ¿Por qué?...

MECHA.— La dulce esperanza de ser amada, querida, dormía en mi corazón como una flor o un canto.

RAMÓN.— ¿Y?... (*Ansioso*).

MECHA.— Y usted pretende que la flor se cierre, que el canto se me deshaga en lágrimas. ¡Ah, pero no! ¡No le quiero revolucionario!

RAMÓN.— ¿Y cómo me querría, entonces?...

MECHA.— ¿Cómo?... Como la mayoría de los hombres; para el hogar, para la paz. ¡Qué sé yo!

RAMÓN.— (*Con encono*). ¿Milico, tal vez? Está bueno. ¿Y es Mecha Méndez la que habla; es la hermana de mi

hermano?... La que conocí en los centros, en las reuniones, en los motines del pueblo... ¡Caray!

MECHA.— Sí, sí; esa. La misma, Ramón.

RAMÓN.— (*Sarcástico*). La que cantaba en los coros de las funciones los más bravos cantos nuestros. La que creció prendida al cuello de Claudio, oyendo latir su propio corazón guapo. ¡Mecha Méndez!

MECHA.— (*Acosada*). Sí, sí, Ramón; ¡Mecha Méndez! Mecha Méndez, que vivió fingiendo valor veinte años — ¡óigame bien!—, fingiendo valor veinte años, le dice ahora a su novio que no le quiere revolucionario. (*Cierra los ojos y se estremece llorando*). ¡Que tiene miedo!

RAMÓN.— ¿Miedo?... ¿Miedo de qué?...

MECHA.— (*Se sienta vencida*). De su vida, de su destino, de sus ideas.

RAMÓN.— (*Se sienta también y murmura sin encono ya*). ¡Ah, caray! Mi destino, mis ideas. Está bueno. Yo no sé, entonces. Yo sólo sé que cuando una mujer quiere de veras a

un hombre, lo primero es la adhesión: seguirlo al destierro, seguirlo a la cárcel, seguirlo a la cruz... ¡Eso es amor!

MECHA.— *(Se yergue vibrante)*. Bien; bueno. ¡Le seguiré! Y le seguiré temblando, como he seguido a mamá tras de mi hermano; como he seguido a mi hermano, tras de su ideal. Pero aquel amor, del amor que yo soñé, no hablemos más. ¡Nunca más! *(Se oyen batir las manos en el zaguán; Mecha se seca el llanto y va a salir)*.

RAMÓN.— *(Incorporándose)*. No, no salga así; voy yo. *(Se asoma y habla a voces)*. ¿Claudio Méndez?... ¡No, no está! *(Escucha y sigue)*. ¡Ajá! ¡Caray! ¡Está brava la cosa, entonces! *(Escucha de nuevo)*. ¡Ajá! ¡Mejor, pues! ¡Sí, sí! ¡Ya debe estar allí, Claudio! Vaya, no más. Ya lo alcanzo yo también. ¡Bueno! ¡Salú, salú, compañero! *(Se vuelve, toma el sombrero y se dispone a irse)*.

MECHA.— *(Siguiéndole)*. ¿Ve, Ramón, ve?... Así fue toda mi vida y la vida de mi mamá. ¡El compañero! El compañero, que pone su garra negra y sangrienta entre la madre y el hijo, entre el hermano y la hermana, ¡entre usted y yo!

RAMÓN.— Y bueno, Mecha, ¿qué quiere?... Esta es la lucha. Pero *(apartándola)*, ya hablaremos luego. Voy y vuelvo.

MECHA.— No volverá. Ni usted ni Claudio volverán ya... Lo de siempre: el compañero, la huelga, la cárcel.

RAMÓN.— Después de todo, ¿Qué puede importarle a usted? De mí, digo. Si no me quiere.

MECHA.— *(Reaccionando, resuelta)*. ¡Pero usted no irá! ¡Tú no irás! *(Le cierra el paso)*.

RAMÓN.— ¿Cómo?... *(Con asombro en que apunta su vanidad satisfecha)*. No, Mecha, iré. Debo ir.

MECHA.— ¡No irás, no! *(Lo abraza)*. Con veinte años de dolor te he ganado para mí. ¡Eres mi vida, mi flor y mi canto! ¡Cuánto te quiero! *(Lo besa, loca, riendo y llorando)*. ¿Y te me van a llevar, te me van a arrebatarse?... ¡No, no! ¡No irás!

RAMÓN.— *(Ya tonto del todo)*. ¡Oh, pero sosiéguese!... ¡Bueno, Mecha!

MECHA.— ¿Verdad que no, que no irás?... ¿Qué eres mío, para mí?...

RAMÓN.— *(Echándose a muerto)*. Bueno, sí, ya estuvo, ¡bah! ¡No voy! Pero, deja, al menos, que me disculpe, MUJER.

(Por sobre el hombro de ella, grita al foro). ¡Será otra vez, compañero! Aura, ya me lo ve al gaucho: ¡redotao! (Baja los brazos, haciéndose el infeliz y sigue a Mecha, que lo arrastra). Y lo que es peor: ¡redotao y alegre! ¡Mecha!

Intenta besarla, cuando oye a Claudio en el zaguán, invitando a Gabriel a pasar. Mecha hace mutis lateral izquierda.

CLAUDIO.— *(Entrando)*. Pasa, Gabriel, pasa. Aquí está Ramón, también.

RAMÓN.— *(A Gabriel)*. ¡Oh, mi melenudo viejo! ¡Avante!

GABRIEL.— ¿Cómo te va, paisano?... *(Se dan las manos)*.

CLAUDIO.— *(A Gabriel)*. Acomódate por ahí. Siéntate. *(A Ramón)*. Llegué tarde. Han rodeado la manzana con un cordón de cosacos. Es imposible pasar. *(Se sienta contrariado)*.

RAMÓN.— Sí; ya sé; así dijo un compañero que vino hace un momento a buscarte.

CLAUDIO.— ¿Cómo?... ¿Vino otra vez?... Pero... (*Pronto a estallar*). ¿Qué me quiere ese hombre?

RAMÓN.— ¡Oh, que vayas! ¿No sos del gremio?... Y, a más, la cosa está brava; precisan manos. Yo iba a ir.

GABRIEL.— (*Sacando el libro y estirando el brazo para hacer silencio*). Che, che: ante todo, quiero leerles un verso de un poeta nuevo; es un poemita corto; pero van a ver qué vida, qué fuerza de evocación; ¡qué bárbaro! (*Ramón le mira sarcástico y Claudio estalla*).

CLAUDIO.— ¡Yo soy del gremio, ya sé! Pero debieran pensar que ayer llegué del presidio; que estoy cansado, vencido, roto. (*Se para*). Y vienen aquí a buscarme; no esperan que vaya yo; ¡vienen y vuelven e insisten! ¡Oh! (*Dirigiéndose a la puerta, que cierra a golpes*). ¡Me obligarán a negarme, a tapiarme, a esconderme!

RAMÓN.— Y total: la culpa es de éste, si no pudiste llegar. (*Por Gabriel*). ¿Dónde lo hallaste?

GABRIEL.— ¿Mía?... (*Asombrado*).

CLAUDIO.— Iba también para allá...

RAMÓN.— ¿E iba con esa melena que no pasa ni en el circo, pagando entrada? ¡Córtese el pelo, amigo!

GABRIEL.— *(Se alisa el pelo y sonrío, tolerante)*. Bueno, déjate de cosas. Oigan, che.

CLAUDIO.— *(Volviendo a su silla)*. Tengo los nervios entregados al demonio. Es la cárcel, estos cinco años de encierro. Perdónenme.

GABRIEL.— *(Obsecuente)*. Y todavía no has dicho cómo te han tratado allá. ¿Se ha de sufrir mucho, no?...

RAMÓN.— No, si es lindo; casi como un poeta de esos. *(Por los del libro)*.

CLAUDIO.— *(Mordiéndose ira de nuevo)*. No, en Ushuaia no se sufre. ¡No se sufre! Desde que entras al presidio hasta que sales, un centinela te apunta con su fusil a la cabeza, a las espaldas o al pecho. De día y de noche, de pie y echado, sientes sobre tu vida la amenaza de ese fusilamiento. Y no se sufre. Eres un reo en su capilla, en una capilla eterna, que no acaba nunca, y cuya prolongación ni te aplasta ni te mata, sino que te vacía y te agota. Y no se sufre. Cual si la boca del máuser te sorbiera, poco a poco, la sensibilidad, el coraje y el recuerdo. ¿Entiendes?... No va la muerte hacia ti; al revés: tú

entras en ella. El arma patria te extrae, te masca y te tiene, en su pico frío y oscuro, como a una carroña que puede arrojar cuando quiera. Y eres tú el que teme entonces dispararte, partir del caño, apretar el dedo sobre el gatillo. Y entre ese abismo y tu horror, todavía está el guardián. ¡Sí! El guardián, que te grita, te zamarrea, te escupe. ¡Ah!, es como si cayeras desde el cielo, con la sensación de estrellarte sobre la tierra, y en el aire, en el vacío, un segundo antes de la muerte, te sintieras maldecir, abofetear, profanar. *(Pausa)*. Y no se sufre... ¿Sabes por qué?... Porque a poco de ingresar a aquel infierno, eres una bestia vil, inerme y cobarde: ¡que tiembla, no más, que tiembla! Y ya no sufre... *(Parándose exaltado)*. Donde se sufre es aquí, en libertad, cuando te crees, te imaginas que eres hombre y... *(A gritos)*.

RAMÓN.— *(Conteniéndolo)*. ¡Eh, hermano! ¡Caray! ¡Si gritaras menos, te oiríamos lo mismo, pues!

CLAUDIO.— *(Volviéndose a él, sombrío)*. Pero si gritara menos, no podría hacer callar mi conciencia, que también grita. Me grita que vaya allá *(señala la calle)*, con mis compañeros. ¿No entiendes?... ¿O crees que es contigo, o con éste, o con el diablo con quien discuto? ¡Es conmigo, es a mí a quien le estoy gritando!

RAMÓN.— ¡Ah, bueno! Entonces, dale, no más. Métele. Mientras yo me apunto a un mate de yerba fierá. (*Se dispone a cebárselo*).

GABRIEL.— (*Metido en la coyuntura*). Y yo te leo el poemita este.

RAMÓN.— (*Dejando el mate y volviéndose a él*). Mirá, che: a vos te voy a contar un cuento, a ver si te convencés. Este era un zorro al que sacaron matando, de un gallinero, una cuadrilla de perros. Lo llevaban campo afuera, errándole tarascones, cuando al pasar bajo un árbol en que dormía un payador, se llevó por delante su guitarra. La viola rodó cantando bajo sus patas, y el zorro, entre gambetea y gambetea, gritó en su idioma: ¡Como pa músicas voy!...

GABRIEL.— (*Con asombro*). ¡Oh! ¿Y qué me quieres decir?...

RAMÓN.— ¡Que te dejés de milongas, aura! ¡Que no estamos pa versitos!

CLAUDIO.— (*Se vuelve a sentar, tranquilo ya, comunicativo*). El caso es éste: vuelvo después de cinco años, enfermo, quebrado, histérico. Necesito de mi madre para curarme; ella precisa de mí para vivir. Prometo, juro, estoy dispuesto y resuelto. Y cuando me alzo, me desprendo de sus

brazos para lanzarme a la senda nueva, del trabajo y de la paz... ustedes ven: el compañero, la huelga, mi conciencia. Sobre todo esto: ¡mi conciencia!

RAMÓN.— (*Fraternal, amorosamente*). ¡Pero, hermano! Empezaré por convencerte que no sos imprescindible allí. Hay muchos que ocuparán tu lugar. Nadie, en justicia, podrá reprocharte nada. Si te salís de la güella, te haces a un lao pa vivir tu vida, te lo hallarán bien. (*Claudio le mira y él remarca*). Sí, sí, hermanito: lo hallarán bien. Porque del caballo que uno quiere, hasta el relincho le parece lindo. Y a vos te quieren: lo hallarán lindo...

GABRIEL.— Cada cual vive lo suyo; va donde le llama su alma, su vocación. Date al trabajo, Claudio. Como yo al arte. Como éste.

RAMÓN.— (*Manotéandole las greñas*). ¡Yo a las cerdeadas, che! (*Echa mano a la cintura y amaga cortarle el pelo; el otro resiste buenamente*). ¡Dejá, no te resistás!...

CLAUDIO.— (*Ensimismado, lejano, ausente*). Sí, sí. Arte, trabajo, amor. Cualquier cosa que brote de una vida apasionada, es bella siempre; ya sé. Pero, ¡ay!, muchachos. La belleza es poca cosa, para el que marcha tras la justicia.

¡Con el pueblo, para el pueblo! Éste fue mi sueño. ¿A qué engañarme, ahora?... Arte, trabajo, amor. (*Sacude la cabeza, desolado*). ¡No, no! Dentro de mí, en mi conciencia, eso tiene un solo nombre: ¡miedo a la lucha, miedo a la vida, miedo a todo!

Va a llorar, cuando aparecen María y Mecha; la madre siente en la entraña la crisis del hijo.

MARÍA.— ¡Hijito! (*Va a él y le toma la cara*). ¿Qué tienes, Claudio?...

CLAUDIO.— (*Repuesto, sonriendo*). Nada, nada. Hablaba con los amigos.

MARÍA.— ¡Volviste prontito, eh! ¡Gracias!

GABRIEL.— (*A Mecha*). ¿Cómo está, Mecha?... Feliz, con el retorno de Claudio, ¿no?

MECHA.— ¡Imagínese! Y usted (*dándole la mano*), ¿cómo está, Gabriel?

RAMÓN.— Bien, muy bien de la voz. *(A Gabriel)*. Ahí tenés el candidato pa tus versitos. ¡Desembucháte, perdiz! *(Quedan aparte)*.

CLAUDIO.— *(A María)*. Volví, sí. Ya ve, mamá_

MARÍA.— Gracias, hijito. Ya soy feliz. Creo en ti y estoy contenta.

CLAUDIO.— *(Toma el periódico y va a leer)*. ¡Mi pobre vieja!

MARÍA.— No, no leas, ahora. Vamos a conversar... *(Le retira el periódico)*. ¿Sabes?... Ramón le ha prometido a Mecha dejar también.

CLAUDIO.— *(A Ramón)*. ¡Ah, sí! ¿También tú, paisano?...

RAMÓN.— *(Se acerca, seguido de Mecha; Gabriel solo, pasea frente al balcón, leyendo)*. ¿Qué, che?

MARÍA.— Gracias a usted lo mismo, Ramón. Por mí y por su pobre madre. ¡Ah, muchachos, cabezas locas! *(Arregla cualquier cosa sobre la mesa)*. Ustedes no sabrán nunca lo que sufrimos nosotras con esas.

GABRIEL.— *(Deteniéndose, con alarma)*. ¡Oigan! Parece que han salido del local los metalúrgicos. Vienen hacia aquí cantando. ¿Oyen?...

El himno “Hijos del pueblo, te oprimen cadenas”, empieza a llenar la escena, se cuela como un viento por las rendijas; todos escuchan.

CLAUDIO.— *(Enderezándose, poco a poco)*. ¿Oye, mamá? “¡Hijos del pueblo!” ¡Cinco años que no lo oía! ¡Lo cantan mis compañeros! ¿Oye?...

MARÍA.— *(Abrazándole, apretándole)*. Sí, sí, oigo, hijito, sí. Pero serénate; queda quieto.

CLAUDIO.— *(Ya con la vida en la calle, resplandeciente)*. ¡Abre el balcón, hermano! *(A Ramón)*. ¡Que nos alumbre ese canto! ¡Que nos bendiga! *(Ramón se mueve para ir)*.

MARÍA.— ¡No! ¿Para qué?

MECHA.— *(Cortándole el paso)*. ¡No abra, Ramón!

RAMÓN.— ¡Oh!, ¿y por qué no, querida? Vamos a oírlo mejor; podremos verlos pasar también. *(La separa y va al balcón, cuando el clarín da su primer toque de alarma).*

GABRIEL.— ¡El clarín de los cosacos!

RAMÓN.— ¡Caray! ¡Se va a aguar la fiesta! ¿Oyes, che, Claudio? *(El himno vuelve).* ¿Qué hacemos?

MECHA.— *(Frente a él).* ¡Nada! ¿Qué van a hacer?... ¡Nada!

MARÍA.— Nada, ¡Claro! ¡Quedarse aquí! ¡Esperar que pasen!

CLAUDIO.— Y el canto sube, no más; ¡vuelva, viene!... ¡Hijos del pueblo! ¡Qué triste y qué heroico! Parece un sol entre la tormenta.

Suena otra vez el clarín y simultáneamente se inicia el tiroteo: caballazos, gritos, rebotes de bala.

VOCES.— ¡Adelante! ¡Abajo! ¡Viva la huelga! ¡A la fábrica! *(Y por arriba de todo, como una niebla cárdena, la canción).* ¡Hijos del pueblo, te oprimen cadenas!

CLAUDIO.— *(Repitiendo, moviéndose hacia la puerta)*. ¡Hijos del pueblo, te oprimen cadenas! ¡Vamos! ¡Vamos!

RAMÓN.— ¡Vamos!

MARÍA y MECHA.— ¡No, no! ¡Ramón! ¡Claudio! ¡Acuérdense! ¡No! *(Los inmovilizan)*.

GABRIEL.— *(Arrojando el libro)*. ¡No! ¡Quédense ustedes! ¡Voy yo! *(Se dirige a la puerta y mientras la abre, dice)*. Yo no tengo ni novia ni madre. ¡Es a mí a quien llama el canto!... *(Va a salir, cuando llena la puerta el Compañero)*. ¡Ah!, ¿usted?... ¿Venía a buscarme?... ¡Ya iba yo! *(Desaparece)*.

COMPAÑERO.— *(Queda sobre la puerta, teniéndose tambaleante)*. ¡Claudio! *(Con la voz rota)*.

CLAUDIO.— *(Reconociéndolo)*. ¡Araujo! ¡Viejo Araujo! *(Se deshace de su madre, corre a él y le recibe en brazos)*.

MARÍA.— ¡El Compañero!

CLAUDIO.— *(Sosteniéndole, pues el otro se le cae)*. Pero, ¿qué tienes, viejo? ¿Estás herido?... *(El compañero dice con la cabeza "sí")*. ¿Mal herido?...

Ramón y Mecha se acercan y le ponen una silla, en que cae; María le sostiene.

¿Tú eres el que ha venido a buscarme hoy tres veces?... *(El Compañero, con la cabeza: "sí")*. ¡Tres veces! ¿A mí, a tu discípulo, al que enseñaste, junto con el oficio, el ideal?... ¡Pobre viejo! *(Le besa la frente)*.

El Compañero, por sobre el grupo inclinado sobre él, levanta la mano y señala la calle, de donde viene, en trozos rotos, cada vez más lejano, el himno.

¡Sí, sí! ¡Hijos del pueblo! ¡Oigo, sí, viejo! Comprendo. ¡Ya voy! *(El Compañero dobla el cuello para morir; Claudio le toma la diestra)*. ¡Y fue preciso que vinieras a golpear con tu mano ensangrentada mi corazón, para que al final te oyera! ¡Pero, ahora, voy!

MARÍA y MECHA.— *(Sosteniendo al moribundo)*. ¡Pero, Claudio, Ramón! Este hombre se muere. ¡Se muere!

CLAUDIO.— ¡Ya voy! *(Saliendo)*. ¡Ya voy! *(Desde la puerta, a Ramón, fríamente)*. ¿Tú te quedas?

RAMÓN.— *(Siguiéndole)*. ¡No! ¿Por qué?... ¡También soy hijo del pueblo yo!

Salen, y con ellos se va, se aleja, recula hasta apagarse el himno.

Hijos del Pueblo

*Hijo del pueblo, te oprimen cadenas
y esa injusticia no puede seguir,
si tu existencia es un mundo de penas
antes que esclavo prefiere morir.*

*Esos burgueses, asaz egoístas,
que así desprecian la Humanidad,
serán barridos por los anarquistas
al fuerte grito de libertad.*

*Rojo pendón, no más sufrir,
la explotación ha de sucumbir.
Levántate, pueblo leal,
al grito de revolución social.*

*Vindicación no hay que pedir;
sólo la unión la podrá exigir.*

*Nuestro pavés no romperás.
Torpe burgués. ¡Atrás! ¡Atrás!*

*Los corazones obreros que laten
por nuestra causa, felices serán.
Si entusiasmados y unidos combaten,
de la victoria, la palma obtendrán.*

*Los proletarios a la burguesía
han de tratarla con altivez,
y combatirla también a porfía
por su malvada estupidez.*

*Rojo pendón, no más sufrir,
la explotación ha de sucumbir.
Levántate, pueblo leal,
al grito de revolución social.*

*Vindicación no hay que pedir;
sólo la unión la podrá exigir.
Nuestro pavés no romperás.
Torpe burgués. ¡Atrás! ¡Atrás!²*

TELÓN



COMPUESTA ORIGINALMENTE EN 1885, "HIJOS DEL PUEBLO" TAMBIÉN TUVO SU VERSIÓN ESPAÑOLA DURANTE LOS AGITADOS DÍAS DE 1936, SIENDO REINTERPRETADA Y GRABADA POR EL ORFEÓ CATALÀ DE BARCELONA BAJO DIRECCIÓN DE FRANCESC PUJOL.

“COMPAÑEROS”

Drama en cuatro actos

TEATRO DEL PUEBLO

**Publicación quincenal
dirigida por R. González Pacheco**

“Compañeros”

**Cuatro actos de
Rodolfo González Pacheco**

N.º



EDICIONES «TIERRA Y LIBERTAD»
UNION, 19, ENTRESUELO
BARCELONA

1936

POSICIÓN

Ningún arte más adentro del pueblo que el teatro. El poeta escénico es, de todos los artistas, el que necesita menos intelectualismo y más entrañas. Como la tierra y las madres, sus criaturas, son, o no son, sin que las salve o las pierda más que la vida que tengan o que les falle.

Y esto, que debiera ser un bien, es, sin embargo, un mal; porque, para la mayoría de los autores, decir pueblo es decir banalidad o simpleza; un estado de conciencia fronterizo de la idiotez sin remedio. Es sobre esa convicción que fundamentan el teatro que se ve y lee en todas partes. Lo mejor de él, drama, comedia o sainete, gira siempre dentro de un círculo de tragedia, sin salida hacia la libertad o la justicia; hacia eso que es, precisamente, la realidad popular, tan teatral y rica de arte.

El autor no la ve así, salvo cuando, como a Lope en *Fuente Ovejuna*, el propio pueblo le entrega su material militante, el tesoro de su vida épica. Pero, para una de éstas, recordad

cien. Todas son pesimistas y fatales; un coro de llantos o de blasfemias ante, un destino cerrado, que hay que aceptar o morir.

Y la cosa marcha bien y les da dinero y gloria, en tanto el eterno esclavo no halla, él tampoco, salida a su esclavitud más que volcándose en lágrimas o en sarcasmos. Él mismo se mira en ello como en su más fiel pintura. Y la paga y la aplaude...

Hasta el día en que, aburrido o cansado, no puede aguantarlos más y, no sólo a sus artistas, sino a sus legisladores, sus amos y sus sociólogos, los manda al diablo. Se yergue, da un paso al frente, uno solo, y cuanto hasta entonces fue, creyeron estos que era su íntima imagen, no es más. El pueblo es otro, y la ley y el arte, la sociología y la fe, todo cuanto parecía tan evidente y profundo, se queda atrás o al margen, royéndole los zancajos.

Esto es lo que está pasando ahora con el teatro. El proletariado está en trance de superar la llamada civilización burguesa. Hasta donde su existencia es más trágica y oscura, la realidad popular es una gesta de luz; sus dolores son de parto. Y en España, por ejemplo, ya son de crecimiento. Se apodera de la tierra y de las máquinas; crea otro mundo, plantea otros problemas. ¿Dónde está la obra teatral que interprete la intensidad de esta vida que hoy vive el pueblo

español, y que un poeta cabal debiera sentirla viva también hasta en el terrón y el hierro?... No la hay.

Pero, habrá. Y de eso se trata con esta publicación, de estimular el cariño a este arte, popular por excelencia; de ennoblecerlo a fuerza de hacerlo fiel con lo más noble y profundo que tiene el pueblo, su coraje y su esperanza. Publicaremos para esto cuanto bueno haya, mientras esperamos que lo mejor venga. Como esperamos los anarquistas todo: trabajando.

R. G. P.
Buenos Aires.

PERSONAJES

Susana

Misia Veva

Mecha³

Carloncho

Eliseo

Cherniak

El Mirlo

El Maestro Herrador

El Linyera⁴

La Madre

El Viejo

Una Mujer

Una Vieja

Una Joven

3 En Argentina, persona viva, pícara, que tiene respuesta para todo. También diminutivo de Mercedes

4 Persona vagabunda, abandonada, que vive de variados recursos.

PRIMER ACTO

Salita pretenciosa. Muebles viejos, pero con fundas, carpetas y adornos nuevos. Alfombra chillona; araña con cintajos; sofá con un almohadón de relampagueante seda al que han querido pintarle un león que les ha salido un perro melenudo. Todo es un quiero y no puedo.

Al foro, un ventanal con visillos transparentes. Y más adornos. Puertas laterales: una al interior, derecha, y otra al vestíbulo, izquierda.

La señora de la casa es maestra de escuela, jubilada y viuda. Se llama Genoveva Misia —iVeva, para sus relaciones—. Tiene, o acusa, 50 años, que ella tiñe, lima y faja con el mismo entusiasmo e igual estilo con que «adorna» su sala. De acuerdo al nido es el pájaro. Y tiene una hija también, Susana, que ahora aparece sentada en el sofá, con un libro, que no lee, en las faldas. Su alma viaja hacia el día en que, lentamente, se va.

VEVA. (Por la derecha).— ¡Hijita! (*busca la llave y da luz*). ¿Qué vestido te has puesto? ¡Ah, el blanco!⁵ ¡Qué divino! Estás divina!

SUSANA (*alarmada, tanto por la irrupción de su madre, como por la cursilería del término*).— ¡Mamá! (*pero, ante el respingo de ésta, sonríe, evasiva, caminando al ventanal*). Divino viene de divinidad; es Dios. Y yo y mis trapos venimos de la Tierra; somos tierra.

VEVA (*se cae del burro, pero se endereza rápida, blandiendo el índice, en maestra*).— Oye niña: no hay que ser vanidosa, y menos, yo te lo he enseñado así, de las prendas exteriores. Pero la modestia, llevada, como tú, al extremo, es también un defecto; es también vanidad. ¿Comprendes?...

SUSANA (*habituada a estos sermones, mira la calle y contesta, sin volverse*).— Sí, mamá.

VEVA (*ya en su tarima*).— La virtud es un término medio. Ser virtuosa no es ser santa. Tú no aspiras a ser la esposa de

5 El color, al gusto de la intérprete.

Cristo, sirio de Eliseo. Sin embargo, si yo no te vigilara, te presentarías a él con los harapos de entrecasa. *(Una pausa que, al prolongarse, alarma otra vez a)*

SUSANA *(que se vuelve)*.— Así es, mamá.

VEVA *(terminante)*.— Quedamos, entonces, en que una novia no ha de ponerse en un nicho para que la adore el novio. Pero, no ha de olvidar tampoco qué es para el hombre que ha elegido entre mil. Eso: ¡una novia!

SUSANA *(como si, terminada la clase, saliera al recreo)*.— Claro, mamá. *(Y vuelve a mirar la calle.)*

VEVA *(añorante)*.— ¡Mi hija de novia! *(suspira, o mejor, resuelta, poniéndose en jarras)*. Me parece que fue ayer, cuando yo, que era entonces como tú —¡pero tan distinta a ti!— me arrodillé ante mi madre para decirle: *(como, si en vez de arrodillada, lo dijera desde arriba de unos zancos)* Mamá, Roberto me ama y yo amo a Roberto...

SUSANA *(asombrada, yendo a ella)*.— ¿Y usted pudo decirlo así, con ese tono, desde tan alto, mamita?...

VEVA (*le tiende un ala*).— ¡Criatura! ¿Olvidas que yo, a tus años, era maestra de escuela ya?... ¡Ah, sí! Dios supo bien lo que hacía; me armó joven para una lucha en que Él sabía que iba a quedar pronto sola. Huérfana y viuda. Él previo eso, y me hizo fuerte; limpió mi alma de toda sensiblería.

SUSANA (*desinteresada ya, piquetea con los dedos los cristales*).— Naturalmente, mamá.

VEVA (*ofendida*).— ¡Naturalmente, mamá! ¡Así es, mamá! (*Exagerando.*) ¡Claro, mamá! Y de cuanto yo te digo, de su profundo y aleccionador sentido, no atiendes una palabra. Como si lloviera.

SUSANA (*pillada en falta, va a ella*).— ¡Mamita!

VEVA (*severa*).— ¿En qué pensabas?...

SUSANA.— Y... en eso, mamá. Que usted es fuerte; muy enérgica. (*La acaricia.*)

VEVA (*arisca*).— ¡No, no! ¡Antes, antes!...

SUSANA.— ¿Antes?... (*hace memoria*). ¡Ah, sí! Que la ropa es lo de menos; lo que importa es la virtud. ¿No era eso lo que me decía?...

VEVA.— ¡No era eso! ¿Ves?... Así me atiendes. ¡Vamos! ¡Dilo! ¿En qué pensabas?...

SUSANA (*se retira, pudorosa*).— ¿Y si fuera un secreto?...

VEVA.— Para mí, tú no puedes, no debes tener secretos. Soy tu madre, niña. Y tu maestra.

SUSANA (*a la que, tras la fugaz confusión, se le aclara el rostro*).— En realidad, no pensabas. Se piensa con los hechos a la vista. Mientras se puede sentir lo que todavía no existe. Sentías, más bien.

VEVA.— ¡Bueno! Es lo mismo. Di lo que sentías, entonces.

SUSANA.— No. No es lo mismo. Por ejemplo: ante usted pienso como hija. Pero, cuando estoy sola, siento a mi nene.

VEVA (*ahora avanza sobre ella, alarmadísima*).— ¿Cómo?... ¿A qué nene?... ¡Muchacha! ¡Hijita!

SUSANA (*le sonríe*).— No se alarme, mamá. El nene que yo tendré cuando me case.

VEVA (*alza las manos*).— ¡Oh, tilinga! ¡Chiflada! (*se sienta a pasar el susto*).

SUSANA (*en pleno arrobó*).— Cuando usted entró yo acababa de retirarlo de mi seno. Sentía en todo mi ser su dulce glotonería. Estaba exhausta y doblada, como una rama bajo el peso de su fruto. Estaba mirándole, sobre la boquita rosa, el rocío de mis salivas, de las que él se había saciado hasta dormirse.

VEVA (*ha oído meneando la cabeza: se alza*).— ¡Niña, niña! ¿Sabes qué eres?... Una loca que dices malas palabras. (*Susana, de regreso de su ensueño, la mira inquieta.*) No te asustes; no voy a amonestarte. Reconozco mi parte en tu culpa. No vigilo bastante tus lecturas. Porque todo eso que has dicho es la flor de esos libracos que te da a leer tu novio.

SUSANA (*protesta*).— ¡No; mamá!

VEVA.— ¡Cómo que no! ¿De dónde, pues, sino de ellos, vas a sacar tú esas locuras?... ¿Y, sobre todo, esa audacia?...

SUSANA.— De mi sangre, mamita. De mi corazón de madre.

VEVA.— Tú no eres madre. ¡Eres mi hija! Y la diferencia que hay entre esos estados no es de pensar a sentir, sino de saber a no saber. Tú no sabes. ¡Yo sé! *(En su tarima, blandiendo el índice)*: Con esa teoría de tu invención podrías sentirte también maestra. ¿No te das cuenta que eso es ridículo?...

SUSANA *(vuelve a su banca, para el caso, el ventanal)*.— Sí, sí, mamá *(pero suena el timbre de la calle y es para ella como la campana del recreo)*. ¡eliseo! *(y va a ir, izquierda)*.

VEVA *(la para)*.— Deja; voy yo. *(Y ya en la puerta)*: Espero que no hablarás de esas sandeces tuyas con ese niño...

SUSANA.— ¡Oh, no, mamá! Esas sandeces son mi secreto. *(Veva la mira, severa, antes de irse; y ella la mira ir, sonriéndole, como si su madre fuera su hija. Y espera así)*.

Pero, no es Eliseo. Tras una pequeña pausa, los que entran, conducidos por Misia Veva, que les da paso y se va, son Mercedes y Carlos —Mecha y Carloncho—. Jóvenes, como ella, como ella novios y, como ella también, productos típicos de esa eterna clase media que es, en la escala social, el rellano en que descansa, aflojados sus resortes, la espiral de la especie. Fluye ella, la visitante, un fino arrebol de salud y

alegría físicas. Y viste claros colores, coquetamente desaliñados, quizás por el viento, quizás para él. El porte de éste es también de excursionista dominguero. El cuello abierto, el cabello sin gomina y el rostro alegre de un joven serio; queremos decir de un joven que regresa de un convite de la vida sin el remordimiento ni de un trago de más ni de un beso de menos. Correcto.

SUSANA (*al verlos, se desencanta un poco*).— ¡Ustedes! ¿De dónde salen?...

MECHA (*locuaz*).— Yo del picnic, querida. No quise pasar sin verte. (*Se besan.*)

SUSANA.— ¡Ah! Cierto que hoy había un picnic. (*Se sientan.*)

CARLONCHO.— ¿Y Eliseo?...

SUSANA.— Creí, cuando ustedes llamaron, que fuera él.

MECHA.— Tu gozo al pozo, entonces (*riendo*).

SUSANA (*seria*).— Y tu suspicacia al aire. Porque a vos también te esperaba. Y con vos, a éste. Sabía que ibas a

traerme un poco de ese temblor de copa de árbol feliz que tenés en las mejillas. Y de ese jueguito de olas de río que están cantando en tus ojos (*le acaricia el rostro*). Esto es mío; para mí.

MECHA (*consentida*).— ¡Ah! Me conocés bien. Mejor que yo a vos. Mejor que nosotros a ellos; ¿verdad, Carloncho?...

SUSANA (*inquisitiva, a los dos*).— ¿Y eso?...

CARLONCHO (*eludiendo la pregunta de ambas, alegre*).— Traigo una linda noticia para vos, Susana. El sauce aquel, bajo el que el año pasado tomamos mate, los recuerda siempre. Tu inicial y la de tu oso, que yo grabé entrelazadas en su corteza, han crecido, redondeándose como labios. Gritan sus nombres. Los llaman.

MECHA.— ¿Por qué no fueron?... No sólo allí, en todas partes nos preguntan por ustedes. Y yo, tu mejor amiga, ya no sé qué contestar. Y eso es muy triste; ¿verdad, Carloncho?...

SUSANA (*continúa en su interrogante mudo de una a otro*).

CARLONCHO (*se hace el que no oye, exagerando el valor de sus noticias*).— Hemos pasado un día realmente alegre.

Aquello se civiliza, como si comprendiera que los domingos también el campo tiene que endomingarse. El río estaba mansito, como un petizo de alquiler. Y el saucedal, rastrillado como un jardín.

MECHA (*cada vez más en lo suyo*).— Sí; da mucha pena. Éste me lo venía diciendo...

CARLONCHO (*alarmado, la interrumpe*), — Ciertamente, sí. Yo le venía diciendo a ésta que es, sin duda, una gran pena que se le quite carácter a esos lugares; que se les tale su encanto agreste y salvaje. Pero un empresario tiene siempre más razón que un poeta. Él piensa que sería mayor pena que su clientela perdiera el carácter o el encanto de gente civilizada. Porque, como también te decía, ¿te acuerdas?, u ordenamos la naturaleza, o la naturaleza nos desordena. Hundidos en la maraña, respirando agrias resinas, sintiendo bajo los pies un colchón resbaladizo de ramas y hojas, uno, por más correcto que sea, a lo mejor se resbala. (*Ríe a todo trapo.*) ¡Ja, ja, ja!

SUSANA (*ya en el juego de los dos, apenas puede contener la risa*).

MECHA (*en cambio, va acreciendo su fastidio*).— Yo no hablo de eso, Carloncho. Ni recuerdo que me lo hayas dicho. ¡Hablo de lo que me decías, ahora mismo, aquí, al entrar!

CARLONCHO (*desesperado*).— ¿Yo?... ¿Qué te decía yo, Mechita?... ¡Ah, sí, sí! (*Ríe otra vez; se para, bracea*); una patraña, un chiste alemán. Le decía a ésta que los domingos debieran ser los lunes. Se me ocurrió pensando que mañana tengo que ir a la oficina. (*Urgente*). Y, a propósito: ¿nos íbamos?...

MECHA (*en vez de aceptar la invitación, se achanta furiosa*).— ¡Tampoco es eso, Carloncho! ¡Tampoco!

SUSANA (*suelta la risa*).— ¡Pero, Carloncho! No hay que ser cruel con Mecha, ni conmigo farsante. Decí de una vez, por la paz de ella y en honor nuestro, de Eliseo y de mí, qué piensan de nosotros. ¿Qué hablan? ¿Por qué les damos pena?...

MECHA (*triumfal*).— ¡Ahí está! ¡Me gusta!

CARLONCHO (*embretado, pero aun a la defensiva*).— ¡Zas! ¡Ya estuvo! Lo que sentencian los árabes. Si a una mujer se le ocurre que te tirés por la ventana, rogá que la ventana no esté muy alta. Porque tendrás que tirarte. (*A Susana*): ¿Conocías este proverbio?...

MECHA.— ¡No conoce nada! Ha de ser otra mentira como las que estás diciendo desde que entramos. (*A Susana, también*): La verdad es que los hemos alacraneado todo el

día. No sólo al regreso: a la ida y allá. Bajo ese sauce, cuyas iniciales tan elocuentes, según éste, tampoco he visto, y aquí, en tu misma puerta. (*Se aniña, casi llora*). ¡Venía más triste!

CARLONCHO (*despechado*).— ¡Venías cantando!

MECHA.— ¡Venía de un picnic! No iba a llorar. Como no se va a reír a un velorio.

CARLONCHO (*para el que esta razón es definitiva, alza los hombros, desentendiéndose, y va a mirar la calle*).

MECHA (*lo fusila por la espalda*).— Vos no querrás a Eliseo como yo a ésta; eso es todo. Sin embargo, muy bien que estamos de acuerdo cuando hablamos de ellos dos. Se vuelven raros, huraños, decimos. Ya no sabemos si nos quieren o nos aguantan. (*Con un tono que, al final, se le empapa en llanto*). Los conocemos cada vez menos. De un año ahora, desde que son novios, es como si se hubieran tomado de la mano y se fueran de nosotros. Las horas, los días, los meses son un camino por el que ustedes se nos alejan. Un camino accidentado en el que, a veces, desaparecen y, a veces, les vemos; pero siempre más lejos, ¡siempre más lejos! (*Extrae un pañuelito y se cubre el rostro*). ¡Tengo una pena!

SUSANA (*conmovida, la acaricia*).— ¡Mecha querida! (y *despues, al otro*). Vení, Carloncho; sentate con nosotras. (Y, *éste, un poco corrido, pero no «abatado», lo hace*): No sé cómo decirles... Más allá de nuestras cosas visibles y cotidianas, como pasear o adornarnos, hay una vida también, que yo no puedo explicar. Una reciente experiencia con mamá me ha dejado sin ganas (*sonríe*). Fue un fracaso. Menos mal que ella termina por explicárselo todo desde su vieja tarima. Pero a ustedes; a vos... ¿Cómo podría convencerles que soy el mismo terrón, quizás ahora florecido por el amor, pero al que, si lo besás (*la besa ella*) le hallarás siempre el mismo gusto fiel?... (Ve a ELISEO que aparece por izquierda.) ¡Ah, Eliseo! Te envía en mi ayuda un ángel (*va a él, cordialísima*). Pasá; sentate.

ELISEO. (*La misma edad de Carloncho, de 20 a 25 años. En nada distinto del muchacho común, a no ser que no ríe si no hay de qué reírse, ni habla si no hay de qué hablar. Parece lógico esto, normal; pero, como es lo contrario de lo que hace la gente, al rato de estar entre ella, serio y callado, empiezan a verlo raro, cohibido o humilde, cuando no caviloso o huraño. Y entonces, para aliviarle del susto que, suponen, le producen, o por darle el merecido «contramoquillo», por piedad o rencor, lo aíslan. Así estuvo en su casa, entre sus hermanos; en la escuela, entre sus condiscípulos; y ahora, de mozo, así está también entre sus amigos. Solo. ¿Sufre su soledad o le agrada?... Supongamos lo segundo, puesto que la juventud va siempre a lo suyo y, hasta cuando llora, quiere eso y no*

otra cosa. No será feliz, quizás, porque la felicidad es un exceso burgués, como la riqueza; pero es como él desea ser. Sin duda que no esperaba hallar visitas, porque la sonrisa que traía, como un regalo para su novia, se le cae al ver a Mecha y Carloncho).— ¡Hola! ¿Qué tal, Mecha?... *(y al otro): ¿Cómo te va? (Y después de una pausa que empieza a pesar): ¿De qué se trata?...*

SUSANA.— De una ternura de éstos para nosotros. Celos de buenos amigos. *(Sonriendo.)* Dicen que nos alejamos de ellos.

MECHA *(excesiva siempre)*.— Que ya no nos quieren más, decimos. ¡Que los perdemos!

CARLONCHO *(también siempre tan anfibio)*.— ¡Eh! ¡no tanto, no tanto! Yo, al menos, no pienso así. Un amigo no se pierde porque no vaya a un picnic, ni a diez, con uno. No es la gramática. *(Transición, riendo, a Eliseo):* ¿Conoces el cuento?... La tonadillera que le escribía al periodista pidiéndole un bombo, y le ponía esta postdata: discúlpeme las faltas de ortografía, porque le escribo desde el campo.

MECHA *(indignada)*.— ¡Carloncho! No le hagas caso, Eliseo. No lo oigas. Quiere orillar el asunto; restarle importancia. Mucho más que él sufro yo la violencia en que les colocamos, a vos sobre todo, viniendo a pedirles explicaciones.

CARLONCHO (*serio, sarcástico*). — ¿Ah, sí?... Sufres, pero insistes. Lo recibes en la punta de una espada, lo pones de espaldas a la pared y, entre lagrimitas y protestas, le exiges la bolsa o la vida. Que nada menos que eso es para éste pedirle que explique ciertas cosas; modos suyos de ser: hurañerías, ¡o qué sé yo!

SUSANA (*que por poco bate palmas, tan segura está que Eliseo va a aclararlo todo*). ¿Te das cuenta vos hasta dónde han ido en sus figuraciones?...

ELISEO (*que hasta entonces ha permanecido grave y atento, como orientándose a través de lo que oía*). — Te equivocas, Mecha. Y vos también, Carloncho. Para mí no hay violencia en explicarme. No la hay ahora ni la hubo nunca. Lo que hubo siempre es que a mí nadie, nunca, me ha interrogado. Debe ser bien así, que cada uno se preocupe de lo suyo; pero te confieso que a mí me agrada mucho que ustedes me interroguen.

SUSANA. — ¡Bravo, Eliseo!

CARLONCHO (*evasivo*). — Si yo no te he interrogado acerca de tus desvíos de nosotros, es porque vos siempre fuiste, poco más o poco menos, lo mismo. No sé si arisco o humilde, o «batata» u orgulloso. No sé. Palabra. Pero así has sido.

¿Que ahora se agrava la cosa?... ¡Y bueno! Es como si te afeitaras cada vez menos hasta terminar con «chiva». Con alacranearte me daba por satisfecho; pero ésta, ya lo oís, no se conforma.

MECHA (*testaruda*).— Él habrá sido así siempre; pero ella no fue así nunca. Todos sus sentimientos, como los míos, eran nuestros, comunes. Desde las muñecas con que jugamos hasta las nietas que hemos soñado tener, las acariciaríamos juntas. Nos habíamos jurado que no nos separaría nadie; ni ustedes. ¿Saben?... (*lagrimea, refugiada en Susana*).

CARLONCHO (*se para, violento*).— ¡Pero ahí la tenes! ¡No se ha muerto! ¿A qué esta tragedia ahora?

MECHA.— ¡Sí, la tengo!, ¡pero esta no es ella!

SUSANA (*ríe, acariciándola*).

ELISEO (*impasible, recapitula*).— Como te decía, Carloncho: para mí no hay violencia en explicarme. Podrá costarme un esfuerzo destacar de mi mente o mi entraña alguna idea o sentimiento muy hondo o muy abstracto; pero no me es violento ni enojoso. Me he hecho sobre ese trabajo.

SUSANA (*un poco a trasmano*). — Claro.

ELISEO.— Muchas veces paso días y noches, así, batallando con problemas cuya solución no veo, pero que siento que existe. Me rompo las uñas, desangro; envejezco. Hasta que la hallo. ¿Vos, no?...

CARLONCHO (*asustado sólo a la posibilidad de semejante «macana»*).— ¿Yo?... ¡Nunca!

ELISEO.— Peor para vos. Nunca sentirás tampoco la alegría de esos hallazgos. Es como volver con vida de entre los muertos. Amanece, uno. Renace. Salta a la calle, y al primero que encuentra, mujer u hombre, le daría un abrazo. ¡Hermano! ¡Hermano!

SUSANA.— (*lo mira, seria*).

CARLONCHO (*ríe con su mejor gana*).— Entonces, yo nunca te he visto en trance, como dicen los ocultistas. A mí nunca me abrazaste.

ELISEO.— Efectivamente: no. Y, ahí tenés. Esa es la llave que te abrirá la puerta a todas las explicaciones que de mí quieras. No te he abrazado nunca. Con saber el por qué de eso. lo

sabes todo. Ya no es preciso que yo hable. Vamos, Susana. (*Medio mutis*).

SUSANA (*ante lo inesperado*).— ¡Oh, pero, no! ¡Eliseo!

CARLONCHO (*serio y rápido*).— ¿No es preciso? ¡Es preciso! Porque ahora sí que no te entiendo. ¿Por qué no me has abrazado?...

ELISEO (*se vuelve*).— Si es preciso, hablo. No te he abrazado, porque lo que yo quisiera abrazar en esos desconocidos es a la humanidad. Y en vos no abrazaría más que al amigo del café o del picnic; de todas las diversiones: a Carloncho. En fin, para que definitivamente nos entendamos: lo que nos separa cada vez más no es mi carácter ni el de Susana. (*La atención de ésta es angustiante ahora.*) «Nuestros caracteres» que es lo único de nosotros que ustedes ven, no son nuestras vidas, sino sus reflejos. Como las jorobas no son los jorobados. Que nuestras gibas les sirvan para la piedad o la risa no quiere decir que ustedes sepan, o sospechen siquiera, el poema o el drama que nosotros vivimos. Esto es un secreto. Y el secreto de nuestro alejamiento de ustedes, también es esto.

CARLONCHO (*entre jaranero y resentido, mientras Mecha, que ya no llora, mira a Susana que, a su vez, mira al suelo*).—

¿Ah, con que era un secreto, entonces?... ¿Habían tenido un secreto?... ¿Qué sorpresa preparan al mundo?... ¿Un libro de versos?... ¿Un nuevo plan quinquenal?... ¿O algún asalto?... ¿Son pistoleros, che?... ¡Larguen! ¡Cuenten!

ELISEO (*sonríe a su novia*), — ¿Cuál es nuestro secreto, Susana?... ¿Te animas a decirlo?

SUSANA (*aventura, ya sin fuerzas*).— Ellos venían a pedirnos la razón de lo que creen un desvío de nosotros. Y vos hablás de otra cosa, Eliseo.

ELISEO (*vivamente*).— ¡Y sí, querida! Porque esa cosa contiene la razón de todos nuestros desvíos; no sólo de ellos; de todos los que no sientan nuestro secreto. (*Y, cuando ella vuelve la vista al suelo, sonriéndole otra vez.*) ¿Y?... ¿Te animás a decirlo?... ¿Podrías?...

SUSANA (*sin levantar el rostro*).— No. No puedo.

ELISEO.— Ni yo tampoco. Porque es un secreto hasta para nosotros.

CARLONCHO.— ¿Hasta para ustedes?... ¡Maravilloso!

ELISEO.— No era nada maravilloso. El que tiene un encanto tiene un secreto. También se llama destino. ¿Sabe la madre si el ser al que da su sangre será feliz o desventurado?... ¿Podemos saber nosotros, Susana y yo, a qué abismo o qué cumbre nos llevará el pensamiento que hoy nos orienta?... Es un secreto. Lo que no es un secreto, lo que podemos decirles es esto sólo: todo lo que ustedes viven y llaman bueno, bello o verdadero, para nosotros es feo y malo; ¡una terrible mentira.

CARLONCHO.— ¿Mentira?... ¿Mentira, qué?... ¿La vida que ahora vivimos?... ¿La sociedad en que actuamos?... ¿Y quién no sabe que están mal; que podían ser mejores?... Habría que ser ciego o sordo. Te lo gritan en todas las bocacalles. En la izquierda, en el centro, en la derecha. Los burgueses, los revolucionarios y los curas. ¡Me parece que te has caído de la luna, che! (ríe).

ELISEO (*asombrado*).— ¿Cómo?... ¿Vos lo sabías?... ¿Y vos también. Mecha?...

MECHA (*admirada de su asombro*).— ¡Sí Eliseo!

ELISEO (*a gritos*).— ¿Lo saben, y están aquí?... ¿Lo saben y son felices?... ¿No se agitan?... ¿No protestan?...

CARLONCHO (*fastidiado, en igual tono*).— ¡Y no gritamos tampoco, porque para nosotros todo eso es historia vieja!

ELISEO (*al final de la calle*).— ¡Eso es lo que nos separa! Que ustedes ven todo viejo, y nosotros todo nuevo. ¡Que el dolor de los hombres, la mentira en que viven, a nosotros nos duelen como si fuéramos los primeros que lo sufren! (*Se ensimisma un instante.*) Está bien. Muy bien. (*Después resuelto y urgente.*) Vamos, Susana. A nosotros nos esperan.

SUSANA (*resignada, acariciando al pasar el rostro de Mecha*).— Y, bueno. Vamos. (*Salen.*)

(*Carltoncho alza los hombros; sonrío. Mecha lo mira; no comprende.*)

FINAL DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

El desván de la casa de ELISEO. Se llega a él por una escalera de hierro, cuyo rellano se ve cuando se abre la puerta del foro. Esta y la otra, de la derecha, que da a la azotea, son estrechas y bajas, de una hoja y sin cristales. Se pasa por ellas sorteando cachivaches; el desecho del mobiliaje de varias generaciones, revuelto, arrojado, que llega y se para, cojeando, a dos metros de una pequeña ventana con vidrios esmerilados, que hay a la izquierda. Bajo ésta, una mesa–escritorio que parece ser nueva, quizás por contraste con las demás cosas viejas. En ella, y alrededor, libros, revistas, cuartillas, y todo lo que es común en estos rincones en que se lee y se escribe. Ahí también hay desorden, pero con otro carácter; un desorden de pulso de sien o de red de músculo: activo, tenso, joven.

Sobre este escenario, apenas iluminado por la claridad lechosa que entra por la ventana, se levanta el telón, cuando aparecen, por el foro, los dos muchachos. Él, polémico. Ella, triste.

ELISEO (*mientras enciende una lámpara a petróleo que hay en el escritorio*).— Es inútil querer engañarse. Para ser amigos hay que ser compañeros; hay que tener en común alguna imagen que acariciar o alguna acción que llevar adelante. Entre Mecha y Carloncho y nosotros, ¿qué había?... ¡Nada!

SUSANA (*sentada en primer término, en un «chaise longue» harapiento*).— Todo nuestro pequeño pasado. Sentimientos y recuerdos, que no se pueden dejar como se deja la ropa cuando crecemos; alegremente.

ELISEO (*paseándose*).— No estoy alegre ni triste. Realizamos muchos actos de los que no sentimos, de inmediato al menos, ni el bien ni el mal que nos hacen. Este es, para mi, uno de esos.

SUSANA.— Peor todavía, Eliseo. Ni triste ni alegre» Indiferente, entonces.

ELISEO.— Tampoco. La indiferencia es el resultado negativo de un examen. Cero. Y yo. para esta ruptura, no he examinado nada. Se hizo sola, como una herida de adentro afuera. (*Se detiene, reflexivo.*) ¿No has observado que aquellas resoluciones en las que nos realizamos más

cabalmente, son siempre en las que interviene menos nuestra premeditación?... Ese acto mío, me condene o me salve, me define. Es mi vida que declara (*sonríe*), quizá con un poco de énfasis, pero con sinceridad. Vivir es estar presente en una lucha o una obra; sin evasiones sentimentales, no ya al pasado, ni al futuro tampoco.

SUSANA (*con el alma*).— ¿Y el hijo?...

ELISEO (*como si le preguntaran por su bisabuelo*).— ¿El hijo?... ¿Qué hijo?...

SUSANA.— El mío. ¡El que tengamos nosotros!...

ELISEO (*ríe*).— En eso sí que no había pensado.

SUSANA (*condenada*).— Claro. Cómo habías de pensar. Es el futuro también; como yo soy tu pasado.

ELISEO (*recién comprende; se alarma*).— ¡Eh, no! ¿Qué estás diciendo?... ¡Vos sos mi amor!

SUSANA (*niega suspirando*).— El amor, para vos, no será nunca más que una nostalgia de tu instinto. Como sentarte

cuando estás cansado, o cerrar los ojos para dormirte. De pie, despierto, serás de todos, menos mío.

ELISEO (*se echa atrás como ante un abismo*).— ¡Oh! Pero... estamos discutiendo, Susana. ¡Qué raro! Siempre creí que nosotros estábamos de acuerdo. (*Pausa; ella elude su mirada; él sonríe optimista.*) ¡Y lo estamos! Lo que pasa es que vos, sin darte cuenta, estás, ahora, colocada frente a mí en la misma posición que Mecha y Carloncho: ellos, como amigos: vos, como novia. Te olvidas que somos también compañeros; que tenemos en común un secreto. (*Se sienta con ella.*) ¿Qué es eso de que yo seré de todos menos tuyo?... Tuyo y mío son dos conceptos mezquinos. Nuestro amor no puede ser egoísmo, sino expansión. Una generosidad más de nuestros corazones. Lo tenemos, como esta lámpara (*la señala*) tiene petróleo y mecha para dar luz.

SUSANA.— Como esa lámpara que sólo enciendes para que los que piensan como vos, sepan que los esperas y suban. Igual tu amor. No estoy en tu claridad. Para vos no seré más que la sombra de tu cuerpo. Esa sombra que se recoge del suelo, al borde del lecho.

ELISEO (*Desesperado, en pie*).— ¡Ah, no, Susana! ¡Así no! Vos parece que gozaras en torturarte. ¿Por qué? ¿Qué he dicho yo que te haga creer que no te amo?

SUSANA.— No has dicho nada ni me torturo. Hago lo que vos has hecho: me realizo y me veo. Es también como una herida de adentro afuera por la que miro el más allá de mi vida. ¡Sola! *(Se alza.)* Pues, para vos, no sólo que no hay amigos; no hay tampoco esposa ni hijo. ¡Hay compañeros! *(Golpean al foro.)* ¿Ves...? Tu lámpara. ¡Tus compañeros! *(Los golpes se repiten y el no acude.)* ¡Abre! *(Mientras él lo hace, ella pasa a último término. Se sienta. Parece que se apagara.)*

CHERNIAK *(Aparece en la puerta. Es un ruso judío de 40 años. Intelectual proletario; una llama doliente y mordaz. Tiene una fina cabeza que, cuando está en silencio, yergue sobre un cuello débil, pero que, al hablar, inclina a un lado, como en la esgrima. Ancha frente, ojos aguileños, labios sensuales, nariz y mentón de su raza. Enjuto y lleno de ador, como una araña cazadora de moscas. Sus mutismos y sus pausas parecen cortinas bajadas sobre un taller en plena labor; trabajo adentro. Exprime el grotesco de las cosas, para otros, más serias; o viceversa; de las más risibles él saca dramas. Ahora, la gravedad con que registra, con la mirada la escena, hasta dar con Susana, en cuyo rostro descubre lo trágico, se le rompe en una risita fastidiosa).*— ¡Je, je, je! ¿Estorbo?

SUSANA.— Pase, Cherniak.

ELISEO. *(Que pasea, preocupado.)*— ¿Venís del mitin?

CHERNIAK. (*Sin avanzar.*)— Pregunto otra vez: ¿estorbo?...

ELISEO. (*Violento.*)— ¡Hombre! Se te ha dicho que pases. Pasa.

CHERNIAK. (*Entrando.*)— No pregunto más, paso. Pero salvo mi conciencia. Sé que estorbo. (*Mira a los dos; comprende bien que estorba, y va a la mesa a huronear papeles. Se le ve la risita a través del cuerpo.*)

ELISEO. (*Grita.*)— ¡Cherniak!

CHERNIAK. (*Se vuelve rápido y serio.*)— ¿Qué?

ELISEO.— ¡No te alegrés tanto! ¡No estorbas!

CHERNIAK. (*Desilusionado.*)— ¿Que no estorbo?... ¡Oh! Esto sí que sería para echarse a llorar. (*Pero, los mira de nuevo, y vuelve a reír, manoteando.*) Muchachos, muchachos. Tengo 40 años, soy escritor, conozco diez idiomas, y sé lo que valen las palabras. A mí no se me engaña.

ELISEO (*dominándose, casi alegre.*).— ¡El buen judío! Se hace el problema, y quiere que los otros se lo resuelvan. Querés que te digamos que sí, que estorbas, y no para irte,

sino para justificar tu manía de perseguido. Para decirte a vos mismo: ¡Oh! ¡Qué injusticia! ¡Estorbo!

CHERNIAK. (*Lo toma también en broma.*)— No, buen cristiano. El buen judío no se plantea esos problemas. Esa manía que le achacas viene de un error de sumas. (Ríe.) Para mártires y perseguidos, cualquiera otra raza o secta más que la mía. La tuya, por ejemplo. (*Serio, ahora, inclinando la cabeza sobre un hombro.*) El buen judío es otra cosa: es el que olfatea el dolor, como yo lo olfateé aquí antes que abrieras. El buen judío sabe que estorba, y se queda, porque quiere saber por qué se sufre.

ELISEO. (*Arisco, como si la pregunta lo manoseara.*)— La curiosidad por el sufrimiento ajeno debe tener también un límite: el del pudor de las víctimas. Traspasarlo puede ser un sacrilegio o una inconsciencia. Si sabés que sufrimos, y conoces diez idiomas, busca en ellos la palabra discreción, que en todos ha de tener igual contenido: ¡silencio, respeto! (*Y le vuelve la espalda; va a sentarse tras su mesa, mientras Susana, atenta hasta ahora, echa la cara en las manos y se ensimisma. Pausa.*)

CHERNIAK. (*No se conforma; manotea, desesperado, en la mitad de la escena; busca la coyuntura, y la encuentra.*)— No se puede respetar lo que se ignora. Sólo guarda silencio el que sabe... Y, a propósito, hay un pasaje en la vida de Cristo

que, ese sí que enmudece de angustia. (*Exagerando.*) ¡Ah! ¡Es terrible! Se sale de la leyenda, bandea la mística y cae, como un manotón, sobre la boca del grito. Duele y hace callar.

ELISEO. (*Presiente el golpe*)— ¡Cállate, entonces!

CHERNIAK. (*Entusiasta de su hallazgo, ya no le oye; se dirige a Susana, que le mira.*)— Es aquel en que, estando Jesús en plena prédica, alguien vino hasta él para anunciarle: tus hermanos y tu madre han llegado y quieren verte. ¡Pobrecitos! Querían amarle de cerca. Y no en su vida de dios, que ellos sentirían sin ver como se siente el viento, sino en la otra, terrena, carnal, que se remece en los brazos, y se mira, y se besa. Y él respondió al emisario: ¿Quién es mi madre?... ¿Y quiénes son mis hermanos?... Y volviéndose al concurso: cualquiera que ame y sirva a Aquél que yo amo, es mi hermano y mi hermana y mi madre... Y continuó predicando. (*Ríe, camina, manotea, como si cazara en el aire las deducciones.*) ¡Je, je, je! Cristo habrá existido, o no. ¡Qué importa! Sería judío o ario. Es lo mismo. Pero, lo que yo aseguro, porque lo he oído mil veces, es que esa respuesta está, latente o agazapada, en la entraña de todo apóstol de algo. Por más sabio o más santo que sea. Se llame Tolstoi o se llame Einstein. Que la oculte o la amordace, taladrando sus huesos o a través de sus actos, llegará siempre un momento que salte y castigue el alma de aquélla que, amándole a él, no ame también lo que él ama. ¿Quién es mi esposa?... ¿Quién

es mi novia?.... ¡Cualquiera, menos vos, pobre mujer, que no amás mi apostolado ¡Ah! ¡es terrible, terrible! ¡Y fatal, fatal! *(Y los espía, implacable.)*

SUSANA. *(Golpeada en el corazón, se alza y camina hacia la derecha.)*

ELISEO. *(Se alarma.)*— ¿Qué tenés?... ¿Dónde vas?...

SUSANA.— Nada; a la azotea. *(Y como él intenta seguirla.)*
No, sola. Sola.

CHERNIAK. *(Sinceramente afectado, casi llorando.)*— ¡Muchachos! ¿Qué tienen? ¿Les he hecho daño?... ¡Perdón! ¡Perdónenme! Yo sólo quería saber. ¡Saber, para sufrir con ustedes!

Susana sale. Eliseo mira a Cherniak, cuya espalda se retuerce y se humilla, tanto como en su pecho suben, en marejadas, los puñetazos. Pero se acuerda de ella, y va a asistirle, cuando, por la escalera, empieza a ascender un gran silbido. Es un silbido entusiasta y consciente. Su ejecutante se emplea a fondo en él; lo mancha también. Eliseo se detiene, y va al foro a abrir. Cherniak va a sentarse.

EL MIRLO. (*Entra silbando cualquier cosa: marcha o himno. Es un muchachón de 18 años, aprendiz de herrador, de cara, manos y ropa con tiznes y quemaduras de fragua. Trae un montón de volantes, de los que, siempre silbando, reparte a los dos. Después, echa los demás sobre la mesa y larga el trapo.*)— ¡El esquinazo! ¡Qué macanudo esquinazo le fajé al tira!

CHERNIAK. (*Malhumorado.*)— ¿A vos te llaman El Mirlo porque silbas siempre, o porque siempre andas tiznado?...

EL MIRLO.— Por las dos cosas, y por otra. Porque sé hacérmeles humo cuando me creen más seguro. Un humo que pianta y chifla. Como ahora. El otario estará oyéndome sin saber desde qué lugar lo cacho. Y mire que he repartido. ¡Uff! Un montón así. (*Ademán.*) Y el tira siempre atrás mío, con los ojos como puños, errándome cascotazos. ¡Aquí le di el esquinazo! (*Va a foro y silba.*)

ELISEO. (*Va a salir, pero todavía se detiene a leer el volante; ya en la puerta, asombrado, se vuelve.*)— ¡Che, Mirlo! Pero, ¿qué repartís vos?... (*Va a ver los que hay en la mesa, y se sienta a reír.*)

CHERNIAK. (*Pasa la vista también por el que tiene y toma ¡cómo no!, la cosa en drama.*)— El esquinazo te lo han dado

a vos, ¡pobre infeliz! ¿Sabés lo que distribuyes?... Propaganda de una despensa. (*Lee.*) Yerba, 0,40; arroz, 0,25; azúcar...

EL MIRLO.— ¡No! (*Mira a Eliseo.*) ¿Sí?...

ELISEO.— ¿Quién te los dio?...

EL MIRLO.— ¡No me los dieron! Andaba uno en el mitin, repartiendo, y yo le pedí el barato. Este es mi juego, le dije, y se los saqué casi de prepo. ¡Tá que lo!... Pero, no. No puede ser. (*Va a ver los otros.*) Sería pa chiflar a gritos.

ELISEO. (*Se levanta para irse.*)— ¿Y qué les buscás ahora? ¿Crees que les vas a encontrar los artículos que anuncian?...

EL MIRLO.— ¡Y claro, que son burgueses! ¡Tienen números! ¡Tá que lo!... Miren si me dan la cana por repartir esta porquería. ¡Qué plancha! (*Lo estruja, lo tira, furioso; se sienta.*)

ELISEO.— Y bueno, Mirlo. Saltá a otra rama. Y seguí silbando. (*Y va a irse, alegre, pero.*)

CHERNIAK. (*Con lo que dice, lo detienen.*)— ¡No! Mejor sería que llorara. (*A El Mirlo.*) ¿Por qué no aprendes a leer?...

EL MIRLO.— ¡Ufa! No tengo tiempo.

CHERNIAK.— En el tiempo que has perdido en gambetearle a un pesquisa, yo podría haberte enseñado el abecedario.

EL MIRLO.— ¡Ufa! ¿Y cuándo me divierto, entonces?... ¿Cuándo juego?... Yo trabajo desde los ocho años; ¡qué se cree!

CHERNIAK. (*A Eliseo, que mira a la azotea, como buscando algo.*)— Por trabajar, no fue a la escuela. Como no fue a la escuela, no tuvo vacaciones ni recreos; no pudo jugar. Y lo que no hizo de chico, lo hace ahora. Juega a revolucionario.

EL MIRLO.— ¡Ufa! ¡Cómo las enhebra, amigo! (*Y empieza a silbar, bajito.*)

ELISEO.— ¡Eh! No es para tanto, Cherniak. Le concedes demasiada importancia a un accidente...

CHERNIAK. (*Se levanta, manoteando.*)— Todo es accidental en la vida. Hasta el hecho de que vos no seas judío. (Ríe.) El accidente que vemos o que sufrimos, es el que determina esto o aquello que después somos. Como en el caso de éste. (*A El Mirlo.*) Vos nunca vas a ser un militante serio.

EL MIRLO. (*Salta.*)— ¡Ah, no! ¡Protesto! Yo he sido siempre un rebelde. Si no, que lo diga el Maestro. Él sabe que yo, hasta cuando chiflo, es porque estoy estrilando.

CHERNIAK. (*A Eliseo, victorioso.*)— ¿Ves?... Estrila porque no juega. O, al revés, juega hasta cuando estrila. Chifla. ¡Es terrible, terrible!

EL MIRLO. (*Desesperado.*)— Pero, ¡amigo! Ya me está haciendo doler, usted. ¡Por favor! ¡Lárgueme!

ELISEO.— Yo te quería decir que todo no puede ser sabiduría entre nosotros...

CHERNIAK.— ¡Claro! Para ser sabio es preciso antes haber jugado mucho. (*A El Mirlo.*) ¿Vos nunca remontaste barriletes?...

EL MIRLO.— ¿Barriletes?... Yo no he remontao más que humo, por la chimenea de la herrería.

CHERNIAK.— Y a las bolitas, ¿jugaste?...

EL MIRLO.— Sí. Con los carbones: desde la tina a la fragua.

CHERNIAK.— ¿Y no tiraste piedras, tampoco?...

EL MIRLO.— ¡Martillazos, he tirao!

CHERNIAK. (*Terminante*).— Sos un monstruo. Sí el que no jugó de chico es como un fruto que no pasó por su flor. ¡Monstruoso! Si hay dios no está en nuestros amores ni en nuestros odios; está en el juego de los niños. Es desde esa claridad que él nos acaricia a todos. Mirlo querido. (*Va a éste, como si fuera a llorar sobre su cabeza.*) Tu desventura tiene que ser tu bandera. Vos debes ir por el mundo gritando esto y solo esto: ¡Yo no he jugado de chico! ¡Yo...!

EL MIRLO.— Yo me le planto aura mismo. ¡Ufa! ¡Ufa! (*Y va a salir, disparado, pero al llegar a foro, topa a El Maestro Herrador y a El Linyera, que entran. Se resigna a quedarse y saludarlos.*) Qué tal, Maestro. (*Y al otro.*) Saló, amigo. (*Y va a sentarse por ahí, a respirar, libertado. En adelante, y siempre que no moleste, silbará en distintos tonos.*)

ELISEO. (*En cuya mente, la inhibición de Susana se ha hecho total, ahora, parece que entra con los que llegan; tan enfrascado se queda en lo que va a decirse, y en nada más. Sin memoria ni pre sentimientos.*)— ¡Hola! Pasen. Siéntense. (*Y va a sentarse el también, tras de su mesa.*)

EL LINYERA. (*No es el gaucho del caballo ni el ciudadano del tranvía; es el hombre de a pie. Este nuestro es un mozo de 30 años, ágil, sonriente, y de cuyos ojos vuela la curiosidad como un pájaro revoloteando sobre todo lo que ve, malo o bueno, hasta dar con lo mejor. Ahí se asienta y de ahí extrae sus imágenes alegres. Viste alpargatas, bombacha angosta, abotonada al tobillo, saco pueblera, pañuelo blanco al cuello y gacho negro; estas dos últimas prendas son flamantes. Entra, pero sin aceptar la invitación de sentarse, abarca de una mirada el desván. A Eliseo.*)— ¿Esta es su cueva?... ¡Caray! Está linda! (*Y pasa al escritorio a curiosear papeles.*) Como el hornero en el poste del telégrafo, usted ha hecho el nido en la punta de la casa, entre los hilos al viento.

CHERNIAK. (*Que se ha quedado braceando en el medio de la escena, los mira entrar; ve la actitud de vencido que trae El Maestro y, soslayando con un)* ¿Qué tal?... (*al otro, se lanza a éste.*) ¿Qué?... ¿No te dejaron hablar?... ¡Claro! Vos no sos un orador precisamente. (*Y ríe, maligno. El Mirlo, silba bajito.*)

EL LINYERA.— No es, no. El orador ve pa fuera, y Cristóbal ve pa dentro. Y aura ni siquiera ve. El pobre anda a los porrazos entre sus penas. Subió a la tribuna, sí; y yo, al verlo, me quedé como esperando un milagro. Pero no se hizo. Entre gritos y silbidos del público defraudado, lo bajé y lo traje.

CHERNIAK. *(Se le sienta al lado a El Maestro.)*— ¿Y qué querías decir?... ¿Por qué no pudiste?... Vos has hablado otras veces.

EL MAESTRO HERRADOR. *(Ni saludó ni contesta. Es un hastial de barbas y cabelleras alborotadas y espesas. Y lo que éstas dejan libre, frente, nariz, mofletes, son tres brasas que se apagan en los ojos. Los brazos arremangados a los costados del busto, como dos mazas a los costados del yunque. Jockey color de hierro, que casi no se distingue entre su pelambreira; camisa a rayas oscuras, de la que le salta el pecho, como un peñasco con musgo; pantalón con los ruedos harapientos; mandil y zapatones con chamuscaduras. Se arrastra como un lingote; cuando Cherniak lo interroga, ya está sentado. Mira a éste, y después a todos, hasta dar con el muchacho, al que dice, lentamente.)*— Mirlo: búscate otro oficio. No hay más trabajo en mi herrería. *(Y vuelve a mirar a todos, hasta que encuentra sus brazos cruzados como dos martillos sobre sus piernas. Y, mirándolos, se queda.)*

EL MIRLO. *(Que silbaba, grita.)*— ¡Ufa! ¡Lo que me faltaba! ¡Ya se me augó! Y en un dedalito de agua. ¡Pero, Maestro! ¿No le he dicho que yo le arreglo ese asunto? Ya mismo; ¿quiere?...

CHERNIAK. *(Subiendo en curiosidad.)*—¿Qué asunto?... *(A El Maestro.)* ¿Pensás cerrar el taller?... ¿Por qué?...

EL MIRLO.— ¿Por qué?... Porque este hombre, que por lo grande y fortacho, parece un frisón de cervecería, es en el fondo un potrillito de teta. Sin herraduras. Lo ha *despeado* el progreso. (*Y se larga a silbar.*)

ELISEO. (*Imperioso*)— ¡Cállate, pues! (*Se calla.*)

CHERNIAK. (*Cada vez más urgente.*)— ¿Así que cerras no más? ¿Y de qué vas a vivir?... ¡Oh, esto es terrible, terrible! A ver; ¡contame!

EL LINYERA. (*Sonriente, siempre.*)— No va a contar. No puede.

CHERNIAK.— Pero, ¿es tan grande su pena?... Pues, por lo mismo, que hable. Necesitamos saber. Por otra parte, hablar es como llorar. Alivia. Contame a mí, Cristóbal. ¿Estás enfermo?... ¿Te han embargado?... ¿Te desalojan?... Pero, ¡habla, pues! (*El Maestro lo ha dicho todo; no hablará más.*)

EL LINYERA.— Es inútil que lo hostigue. No va a hablar; no sabe. No le digo que ya lo intentó en el mitin. Quiso contar a los hombres su desventura; pero no tiene palabras.

CHERNIAK. (*Deja a El Maestro por imposible, y se para, despechado.*)— Todo tiene palabras. Hasta para decir que no se tienen palabras, hay que tener palabras.

EL LINYERA. (*Lo mira, alegre y curioso.*)— ¿Ah, sí?... Pero las palabras de Cristóbal no eran como las nuestras, representaciones de pensamientos, sino golpes de sangre. Eran esos pedazos de fierro que él clavaba en los cascos de los caballos. Las herraduras. Golpeando en los adoquines y en el asfalto, él creía golpear en los corazones: ¡Tin, tan! ¡Arriba, humillados! ¡Tin, tan! ¡Paso a los trabajadores! ¿Eh, Cristóbal?... (*Cristóbal ni oye ni ve.*) Él las oía repicar, antes que en las arterias de la ciudad, adentro de sus arterias. Repechaban por sus músculos, llameaban sobre su yunque, y, al clavarlas en las bestias, él sentía que les clavaba algo que no tenía palabras; que sólo así, a martillazos, podía expresarse... Y poco a poco, eso se le va callando; habla cada vez más bajo. Ya apenas lo oye. Es su vida que se calla. Atento a los cuatro rumbos —¿no lo ve?— siente que la caballada se va del mundo arreada por los motores. Y es como si las gomas de las ruedas de los autos retobaran sus martillos; como si los paragolpes de los camiones fueran cortando las patas de los caballos. A él le cortan la lengua. Por eso no habla. No puede. No sabe.

CHERNIAK. (*Ante el silencio de todos, suave y místico.*)— ¡El misterio del hombre!... He aquí un herrador que sufre, hasta

no poder decirlo, porque ya no podrá más expresar su alma con palabras de hierro. Entonces, no es herrador sino poeta...
(Pausa.)

EL MIRLO. *(Separa, al otro lado este asuntito.)*— Para todo eso yo tengo la solución, y ya se la he dado a El Maestro, pero no sé por qué no agarra viaje... Caballos hay para herrar. La policía tiene a montones. ¿Por qué no me deja a mí?... Yo voy al Departamento, donde me conocen todos y deben quererme mucho, a juzgar por las veces que me invitan a ir, y pido que nos manden la matungada. Total, Maestro: se las ponemos fallutas. Cuando nos atropellen va a ser una de costalazos y desparramadura de los botones, que ni los de su camisa, que ya no tiene ni uno. ¿Eh?... ¿Qué les parece?

TODOS. *(En distintos tonos, serios o riendo, le hacen callar.)*— ¡Oh! ¡Bah! ¡Cállate!

EL MIRLO.— ¡Ufa! ¿No ve?... ¡Si es para chiflar a gritos! *(Y se sienta, pero silba bajo.)*

(Otra pausa. El Maestro sigue mirando sus puños. Eliseo a El Maestro. Cherniak al suelo.)

EL LINYERA. *(Buscándole una salida a la general tristeza.)*— Linda su cueva. ¡Ajajá! *(Abarcando el desván; y a Eliseo.)* Mas,

para mi, le falta algo. Un fuego. Pero no de esos quietos y serios de los carbones, sino de esos alegres y bailarines que hacen las ramas. *(Ríe.)* ¿Qué sé yo? A mí me gusta el fuego. Un fueguito entre una rueda de amigos, más si es de noche, es como una muchacha entre varios mozos. Colea, suspira, guiña los ojos y da una esperanza a todos. ¿Aquí no suben mujeres?...

ELISEO. *(Sonríe.)*— No, no suben... *(Pero se acuerda, y grita.)* ¡Ah! ¡Susana! *(Y se precipita por la derecha; se le oye llamar.)* ¡Susana!

EL LINYERA.— ¡Oh! ¿A quién llama?...

CHERNIAK.— ¡Je, je, je! A su novia. La había olvidado en la azotea.

EL LINYERA.— Caray. Volemos, entonces. Porque del olvido de él, ella va a creer que la culpa es nuestra. Vamos, Cristóbal. *(Y como éste no se mueve)*

CHERNIAK. *(Lo sacude y le urge.)*—Vamos. Yo te acompaño a tu casa. *(Apareándosele, mientras salen.)* ¡Lo que te pasa es terrible, querido, terrible!

(El Linyera los sigue. Y cerrando la marcha, El Mirlo, que al fin puede cumplir su amenaza de «chiflar a gritos». Cuando no se oye más la silbada, entran por el foro, La Madre y Misia Veva. Es aquélla una matrona opulenta de carnes y de todo. Puede venir lo mismo de una recepción que de un paseo a su finca. Señorea un dominio suave, pero inflexible. A su lado, la mamá de Susana se desmedra bastante; queda muy barata. Y esto resalta más cuando una y otra expresan sus sentimientos; serenos los de La Madre, desesperados los de Misia Veva.)

LA MADRE. *(Entra adelante, como si viniera sola, sin preocuparse de la otra que, de acuerdo a sus textos de urbanidad, queda esperando que la hagan entrar.)*— Aquí no están. Ya ve.

VEVA. *(Agitada.)*— Señora... ¿Me permite?...

LA MADRE.— Ah, sí. Pase.

VEVA. *(Entra.)*— Deben estar, sin embargo. Mecha y Carloncho, que son también dos exdiscípulos míos, los vieron entrar aquí. *(Viendo a los muchachos.)* ¡Ah! ¡Ahí están! *(Se precipita a Susana.)* ¡Hijita mía querida! ¡Aquí está tu madre!

SUSANA. *(En la luna.)*— ¡Mamá! ¿Qué tiene?...

VEVA. (*La separa de sí y retrepa su tarima.*)— ¡Niña! ¿Qué hacía usted aquí, sola, con un hombre?...

VEVA.— Es Eliseo, mamá.

VEVA.— ¡Es un hombre!

SUSANA.— Sí: es un hombre; pero no en el sentido que usted le da a esa palabra; le da el sentido de un hecho. (*Se avergüenza de su madre.*) Bueno. Vamos a casa, mamita. Allá hablaremos. (*Medio mutis; a la Madre.*) Buenas noches, señora.

VEVA.— ¡Quieta ahí! (*Susana se detiene.*) Usted es la novia del hijo de esta señora. Es preciso que ella sepa qué clase de niña va a traer él a su familia. Diga, confiéselo todo: ¿Qué hacía usted aquí?... ¿Qué hacían los dos?

LA MADRE. (*Que hasta entonces sonreía a la seriedad de su hijo, sonrío ahora a «la energía» de Misia Veva.*)— Por mí, no, señora. Ya está bien. Lévese a su hija.

ELISEO. (*Avanza.*)— Ah, no, mamá; un momento. Este asunto, por trivial que sea, no se arregla despidiendo a ellas, como vos lo hacés, ni menos desesperándose usted, Misia

Veva. ¿No te parece, Susana?... *(La Madre, lo mira alegremente; Susana se desentiende, alzando los hombros.)* Yo creo que es otra cosa, mucho más interesante, lo que hay que hacer; que ella *(por su novia)* y yo, definamos ante ustedes... Lo interesante es la educación de sus discípulos. ¡Y para una madre la pureza de su hija!

VEVA.— ¡Niña! ¡Conteste!

SUSANA. *(Casi llorando)* — ¡Basta, mamá!... ¡No!

VEVA. *(Implacable.)*—¿No, qué?...

ELISEO. *(Violento.)*— Eso que usted nos recuerda: ¡no! Uno mi sinceridad a la de ella: ¡no! *(Serenado, después.)* Parece que para usted el amor sólo tiene sentido si se deshonra; pero, hasta ahora, estuvimos ocupados en deshonar otras cosas, que tampoco tenían sentido para nosotros.

VEVA.— ¿Qué?... ¿Qué dices?...

ELISEO.— Digo que preocupados por situar nuestros espíritus, nos hemos olvidado de nuestros cuerpos. Somos como usted nos quiere: puros.

VEVA. (*Mira a una y otro, con ojos de maestra, físicos.*)— Les creo. Sí. Les creo. (*A la Madre, reverente y victoriosa.*) Señora: no tome en cuenta el galimatías de su hijo; ésta es lo mismo. Pero quede usted tranquila, lo que nos inquietaba no ha sucedido. Y eso es lo principal. Yo sé. Yo los conozco. ¡Los he educado yo! Pasarlos bien. Y disculpe, ¿no?... (*Saliendo.*) ¡A casa, niña!

LA MADRE. (*Acompañándola hasta el rellano.*)— Buenas noches, señora.

ELISEO. (*A Susana, que las sigue.*)— Susana: insisto. ¿No te parece que es el momento oportuno para definir ante tu madre y la mía...

SUSANA. (*Desde la puerta, suave y fatal.*)— ¿Como ante Mecha y Carloncho?... No, Eliseo. Para vos, definir es dejar este mundo y situarse en el tuyo.

ELISEO.— En la vida, como nosotros la comprendemos.

SUSANA.— Cuando decís *nosotros*, te referís a tus compañeros, no a mí. Yo no lo soy. No amo lo que vos amas. Tu secreto no es mi secreto, Eliseo. (*Sale.*)

ELISEO. (*Queda mirando a la puerta, como a una herida por la que se desangra; va a correr tras de su novia, a llamarla.*)— Su... (*Pero se contiene y se muerde los labios.*) Está bien, muy bien. (*Después de una pausa, a su madre, que, de vuelta del rellano, lo contempla, sonriéndole, desde tan alto, ¡tan alto!*) ¿Tenías algo que decirme, mamá?

LA MADRE.— Yo no. Fuiste vos que dijiste que tenías que definir no sé qué...

ELISEO.— Ah, sí. Mi vida. (*Pasea.*) ¿Te sientas, mamá?... Está limpio esto. (*Saca un pañuelo y sacude la «chaise longue».*) Sentate.

LA MADRE.— Aunque estuviera sucio, hijo. (*Se sienta.*) Aquí estás vos.

ELISEO. (*Iluminado de esperanza.*)— Gracias, mamá. (*Se sienta a su lado.*) ¡Gracias, Rosaura!

LA MADRE. (*Ríe, cordial.*)— ¿Por qué me nombras?... ¿No te basta llamarme mamá?...

ELISEO.— No. Como no le bastaba a papá llamarte esposa. Me gustaba tanto oírlo llamarte así: ¡Rosaura! Como si besara una rosa.

LA MADRE. (*Le acaricia los cabellos.*)— ¡Loquito! ¡Mi loquito!

ELISEO. (*Conmovido.*)— Hace tanto que no estamos juntos; solos. Desde que yo era chico. ¿Por qué no subes nunca? (*Le toma una mano.*)

LA MADRE.— He subido, hijo. Sólo que vos echas llave, y no oís aunque te llamen. ¡Tan distraído vives!

ELISEO.— ¿Has subido y llamado?... ¡Oh, mamita! ¡Perdóname! Mis cosas que me absorben. A un joven, como yo, se le plantean tantos problemas. Algunos tan hondos que parecen abismos. (*Se estremece al recuerdo de Susana.*) Pero tiene que aclarárselos a todos; él solo. ¿Verdad?...

LA MADRE.— Naturalmente. Yo te comprendo y te dejo. Hago más todavía. Te defiendo de los que te critican.

ELISEO.— ¿Me critican?... ¿Qué?...

LA MADRE.— Eso: tus distracciones. Porque vos te olvidás todo: quién sos, qué vales; deberes, derechos. Todo. ¡Loquito!

ELISEO. (*Alerta, soltándole la mano.*)— ¿Todo, qué?... Explícame, mamá. Porque a lo mejor, ese todo que yo olvido, no es que lo olvide, sino que no me interesa. ¿Qué hago yo que merezca la crítica y tu defensa?

LA MADRE.— Guerra, no, ¿eh? ¡Con Rosaura no se pelea!

ELISEO.— Decí, mamá. Te ruego. Y te prometo la paz. Después de todo quizá eso me ayude a definir ante vos lo que yo quería.

LA MADRE.— Bien, entonces. Te ayudo. Por ejemplo: cuando murió tu padre, apenas besaste su frente, te subiste aquí. No se te vio en el velorio ni en el entierro. Ni te pusiste luto. (*Y como él sonríe ante esa pequeñez, ella lo imita.*) Claro, estabas distraído... Cuando se casó tu hermana no concurríste a la ceremonia. Creo que no conoces a su esposo. Distraído... Cuando tu hermano mayor recibió su título no estuviste en el banquete que le dieron sus amigos ni en la fiesta de nuestra familia. Distraído... Cuando, yo, tu mamita Rosaura, quise este año, como todos, festejar tu natalicio,

tuve que poner en la mesa tu retrato; vos no bajaste ni a darme un beso. Distráído...

ELISEO. (*Se para.*)— Vos me estás acusando, mamá. Eso no es lo que dijiste: comprenderme y dejarme. Tus “distráído, distráído”, son reproches, ¡reproches!

LA MADRE.— ¡No! ¡Loquito! Defino tu vida entre nosotros. Como la ven todos. Como la de un extraño a nuestras alegrías y nuestras penas.

ELISEO. (*Erguido ante ella, polémico.*)— La defines desde tu punto de vista, que no es el mío. La ves como ellos, o peor. No me defiendes; me compadeces. Tus “loquito, loquito”, como tus “distráído, distráído”, me deprimen, mamá.

LA MADRE.— Te castigaría por terco. Vení aquí, que te pego. Malísimo. (*Le sonrío.*)

ELISEO. (*Se serena.*)— Bueno. Te he prometido la paz. Siento, además, que en todo lo que me has dicho hay dolor también, desencanto... Lo que yo quisiera, ahora, es probarte que todas esas trivialidades de que me acusas tienen otra explicación que las que vos le das.

LA MADRE.— Yo no le doy ninguna. Cuanto a mi dolor por esas trivialidades, tiene que ser trivial. Eso me hace llorar. Ya ves. (*Le sonríe; pausa.*) No conozco a tus amigos; sólo s  que no son los de tu clase. Por casualidad, cediendo a la desesperación de esa pobre madre, he sabido que también tienes novia. (*Grave.*) A propósito: en nombre de tus hermanas te agradezco tu conducta hacia esa niña.

ELISEO. (*Ya en plena desesperanza.*)— No hay nada que agradecerme, mamá. Como tampoco hay nada de qué acusarme. Esos dos sentimientos están de más para con los loquitos. A los loquitos, buenos o malos, se les aguanta.

LA MADRE.— Aquí no se te aguanta.  Se te quiere, hijo!  Por qué no?... ÉSos un perverso, acaso?... ÉSos un vicioso?... No. Sos distinto de nosotros...  Y qué?... En nuestra familia ha habido siempre alguno así, original. No te creas que sos el  nico. Ha habido santos y ateos, avaros y bohemios. Me he criado oyendo contar cosas. A eso se debe, tal vez, este mi dejarte hacer que a vos, en vez de tranquilizarte, te choca.  Qu  más quieres?...

ELISEO.— Quería que discuti ramos. Quería (*ri , entristecido*) una locura, mamá. Con la madre no se discute. Terminado, entonces. (*Planeando al otro lado de su fatalidad—.*) Esto también ya está. Y, como todo lo de este día, está bien;  muy bien! (*La besa.*)  Ten s visitas?

LA MADRE.— Sí. Traje en el coche a las chicas de Gómez. *(Inquisitiva.)* ¿Sinceramente tranquilo?

ELISEO.— Sinceramente... loquito. Anda, mamá. Atendelas.

LA MADRE. *(Saliendo.)*— ¿Bajarás a cenar?

ELISEO.— No sé. A lo mejor, sí. Hasta luego, mamá. *(Solo, se sienta, resbala, cae, se abisma en una desolación sin fondo.)*

CHERNIAK. *(Por foro, sigiloso, olfateando.)*— ¡Je, je, je! *(Lo contempla piadoso. Eliseo lo oye y lo mira.)* Esa dama, ¿es tu madre?

ELISEO. *(Después de una pausa.)*— Sí, es mi madre.

CHERNIAK. *(Curiosísimo.)*— También ella, ¿verdad?

ELISEO.— ¿También ella, qué?... ¡Ah, sí! *(Y se yergue y estalla.)* También ella, y peor que todos, Cherniak. Porque para los otros soy estúpido o fanático, mientras para ella no soy más que un pobre loco; el loquito de su casa. ¿Comprendés?... Ya estoy solo. Ni amigos, ni novia, ni madre. Nada. ¡Solito!

CHERNIAK. (*Apenado.*)— Tenías que pasar por esto. Yo lo sabía. ¡Ah, es terrible, terrible! ¡Y fatal, fatal!

ELISEO. (*Con más tristeza que rabia.*)— ¡Ah, lo sabías?... ¿Y por eso volviste?... ¿A olfatear mi dolor?... ¿A verme sufrir?...

CHERNIAK. (*Majestuoso y clarineando la fe inmortal de su raza.*)— ¡Sí! A ver sufrir a un niño que alumbró a un militante. A abrazar un espíritu. (*Lo abraza.*) ¡A llorar de alegría! ¡A cantar de dolor! ¡Hosanna! ¡Hosanna, humillados y ofendidos! ¡Otro más de pie en su angustia! ¡Compañero de los hombres; compañerito! (*Camina, asume su actitud característica: la cabeza sobre el hombro.*) Y ahora, otra cosa muy importante. ¡Oh, sí, importantísima! (*Aleccionador, didáctico.*) El revolucionario no sólo es revolución. Es, sobre todo, esperanza. Y sólo esperan los fuertes, los saludables. Hay que cuidar la salud, como el filo de un hacha. Cuando estés preso, aunque te digan que al otro día te ahorcan, no abandones tu cuerpo; hace hasta el último, todas las mañanas, ejercicios físicos. Hay muchos, pero estos son los más eficaces. Mírame: aspiras así (*aspira él*) y con el pecho lleno de aire, los brazos adelante y los talones juntos: uno, dos, tres, cuatro. (*El telón va cayendo sobre la sonrisa triste de Eliseo y las flexiones grotescas del judío.*) Uno, dos, tres, cuatro...

FINAL DEL SEGUNDO ACTO

TERCER ACTO

Sótano sobre la calle, con un tragaluz al foro, a ras de la vereda; escalones con baranda en el ángulo derecho. Lateral izquierda, una abertura sin puerta, como una cueva adentro de otra; es donde duerme el conserje de este local de reuniones que ahora aparece desierto. Del techo, blanco, bajo y con arcadas, pende una bombilla eléctrica que amarillea diseñando apenas el mobiliario compuesto de bancos y taburetes caídos y entreverados, una biblioteca y una mesa larga bajo la claraboya del fondo; sobre ésta la somera escribanía de estos recintos, que no son de estar ni de recibir, sino de planear e irse.

Al levantarse el telón hay todavía muchos pedazos de sombra por los rincones. Es el alba. Poco a poco, va iluminándose todo con la claridad sin ganas de un amanecer de invierno. Por el tragaluz del foro pasan algunos pies rápidos de mujeres y de hombres: zapatos y alpargatas. Se

oyen vocear los primeros diarios: ¡Prensa! ¡Nación! ¡Mundo! Después, silencio. Y en seguida, en la boca de su cueva, arropándose, friolero y carraspeante, el conserje.

Éste es un viejo que puede ser cualquier cosa —atorrante, falsificador o poeta— menos lacayo. Su desaliño canta a la libertad de su espíritu, más que a la miseria de su vida. Su traje, que fue negro y ahora es verde, sus botines de paño y su camisa de cuello vuelto y arrugado, pero limpio, contrastan con el fino sobretodo que trae echado a la espalda como una capa. Es nuevo; como sus ojos alegres, sus movimientos vivaces, su cabellera de plata recién peinada. No, no es un sirviente; pero un señor, tampoco. Le falta empaque, tiesura, eso que, a algunos ancianos, les hace aparecer venerables y severos, pero que no es, en el fondo, más que una suerte de reumatismo de su moral y su pensamiento. Ríe fácil, se enoja pronto, pero se centra en seguida como si se retrepara en sí mismo. Y se queda amable y tolerante. Es un hombre de ida y vuelta: un veterano de cualquier causa, físicamente impedido de entreverarse en las luchas, pero que sigue a su ejército y acampa bajo sus carpas todas las vísperas. Sale, dijimos, tose. Se arropa y, sorteando el revoltijo del escenario, trepa los escalones del fondo. Se le oye llamar a gritos: ¡Che! ¡Diarero! ¡Diarero! (y regresa de inmediato, pero esta vez seguido por una)

MUJER DEL PUEBLO. *(Que vocifera tras él, mientras baja. Trae un rebozo chillón y una cara de furia. Su registro vocal es alto, agrio, iracundo)*— ¡No me lo niegue! Ha pasado aquí la noche. ¿Dónde ha ido ahora? *(Y va adentro, se pone en jarras y contempla el local.)* ¡Linda cueva de bandidos! *(Ve la luz y, cediendo a sus instintos de economía, busca la llave y la apaga.)*

EL VIEJO. *(En tanto, ha bajado sin oírlo, limpiando con su pañuelo los lentes, que se cala, mientras se ubica tras de la mesa a leer el diario adquirido.)*— ¡Ah, ah, ah! *(Se restriega las manos.)* Paro general, completo. Derechas e izquierdas ganan la calle. ¡Va lindo el juego!

MUJER. *(Avanza hasta ponérsele mesa por medio.)*— Le pregunto... *(Pero, antes de preguntar, ve cerca de ella un taburete caído, sobre el que se precipita y pone de pie en un rincón; después, retoma su furia.)* Le pregunto, ¿dónde está mi marido?... *(Y como el viejo la mira como si recién la viera, le mete la cara en los ojos.)* ¿Qué?... ¿No me oye?... ¡Mi marido!...

EL VIEJO. *(Calmo.)*— ¿Por qué gritas así?... Te oigo. No soy sordo.

MUJER. (*A la que realmente estorba el desbarajuste del escenario, hablará de aquí en adelante como poseída por dos urgencias: la de su hombre y la del orden. Vocifera, mientras para y lleva asientos a laterales.*)— ¿Por qué no contesta, entonces? Ve a una pobre mujer desesperada en busca de su marido, y se hace el sonso. Es idiota... (*No termina, porque él se yergue indignado y la amedrenta; no obstante lo cual, le grita.*) ¡Conteste! ¡Conteste!

EL VIEJO, (*relampagueando ira.*)— No te contesto porque estoy haciendo tiempo para que tu marido se te vaya todavía más lejos. Donde no lo encuentres más. ¡Al infierno! ¡Y terminamos! (*Marcándole con el índice la salida.*) En la calle, y no aquí, están haciendo falta furias de tu calaña.

MUJER. (*No ha oído, o ha oído primero otra voz. Retirados del centro los bancos, se queda mirando hacia los rincones.*)

EL VIEJO. (*Desarmado, la espía curioso por sobre sus anteojos.*)— Pero» ¿qué buscas ahora?... ¿Qué miras?...

MUJER. (*Siempre enojada.*)— ¡La escoba, busco! ¿No hay siquiera escoba aquí?... Mire esto: (*por el suelo*) puchos, salivazos, mugre, sobre un piso tan lindo que debiera brillar como un sol. Ah, cochinos, co... (*y oye la otra voz*). No; no me voy. Y si me fuera sería para volver con la policía. ¿Qué se

cree?... Yo sé bien que estuvo aquí, junto con otros idiotas: que esta es la cueva de todos los revoltosos del barrio, y que usted es el cabecilla. ¡Sí, usted, usted! Los ha mandado a matarse, mientras usted se queda leyendo el diario. ¡Capitán Araña!

EL VIEJO. (*Suelta la risa.*)— ¡Bueno, mujer! Está bueno ya: hagamos las paces; ¿quieres?... (*Y como ella se fastidia y va a gritar.*) ¡Calma! ¿No te das cuenta que hoy es un amanecer, que otra luz besa la tierra, que va a empezar un día nuevo?...

MUJER. (*Interpretándolo.*)— Me lo va a decir a mí que me he pasado la noche revolviéndome furiosa por culpa de ese bandido.

EL VIEJO. (*Riendo.*)— Capitán Araña... Me has hecho reír. ¡No, no, no! Un gato viejo, más vale, que ronronea al rescoldo de un incendio al que también ha arrimado alguna leña. (*Grave, orgulloso.*) Porque has de saber, muchacha, que hace cincuenta años que yo vivo en una perpetua víspera, en una sola vigilia. ¿Qué es tu noche, de anoche, comparada con la mía de medio siglo?... Pensando siempre: mañana, mañana será la cosa. Golpes, prisiones, destierros y, lo más terrible, la soledad; soledad, no de estar solo, que te hace fuerte, sino de la otra: la de esperar sólo vos lo que nadie espera. ¿Y qué?... Ya ves: todo ha sido como un túnel bajo la roca y el fango; pero ya está. Mañana, mañana es hoy; porque esta vez

no me falla. Aproxímate, escuchá. Vamos a seguir leyendo. (*Y se retrepa en la silla, se cala los lentes, lee.*)

MUJER. (*Defraudada en su atención.*)— ¡Qué leyendo ni leyendo! ¡Mi marido quiero yo! ¿Dónde mandó a mi marido?...

EL VIEJO. (*Restregándose las manos.*)— ¡Ah, ah, ah! Un manifiesto revolucionario y un bando del gobierno. Los primeros tiroteos...

MUJER.— ¡Eh, basta ya! (*Le arrebató el diario, que tira, al suelo.*) ¿Qué me importa a mí de usted ni lo que ahí dice?... (*Y ante la ira del viejo que se levanta golpeando con el puño la mesa, se asusta y desespera.*) ¡Pero es que usted no comprende, señor! ¡No me comprende! ¡Soy una pobre mujer que no quiere que le maten a su marido!

EL VIEJO. (*Se quita los anteojos y vibra, conteniéndose.*)— ¡Ah, ah, ah! Sos una pobre mujer que me toma a mí por una dama de «La Cruz Roja» o un médico de la «Asistencia». Tan ciega o tan simple, que no ve que está frente a un militante. ¡Bah!... (*Imperioso.*) ¡Salga de aquí! ¡Váyase!

MUJER. (*Vacila, llora.*)— ¡Dios mío! ¿Qué hago yo entonces? ¿Adonde voy?...

EL VIEJO. (*Se dulcifica, recapitula.*)— Cuanto a comprender, comprendo todo yo. Comprendo que hasta te debo las gracias.

MUJER. (*Con la actitud mas, que con la voz.*)— ¿A mí?... ¿De qué, señor?...

EL VIEJO. (*Cada vez más tierno.*)— Claro. Me has hecho comprender que todavía no soy tan viejo para echarme a llorar con los que lloran, mientras los hombres pelean.

MUJER. (*Aterrada.*)— ¡Ah, pelean! ¡Me lo van a matar!

EL VIEJO. (*Sale de atrás de la mesa, la toma de un brazo y la examina.*)— ¿Quién sos vos? ¿Una mujer del pueblo? Tu facha es de eso, sí. No precisás cantarlo. La primera hembra humana que apareció en la tierra, cuando todo era bestialidad y peligro, sentiría la misma angustia que vos ahora, cuando su macho iba de caza: ¿traerá comida? ¿Me lo matarán las fieras? Sí que hemos progresado, ¿eh? (*Paternal.*) Bueno. No llores. (*En farsa,*) Dejo mi línea de fuego para asistirte. Pero, despáchate rápido. ¿Quién es, cómo es tu marido?...

MUJER.— ¡Juan, señor! El carpintero Juan.

EL VIEJO. (*Un poco impaciente, de vuelta de su ternura.*)— ¡No, no, no! Aquí no vienen oficios ni nombres. Aquí vienen militantes. ¿Cómo es?...

MUJER.— Y... es alto, morocho, la nariz...

EL VIEJO.— Tampoco vienen figuras. ¿Cómo es él mismo? ¿Carácter, ideas, modos?...

MUJER.— ¡Ah, sí, sí! Es... bueno, señor; pacífico; un poco haragán, pero en el fondo...

EL VIEJO. (*Escamoteándole la imagen y mostrándole otra.*)— Pero, en el fondo, activo y resuelto; un temerario. Un tipo que quiere él solo arreglar el mundo. Lo conozco. (*Victorioso.*) ¡Lo conozco!

MUJER. (*Rectifica, apresurada.*)— ¡No, no, señor, no! El mío es un alma de dios.

EL VIEJO.— Una vida dada al diablo. Te digo que lo conozco. ¡Es Juan Gutiérrez!

MUJER. (*Asombrada.*)— ¿Pero, cómo va a ser ese, si él es todo lo contrario?

EL VIEJO.— ¡Pues, por eso! Porque nadie es en su casa lo que es afuera. (*Enojado.*) Gato bajo la mesa, tigre en la calle. ¡Clavado! O al revés. Ustedes no saben nunca qué tienen entre sus brazos, sobre sus corazones. ¡Son todas unas!...

MUJER. (*Llora, ahora, resueltamente.*)— ¡Ay! ¡Me lo van a matar! ¡Ya lo habrán muerto! (*Recomponiéndose, heroica.*) Pero, al menos, que yo sepa dónde ha caído, para cerrarle los ojos. ¡Por favor! ¿Dónde? ¿Dónde?

EL VIEJO. (*Dándose cuenta que ha ido muy lejos.*)— ¿Pero, qué?... ¿Dónde qué?... Yo no estoy muy seguro que sea ese tampoco. No ha de ser. Te nombré el único de que sé el nombre porque siempre me llamó la atención su actividad enérgica. ¿Un apocado, decís; un infeliz?... No, no. Aquí no viene esa clase de gente. A tu hombre no lo conozco.

MUJER.— ¡Sí, viene, sí! ¡Es ese; es ese! (*Clama, sin lágrimas; cae en un banco, mira al suelo, como se viera el cadáver de su hombre.*)

Pausa. Por la escalera descende, apoyándose en la baranda y asistida por una joven, una vieja. La mujer no las oye.

EL VIEJO. (*No las ve; con el diario en la mano, vuelve atrás de la mesa, reflexionando.*)— Estas mujeres... Primero no nos

dan luz; pero luego parece que estuvieran entre nosotros para una sola cosa: para cerrarnos los ojos... ¡Bah! (*Se restriega las manos como si las calentara en una fogata, mientras lee titulares.*) Se decreta el estado de sitio y se llama a las reservas. ¡Va lindo, va lindo el juego! (*Y se enfrasca en la lectura.*)

LA VIEJA. (*Viste de viejos lutos, ya verdosos de tanto llevarlos, como sus dolores, que son, también por eso, por desteñidos, más tristes. Es chiquita, arrugada, tembleque. Un ratoncito. Al llegar al piso, alza la cara y dice a su acompañante.*)— ¿No estorbaremos aquí, hija?... ¿Qué le parece?...

MUJER.— (*La oye, se para, la espera.*)

EL VIEJO. (*También se para, pero no para recibirlas, sino para darle suelta a las emociones que lo encalabrinan.*)— ¡Ah, ah, ah!

LA JOVEN. (*Es linda, viste bien, pero no trae sombrero. Es una empleada de tienda... Trapos y carne adentro, es otra cosa: un desencanto; una hermosa fruta amarga. Su juventud y belleza hacen que su amargura choque más que la angustia de las otras.*)— Al menos, dejaran que usted se siente y

descanse. *(A la mujer.)* Con permiso. *(Lleva a sentar a la Vieja.)*

MUJER.— ¿Qué hay en la calle?... ¿Pelean?... Yo vine aquí en busca de mi marido. ¿Y ustedes?...

EL VIEJO.— ¡Ah, pasquinazo! *(Tirando el diario.)* Conque calma, ¿eh?... ¿Serenidad y confianza en el gobierno?... ¡Ya te vamos a arreglar también a vos! *(Y, como si fuera a «arreglarlo», sale, ágil, escalones arriba.)*

LA VIEJA.— *(Al oír a El Viejo, se estremece y quiere levantarse.)*

LA JOVEN. *(Sentándola.)*— Descanse, pobre señora. No es con nosotras. *(A la Mujer.)* La hallé en el Once, buscando a su hijo. He recorrido con ella esos barrios heroicos, que dicen. *(Sarcástica.)* Por ella y por ver. ¡No hay nada!

MUJER.— ¿Nada?... ¿Usted cree que no habrá nada? Pero los diarios anuncian...

LA JOVEN.— Sí. Y las charlas de la gente. Novelería; miedo. Mi tienda, anoche, parecía un corral de gallinas que han visto un gavián. Todos salieron para esconderse; hasta los gallos.

Todos. Y lo que ha pasado allí ha pasado en todas partes. Pero no hay nada.

MUJER.— ¡Ah, señorita! ¡Usted me trae la vida! ¿Qué hago aquí, entonces?... A lo mejor, Juan ya está en casa. Me voy. (*Y va a salir, pero*)

EL VIEJO. (*Que baja, la detiene, enérgico.*)— ¡No! ¡Ahora, no! ¡No salgan! (*Y se pasea nervioso.*) ¡Ah, ah, ah! Nadie, ni un alma; ni siquiera el varita de la esquina. (*Va a la mesa, tira el sobretodo y, cuidando que las mujeres no lo vean, abre el cajón y se echa algo al bolsillo; puede ser una bomba o un revólver.*) ¡Ya está el hacha en el aire! (*Y atiende, anhelante, lo que sólo él sabe.*)

LA VIEJA. (*Se para, e intenta ir a El Viejo.*)— ¡Señor! ¡Señor!

MUJER.— ¡Dios mío!

LA JOVEN. (*Convencida, a La Vieja.*)— No haga caso, señora. No hay nada. Su hijo estará como todos: con miedo, pero a salvo.

LA VIEJA. (*Se ha erguido.*)— ¡Mi hijo, señor! ¡Mi hijo!

MUJER.— ¡Mi marido!

EL VIEJO. (*Se enoja, gesticula, pero habla misteriosamente.*)— ¡Chist! ¡Silencio! ¿A qué han venido aquí, ustedes?... ¡En vez de estar ahí gimiendo, ya que no tienen valor de acompañar a sus hombres, se hubieran quedado en casa!

LA JOVEN.— Yo no gimo, señor. Estoy aquí porque afuera no hay nada. ¡Y no habrá nada!

EL VIEJO. (*Como ante una blasfemia.*)— ¿Qué?... ¿Qué dice?... (*Pero se contiene.*) Bueno, muchacha; bien. Pero hay un punto en el tiempo en que el que espera y el que no espera deben sentir lo mismo: que están de más las palabras. ¡Guarde silencio!

LA VIEJA. (*Se deshace de la Joven.*)— ¡No, señor, no! Yo tengo que decirle... (*Avanza a él.*)

MUJER.— ¡Mi marido! (*Cae en el banco.*)

EL VIEJO. (*A la Joven.*)— ¡Haga callar a esas! (*Y medio mutis.*)

LA JOVEN. (*A la Vieja.*)— No hay nada, señora. ¡Siéntese! ¡No habrá nada!

LA VIEJA.— ¡Habrá ¡Habrá! Lo dice él, y con la misma voz y el mismo gesto, fatales, de hace veinte años. (*Soltándose de la joven, enfrenta al Viejo.*) ¿No me conoce?... ¡Yo soy la mujer de Méndez! ¡De Santiago Méndez!

EL VIEJO. (*Con un pie en el escalón, vacila, atento a la calle y a ella.*)— ¿Méndez?... No recuerdo.

LA VIEJA. (*Horrorizada.*)— ¡Oh, señor! ¡No diga eso! ¡Es un insulto a su muerte; un sacrilegio! ¡Era su camarada más leal, murió a su lado, un día como éste!

EL VIEJO. (*Hace visibles esfuerzos por recordar.*)— ¿A mi lado; un día como éste?... (*Quiere irse, pero baja.*) ¡Y no recuerdo! (*Ante el gesto de la Vieja, también él se desespera.*) Sí, pobre amiga, comprendo; es monstruoso: pero yo no sé mentir. Yo no tengo pasado. Mi vida no tiene memoria. Vivir es no acordarse.

MUJER. (*Clama.*)— ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN. (*Mira a los viejos, transformado su sarcasmo en serio interés.*)

LA VIEJA.— ¡Yo recuerdo! ¡Yo recuerdo! Usted ha comido en mi mesa; ha dormido bajo mi techo; ha hecho jugar en sus rodillas a mi hijo; a ese hijo mío que ahora, también como el padre, va a caer, me lo van a matar. (*Y cae arrodillada.*)

EL VIEJO. (*La mira, se apoya en algo, envejece.*)— ¿Méndez?... El hijo de Méndez... ¿Y si éste cae, el hijo de éste o de otro?... ¡Ah, tragedia! ¡Viejo diente clavado en el corazón del pueblo! ¡Pero no! (*Vibrante.*) ¡Hoy te arrancamos, dolor! ¡Hoy es la definitiva! (*A la joven.*) ¡Eh, usted, la que no espera: atienda, al menos, a esta pobre señora! (*Y trepa a saltos los escalones, diciendo antes de desaparecer*): ¡Quedamos en que de aquí no se mueve nadie!

MUJER.— ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN. (*Airadamente.*)— ¡Yo no he quedado en nada! (*Y va a la Vieja, la alza y la lleva a sentarse, más que piadosa, curiosa.*) ¿Usted cree, entonces, que puede haber algo?... Que los hombres sean capaces...

LA VIEJA.— ¡Hija mía! Usted no los conoce. ¡Son terribles! ¡Fatales! ¡Viven para eso: yo no los he visto nunca más que en eso!

LA JOVEN.— ¿En qué?... ¿No los ha visto más que en qué?...

LA VIEJA.— En esto de hoy. En la sorda preparación de la guerra o en el umbral de la muerte. Yo estoy acobardada, hija; ¡acobardada! (*Llora.*)

MUJER. (*Más bajo, pero más profundamente, como si fuera su entraña que grita.*)— ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN.— Acobardada de no verlos nunca conformes, tranquilos, felices, ¿no es eso?...

LA VIEJA.— ¡Siempre fuera de sí!

LA JOVEN.— ¡Fuera de sí! ¿Más allá del trabajo y del ocio; de la alegría y de la pena?... ¿En otra vida que ésta nuestra, tolerante y laboriosa?... (*La Vieja asiente llorando; ella se exalta cada vez más.*) ¿Hombres para quienes vivir no es ser ricos o pobres, malos o buenos?... ¿Más allá de eso, verdad?...

LA VIEJA. Más allá de eso, y de los que a su lado lloran o mueren. ¡Más allá hasta de ellos mismos y de sus propios recuerdos! (*Aludiendo al Viejo.*) ¿No lo oyó usted?...

MUJER.— ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN. (*Viéndolos.*) Pero, a los que, a pesar de todo, amamos siempre; desde más allá también de nuestra propia incomprensión y desdicha. Cien vidas que tuviéramos las volveríamos a echar en el fuego de las de ellos. ¡Nos queman, nos acobardan, pero sentimos que sólo ellos pueden darnos valor y curarnos!

LA VIEJA.— ¡Así es; así es! Usted los conoce bien.

LA JOVEN. (*A poco, desde su tono ensoñado a la realidad rabiosa.*)— ¡No! Yo conozco a los otros: a los de mi tienda, a los de la calle, a los de mis bailes. Estoy lo mismo que usted, pero en el otro extremo: acobardada de conocerlos; acobardada de despreciarlos. Por eso sueño que puedan existir otros: Los que usted llora, capaces de realizar lo que ese pobre viejo espera...

LA VIEJA. (*Protesta.*)— ¡Hija! Yo lloro la realidad de mi vida. Lo que he vivido. ¡Lo que ahora vivo!

MUJER.— ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN. (*Vuelta del todo a su ser descreído y amargo.*)— Leyendo «LOS siete ahorcados» yo tuve la certidumbre que, al escribir ese relato, Andreiev debió morir siete veces. La sinceridad de esas siete angustias no pudo fluir más que de siete agonías sinceras... Yo no niego que usted sufra o haya sufrido; yo sé que hay una literatura que no se escribe, pero que puede darnos obras de emoción maestras.

LA VIEJA.— ¿Literatura?... ¿Mi vida?...

LA JOVEN.— ¡Sí! Y la de ese ingenuo anciano. ¡Literatura! Desesperada literatura que echamos fuera, como Andreiev, por no ahorcarnos; para seguir viviendo. Y por piedad a los hombres que no hacen nada para ser mejores, (*Y viendo bajar a El Viejo.*) Nada, ¿verdad?...

EL VIEJO. (*Pesado, envejecido aún más, ya sin misterio en el gesto, aunque todavía con la voz urgente.*)— ¿Tiene hora, usted?... ¡Por favor! (*Las dos mujeres callan y escuchan.*)

LA JOVEN. (*Mirando el reloj de su pulsera.*)— Las siete.

EL VIEJO.— Las siete, y nada... Ya debiera estar la fábrica de la vuelta en poder de los nuestros. Yo vengo de ahí. No hay nada. (*Mira a su alrededor y escucha, pero sin ver ni esperar.*) Todo está como ayer. (*La Vieja, de pie, junta las manos y va a gritar de alegría; la Mujer va a lanzarse escaleras arriba.*) ¡Quieta! ¡Silencio!

LA JOVEN. (*Se le aproxima.*)— Con que yo tenía razón: nada, ¿eh?... ¿No hay hombres capaces de nada?... (*Y con la rabia de un desencanto extraño en quien decía no esperar nada, le grita*): ¿Y para esto, para nada, nos ha hecho todo este teatro?... ¿Sabe lo que es usted?... ¡Un operador de películas yanquis!

EL VIEJO. (*Manoteando los últimos restos de su fe y su energía.*)— ¡Chist! ¡No grite! Quién sabe si todavía... (*Entre la risa de ella.*) El que no se pelee aquí no quiere decir que en otras partes... (*Lejanos; al principio apagados, pero cada vez más nítidos hasta ir llenando el ámbito de la escena y de Buenos Aires, empiezan a ulular los pitos de todas las fábricas. Y por si le quedara alguna esperanza, como hojas secas, empujados por ese huracán sonoro, llegan Cherniak y Eliseo. Los ve, sin interrogarles. ¿Para qué?... Busca donde sentarse. Es un globito pinchado.*)

LA JOVEN. (*Le pega, el tiro de gracia.*)— ¿Oye?... ¿Siente?... El beso final. Todo termina bien. El hijo a la madre; el esposo

a la esposa; y yo a mi tienda. *(Y tomando del brazo a las dos mujeres.)* Vamos, señoras. ¡No hay nada!

LA VIEJA. *(Ágil, vuelta una chica.)*— ¡Hijo! ¡Mijito mío!

MUJER.— ¡Nada! ¡Bendito sea Dios!

Pausa larga, hasta que el último pito enmudece. Cherniak marmotea. ELISEO, desmejorado de ropa y de físico, ha ido a sentarse a la derecha.

EL VIEJO. *(Temblando de frío y de fiebre, tantea el sobretodo y se lo echa a la espalda.)*—¿Y qué pasó?...

CHERNIAK. *(Con su actitud peculiar, la cabeza sobre el hombro.)*—¡Je, je, je! Revolucioncitas a plazo fijo... Cuando uno sabe un asunto debe esperar que puedan también saberlo los enemigos. Sabíamos que a tal hora, en determinado sitio, debía arder el primer foco; era la señal para movernos. Y bien; lo supieron ellos y lo apagaron. ¡Apenas unos tiritos y todo se fue a la nada!

EL VIEJO. *(Se mece el rostro.)*— ¡Nada otra vez! ¡Nada!

ELISEO. *(Intentando reaccionar.)*— Y bueno...

CHERNIAK. (*Relampagueando el sarcasmo.*)— ¿Qué?... ¡No! Ni bueno ni malo. ¡Nada! ¡Je, je, je! Así oscilan nuestras cosas: de extremo a extremo. O destapamos la vida, haciendo a un lado hasta los adoquines. O la vida nos destapa a nosotros con su furioso despecho. Nos quería. No supimos poseerla. Nos desprecia. ¡Ah, es terrible, terrible!

ELISEO.— ¿Dónde nos reuniremos mañana?...

CHERNIAK. (*Con asombro cruel.*)— ¿Eh?... ¡Je, je, je! ¿Reunirnos?... (*Manotea, gesticula, camina.*) ¡Je, je, je! También nosotros vivimos de extremo a extremo. ¿No te das cuenta?... O todo o nada. O, como desde hace un año, entre millares de hombres, tantos, que no se podían contar; o, como ahora, solos, tan solos que siendo tres, ya estamos sobrando dos. (*Pausa; los mira.*) ¡Je, je, je! Bueno: me voy. Dame un abrazo. (*A Eliseo.*)

ELISEO. (*Alza los hombros; se niega.*)— Déjame.

CHERNIAK. (*Sin dejar de reír.*)— Vos viejo, entonces. (*Yendo a él con los brazos abiertos.*)

EL VIEJO. (*Se arropa; ni lo mira.*)— Andate.

CHERNIAK.— ¡Je, je, je! Anoche, antes de salir de aquí, nos besamos. Ahora pienso que yo no te besé a vos, (A *Eliseo*.) ni éste a mí (por el *Viejo*), sino a una cosa que ya no está entre nosotros. Eso que ayer era todo, y ahora es nada. (*Medio mutis*.) ¡Terrible, terrible! (Con un pie sobre el primer peldaño, casi efusivo.) Se quedan, ¿no?... Yo, antes de desaparecer, quiero ver, quizás por última vez, a ese árbol que hay en el centro de la plaza de San Martín. No sé de dónde procede ni cómo se llama. Un árbol. Es el más grande de todos, el más coposo y más verde. Desde su altura celeste mira a los otros, como deben sentir los creyentes que Dios los mira: con todo el cuerpo emocionado de amor, con todas sus hojas. Todos los días, a esta hora, al ir al periódico, me detenía a contemplarlo; me había acostumbrado a verle y hasta a creer que a mí también me miraba. ¡Je, je, je! En el fondo, no soy más que un pobre judío mesiánico. (*Manotea, gesticula, trepa hacia la calle a saltos*.) ¡Es terrible, terrible!

(Breve pausa silenciosa.)

EL VIEJO. (Se yergue, ya rehecho.)— ¡Ah, ah, ah! Yo no adoro a ningún dios, pero creo en todos los ángeles. Ya ha de ser la hora en que empiezan a pasar los chiquitos a la escuela. Quiero verlos todavía. (*Medio mutis*.) ¿Te quedas?...

ELISEO. (Que ha estado mirando al piso.)— ¿Yo?... Sí... (*Sonríe, triste*.) Yo no tengo urgencia de ver o despedirme de

nadie. *(Yendo a la mesa.)* Voy a destruir unos papeles antes de irme.

EL VIEJO.— ¡Ah, ah, ah! Será, entonces... *(Lo mira enternecido y largamente.)* Hasta que nos encontremos. *(Se va.)*

Eliseo abre cajones; saca y rompe papeles. Después mira al vacío; echa la cara en las manos; cierra los ojos. Susana baja, como a una cita de amor, conteniendo su emoción, sin hacer ruido.

SUSANA.— Eliseo.

ELISEO. *(Se sobresalta, se para.)*— ¿Vos?... ¡Susana!

SUSANA. *(Desilusionada.)*— ¿No me esperabas?...

ELISEO. *(Tarda en responder, sin voz, con el gesto.)*— No te esperaba.

SUSANA.— Cherniak, al que hallé en la esquina, me dijo que me esperabas. Y un viejecito que salía cuando yo entré, me repitió lo mismo: la está esperando. *(Lagrimea.)* ¿Y vos no me esperabas?...

ELISEO. (*Vencido, entregado todo en su confesión.*)— No te esperaba.

SUSANA. (*Lo abraza; llora en su pecho.*)— ¡Ingrato! ¡Ingrato mío! Yo te busco desde anoche. Desde que supe que podías necesitarme. Caer preso, herido, muerto... ¡Y vos no me esperabas!

ELISEO.— Es que no te conocía.

FINAL DEL TERCER ACTO

CUARTO ACTO

La sala de Misia Veva, transformada, ahora, en refugio de Eliseo. Susana lo ubicó allí, hurtándolo a la prisión o al desamparo. Su presencia y sus quehaceres han sido como una cuña o un empujón entre las cosas que antes la decoraban. Las sillitas enfundadas han ido a parar a los laterales, donde se despatarran bajo el peso de los libros y revistas. La mesa de la carpeta con moños (adornos), ya no tiene ésta ni está en el centro, sino en el ángulo de la derecha, sosteniendo la cacharrería de tomar mate. En las paredes hay colecciones de manifiestos y periódicos. De la araña pende el hilo de una lámpara de pantalla verde, que está sobre el escritorio, que es el mismo que él tenía en su desván, con todos sus útiles de trabajo. Y el sofá con su almohadón reluciente está arrinconado en la izquierda. En su sitio hay una cama que la noche de este día no se ha ocupado.

Es primavera. La mañana se está bañando en un chorro de agua que se oye caer por ahí cerca. Son las salpicaduras rosadas de su júbilo carnal las que, filtrando las celosías y las rendijas, iluminan la sala.

ELISEO. *(Aparece sentado a su escritorio, de cara al público, deletreando unas carillas que, evidentemente, no le gustan. Tacha, y relee; pero, tampoco es eso; las deja. Vaga la vista en torno; ve la luz del día y apaga la de su lámpara. Y, con gesto de desolada impotencia, se alza y, tratando de no hacer ruido, va a tirarse a la cama; cuando ya está al borde de ella, mira al sofá y ve al Linyera, que le sonríe.)— ¡Ah! ¿Estaba despierto usted?... Ya le dije que ahí no iba a poder dormir. ¿Por qué no ocupó mi cama?...*

EL LINYERA. *(Está hecho un arco, boca arriba; los pies, de que sólo se ha quitado las alpargatas, profanan el almohadón del león o el perro; la cabeza en el otro extremo, sobre su saco plegado; medio lo cubre la carpeta de los moños. Sin duda que estaba incómodo, porque cambia de postura, dándole el frente.)— No es la cama, sino el sueño que hace falta para dormir. Y todavía más que éste: sentir que los que están cerca de uno también duermen.*

ELISEO. (*Yendo a preparar el mate.*)— Caramba. Entonces he sido yo que lo ha desvelado.

EL LINYERA. (*Se despereza.*)— No. Ni vos ni nadie. (*Se ríe.*) ¡Epa! Disculpe. Lo he manoseao.

ELISEO.— Está bien. Tutéeme, si le agrada.

EL LINYERA.— Es que, ¿sabés?... Hay cosas que no se pueden contar si no es *de che a che*. Bueno, pues. Ni vos ni nadie, decía. Este desvelo se me apareció en el sueño como un celaje en el borde de una nube. Fue, porque al irme a dormir, te vi a vos disponerte pal trabajo. Me soslayó entre las cejas el recuerdo de un quintero amigo mío, tan apegado a su tierra, que suele salir de noche a romperla y a sembrarla con la azada en una mano y un farolito en la otra. Como si, en vez de semillas, sembrara luces. Yo me acordé de él al verte. Y ya no pude dormirme. ¡Qué se yo! Sentí llenárseme el cuerpo de claridades y de upas. (*Se aúpa, manoteando sus alpargatas.*) ¿Y?... (*Con curiosidad alegre.*) ¿Qué tal te salió a vos eso?...

ELISEO. (*Con disgusto.*)— Mal. No sirve.

EL LINYERA.— ¿De qué se trata?...

ELISEO.— Un volante para el mitin del domingo. Una carilla, y me salen diez. Cosa tan fácil llamar a los hombres desde uno mismo, y tan difícil llamarlos desde un papel. (*Va al ventanal.*) ¿Abro?...

EL LINYERA. (*Por parecerle ociosa la pregunta, no la contesta; abullona el almohadón, que coloca al otro extremo.*)— ¡Cha! Lo que dirá tu patrona si se entera cómo le he tratao anoche su almohadoncito. (*Eliseo no abre; vuelve al mate.*) A lo mejor no comprende que los que andamos a pata, lo que tenemos que cuidar son éstas, no la cabeza. Y, a propósito de andar: No has de poder escribir porque, pa nosotros, el tiempo es también distancia. Seis meses, entre vos, aquí, encerrao, y esta gente ciudadana que camina sobre ruedas, separan mucho. Vas a tener que alcanzarlos, si querés hacerte oír.

ELISEO. (*Dándole el mate.*)— No. No es eso. ¿Conoce usted esos candados que sólo se abren poniendo a la vista una determinada palabra?... Dentro de ellos, como en nuestra memoria, están las letras con que pueden componerse los más absurdos nombres o los más bellos. Puede usted hacerles decir cielo o cárcel, niño o crimen. Pero si no corresponden a su secreto mecánico, que es la verdad de su vida, el candadito no se abre; para él todas son mentiras. Mi secreto, en este caso, es la libertad. (*Y le vuelve a preguntar.*) ¿Abro?...

EL LINYERA.— ¿Qué?... ¡Pero hombre! Por mí arrancá la ventana.

ELISEO. (*Abre y se asoma.*)— ¡Ah, la luz, el aire, el cielo! (*Se extasía un instante; después se vuelve a El Linyera que ceba mate.*) ¡Están pintando mi casa! (*Vuelto otra vez a la calle, da, a voces, esta, para él, gran noticia.*) ¡Y Daniel, nuestro chofer, trae flores para mamá! ¡Han de ser de la quinta! (*Emocionado, se retira; cierra, pasea.*) Y usted, ¿por dónde ha andado?...

EL LINYERA. (*Ríe.*)— ¿Yo?... Ahí tenés otro candao, cuyo secreto pa abrirlo tampoco yo me acuerdo. A campo, a monte, a río.

ELISEO. (*Entusiasta.*)— ¡Sintiéndose agua y árbol y fiera bajo los astros! ¡Libre!

EL LINYERA.— ¡Cha! (*Displicente.*) Te regalo eso, y la mar con todos sus pescaditos por un rato pasao entre compañeros. (*Pausa.*) Pero, ¿vos estuviste aquí siempre?... ¿No salías ni de noche?...

ELISEO. (*Rencoroso.*)— ¡Ni de noche! Susana veía pesquisas hasta en la sopa. Me acobardó con sus miedos. ¿No se dio cuenta?... Si usted no me da permiso para abrir esa ventana,

yo no me asomo. La libertad es también una gimnasia. Desgraciado aquel que no alza cada vez más pesos de esclavitud. ¡Terminará, como yo, por no poder escribirla ni en un volante!

EL LINYERA. (*Le da un mate y lo palmea.*)— Y, bueno, hermano. Esta ya la traspasamos. A vivir, aura; hasta la otra.

ELISEO. (*Se calma; explica.*)— Volviendo a lo del candado. El hombre es un misterio que sólo se abre de afuera. Lo que yo quiero decir, quizás ahora mismo vibra en algún rayo de sol; o se condensa en las nubes, y me será revelado bajo una lluvia; o me saltará a la cara del fondo de una canción o de un llanto; o lo veré sobre un muerto o sobre un recién nacido: No sé. Y no lo podré saber mientras no viva la libertad. ¡Mi libertad!

EL LINYERA.— ¡Epa! ¡Loco! No digás esa palabra tantas veces. A ver si te oyen y vuelven a decretar el Estao de sitio. (*Y como en ese instante golpean izquierda, ríe alto.*) ¿A que te oyeron?...

ELISEO.— ¡Ah, por fin! ¡Cherniak y El Viejo! (*Y va a abrir, contento.*)

SUSANA. (*Desde fuera.*) ¡Arriba, dormiloncito!

EL LINYERA.— ¿Quién es?...

ELISEO. (*Desencantado.*)— Ah, no. Es Susana.

EL LINYERA.— ¡La ley marcial! Vi a darme un chapuzón en tu baño, antes que nos afusilen. (*Toma su saco y hace mutis por la derecha.*) Por aquí, ¿no?...

ELISEO.— Sí, por ahí. (*Y sin urgencia ya, a pesar de que ella, aporreando la puerta, lo llama, abre.*) Pasá, querida.

SUSANA. (*Vestida para la calle. Lo besa; luego le toma las manos como para una ronda infantil.*)— ¡Libre! ¡Libre! No he pegado los ojos pensando en esta aurora. ¿Y vos?... Ya estás vestido también. ¡Pronto! (*Pero ve la cama intacta.*) ¿Qué?... ¿No te has acostado?... (*Con falso enojo, echándose atrás.*) ¡Esta es una traición, compañero! ¡El primer día de su libertad usted me traiciona!

ELISEO. (*Va a su escritorio y empieza a romper lo escrito.*)— Estuve escribiendo...

SUSANA. (*En el mismo tono.*)— Por lo mismo: ¡traición, traición! Y de la que es usted la primera víctima. ¿Ve?... Lo que ha escrito no le gusta, porque yo no he estado aquí, a su lado,

como siempre. *(Y como él, después de rotas las carillas, empieza, a pasearse.)* ¿Esperas a alguien?...

ELISEO.— A Cherniak y El viejo. *(Con fastidio.)* Me están robando el tiempo. Anoche quedamos en que hoy, a primera hora, vendrían a decirme de un local para las reuniones. Y ya ves: ¡no llegan! *(La mira y recién la ve en traje de calle.)* ¡Oh! ¡Qué linda estás!

SUSANA. *(Alegre, coqueta.)*— ¿Te gusta?...

ELISEO.— Mucho. ¿A dónde vas tan linda?...

SUSANA. *(Se queda mirándolo con doloroso asombro.)*— ¡Eliseo!... *(Ríe, al fin, forzadamente.)* ¿Qué me preguntas?... ¿Ya no te acuerdas?... Lo primero que haríamos el día de tu libertad era esto: salir los dos a comprar esas cositas para nosotros: tu ropa, la mía, los muebles. Anoche mismo quedamos en que hoy... *(Pausa; él se acuerda; baja el rostro, avergonzado; ella, que iba, quizás, a llorar, le sonrío.)* Tendrás algún compromiso, claro. ¡Y bueno! Iremos mañana, entonces. *(Medio mutis.)*

ELISEO. *(La detiene.)*— Compromiso, no, precisamente. Pero... eso es: mañana, ¿eh?... Hoy, hoy, yo, ¿sabes?... Necesito andar, sentirme libre; oír el fragor de la calle; ver la

gente; pero no desde el ángulo de mis sentimientos familiares y afectivos; eso es todavía prisión; sino desde... desde... *(No halla la palabra y se impacienta.)* ¿Ves?... Otra vez la impotencia de expresarme. ¡Es este encierro!

SUSANA. *(Sonriéndole.)*— Pero si ya lo has dicho: ¡desde tu libertad!

ELISEO. *(Maravillado.)*— ¡Justo! Cuando despache con esos, me voy a tomar un ómnibus, el que me lleve más lejos, más fuera de Buenos Aires. ¡Ah, si después de este sol, que ya siento comezonearme en los poros, al llegar yo allá, donde empieza el campo, empezara también a llover!

SUSANA. *(Siempre sonriéndole.)*— Pero no te mojés mucho, porque no tenés más traje que ese, que te he planchado yo, y hay que presentarse elegante a la mamá... ¿O es que también te olvidaste?... Esta noche cenamos con ella.

ELISEO. *(Cae de la luna.)*— ¿Con mamá?... ¿Esta noche?... ¡Oh!...

SUSANA.— Y sí. Nos lo pidió. Lo quiere. Y se lo hemos prometido. Todavía ayer, cuando nos envió el dinero para esas compras nuestras, me lo hizo repetir terminantemente: la señora los espera a cenar mañana. ¡Y mamá está tan

contenta! No ha dormido tampoco ella pensando que hoy iba a arreglar con la tuya todo lo referente a nuestra boda. ¡Mi pobre vieja!

ELISEO. (*Pasea, nervioso.*)— ¡Claro! Habrá que ir, no más. ¡Qué contratiempo! Y yo que les prometí a unos compañeros ir, no sé dónde, pero lejos de aquí, a la orilla del río, a cenar con ellos... No es por la cena, sino por el panorama: ¡ver pasar barcos; irse a la gente! Y por las cosas de que hay que hablar también. Mil asuntos. Tenemos que organizarlo de nuevo todo; distribuirnos el trabajo; organizar la correspondencia; planear las jiras. En fin, un mundo, ¿comprendes?

SUSANA. (*Comprensiva.*)— Comprendo, sí. Nuestro mundo.

ELISEO. (*Se detiene, violento.*)— ¡Y ya no va a poder ser! Resulta que ahora estoy como esos pajaritos cazados con liga: aleteando pero preso. ¡Esto no es la libertad!

SUSANA. (*Baja el rostro y, tras una fugaz pausa, aparece otra vez valerosa.*)— ¡Y bueno! No te impacientes. Iremos también mañana. Yo buscaré una disculpa.

ELISEO. (*Vuelve a pasearse.*)— Por lo demás, no te creas que mamá va a tomarlo a la tremenda. Ya sabés qué soy para ella: un loquito, un distraído.

SUSANA. (*Grave, ahora, reprensiva.*)— ¡Eliseo! Eso es ya pretender justificarte. Y no hace falta. Yo te comprendo y te apruebo. Hoy, para nadie; ¿verdad?... ¿Para vos solo?...

ELISEO. (*La abraza, conmovido.*)— ¡Susana! ¡Querida mía! ¡Para vos siempre! ¡Siempre!

SUSANA. (*A los ojos.*)— ¿Sí?...

ELISEO. (*Como si lo jurara.*)— ¡Compañera!

SUSANA. (*En el mismo tono.*)— ¡Compañero! (*Y sellan eso, que está, ahora, más allá de su amor, con un apretón de manos.*)

ELISEO. (*Cuando ella va a hacer mutis.*)— ¿Te vas?...

SUSANA.— Y sí. A quitarme estos trapos. (*Sale.*)

ELISEO. (*La mira irse, iba tal vez a seguirla, cuando*)

EL LINYERA. (*Le grita.*)— ¡Cha! ¡Qué lindo es bañarse! Después de un baño aparece uno en la vida como pisando en una barranca. (*Busca el sombrero, que se pone.*) ¿Vamos?...

ELISEO. (*Ya olvidado de Susana, vuelve a ser poseído por su urgencia.*)— ¡Esto es una informalidad!

EL LINYERA.— ¿Qué?... ¿Bañarse?...

ELISEO. (*Empieza a pasear nervioso.*)— ¡Prometer y no cumplir! Hablo de Cherniak y El Viejo. Vos los oísteis: ¡a primera hora aquí!

EL LINYERA.— Y, che. Es el primer día de libertad. ¿Vamos?...

ELISEO.— ¡Oh! ¡No los espero más! Vamos. (*Llega a la puerta y se vuelve.*) Es que tengo que esperarlos. (*Desesperado.*) ¡No puedo irme!

EL LINYERA.— ¡Hombre! Los verás luego.

ELISEO.— Ya sé. No es por ellos ni el local. ¡Es que no puedo! No sé por qué. pero... (*Se sienta resueltamente.*) ¡Yo me quedo!

(*El Linyera le mira extrañado. Por izquierda aparecen Cherniak y El Viejo. Aquél más raído de ropas que antes, y con*

su risita, ya no mordaz, sino francamente agresiva. Éste elegante, rasurado, primaveral de indumentaria y de físico.)

ELISEO. *(Los recibe a cascotazos.)*— Ya era tiempo, ¿eh?...
(Se para.)

EL VIEJO.— ¿Qué te pasa?... *(A El Linyera.)* ¿Qué tal, muchacho?...

CHERNIAK. *(Lo mira, irónico.)*— ¡Je, je, je! *(Echando un monton de cartas sobre la mesa.)* Fuimos primero por la correspondencia.

El Viejo aprovecha cualquier vidrio para darle unos toques a su corbata y chambergo. El Linyera va a curiosear por el ventanal, la calle.

ELISEO. *(A Cherniak.)*— No habíamos quedado en eso, sin embargo.

CHERNIAK. *(Que ha empezado a romper sobres y leer cartas.)*— Estás apurado por irte a vagabundear. No concibes más urgencias que las de tu libertad. Te comprendo. Eso viene de tu origen. Crees también que nuestra vida —la nuestra, ¡eh!— se toma como he visto, ahora mismo, a tu

mamá tomar su coche. Pero, no. Antes hay que pensar si tenemos plata. (*A todos.*) ¿Quién tiene plata?...

ELISEO.— ¿Plata?... Yo, no, ¿Para qué?...

EL LINYERA.— ¡A mí regístreme, agente!

CHERNIAK. (*A Eliseo.*)— ¿Con que vos no tenés plata?... (*Ríe; sabe que tiene.*) ¡Es terrible, terrible! Precisamos plata. El propietario del sótano no quiere saber de fianzas. ¡Plata! Ni el de la imprenta, ni el de los muebles, tampoco. ¡Plata! ¡Precisamos plata!

EL VIEJO. (*Contento de su elegancia.*) – ¡Ah, ah, ah! (*Vuelto a ellos.*) ¿Saben dónde he estado yo todo este tiempo?... En la quinta de mi hermano» el rico. Me alojó a lo Príncipe. Con decirles que hasta tenía un yacht para pasear por el río. Y biblioteca y estufa y caballos y autos, y, ya me ven, (*mostrándose*) un sastre regularcito... Con esto más todavía: la efusión de un gran abrazo que me daba él todas las mañanas, mientras me preguntaba enternecido: ¿Te sirven bien?... ¿Qué te falta?... ¿Tenes algún caprichito?... Al principio, y nada más que por darle el contramoquillo, se me ocurrían cosas: revistas europeas, frutas de otra estación, licores raros. ¡Pero, amigo! El tipo parecía un mago. Día más, semana menos, allí aparecía todo. ¡Todo! Al mes de estas

escaramuzas de dame y toma, tuve que confesarme a mí mismo que no me faltaba nada. ¡Nada! (*Los mira, y después se afila la raya del pantalón.*) ¡Ah, ah, ah! Y fue de ahí para adelante que empecé a sentir qué me faltaba...

ELISEO.— ¡Claro! ¡La libertad!

EL VIEJO.— No, muchacho. La libertad se espera. La libertad se trabaja. Algo menos noble, pero más urgente.

CHERNIAK. (*Leyendo cartas.*)— ¡Plata! ¡Precisamos plata!

EL VIEJO.— ¡Ah, ah, ah! Justamente: vos lo has dicho. Me faltaba plata. Y se lo dije. Y se la pedí. Y a esto iba: aquel hermanito mío que se gastaba un platal en agasajarme, lo único que me negó, cinco meses, día a día, fue esa plata. Se me cerró en banda, como si le pidiera el honor. —¡Ah, no, querido! ¡Plata, no!—. Y aquí me tienen ustedes, mejorcito de la vida y de pelecha nueva, pero sin plata.

EL LINYERA.— Iguales son las fortunas de un matrimonio moreno. (*A carcajadas.*)

CHERNIAK.— ¡Plata! (*Agresivo.*) Precisamos plata; pero no para nosotros; ¡para la obra!

ELISEO. *(Que, después de la interrupción a El Viejo, se ha quedado pensativo, alza el rostro, señoreando un suave hallazgo.)*— ¡Qué cosa! Resulta que yo soy un religioso... *(Y ante la extrañeza de ellos.)* Sí. Religioso, en lo que esto significa sentir antes que pensar... ¿Saben cómo me he sentido yo el primer día de mi libertad?... Más inútil y preso que nunca. Anoche no pude escribir. Me conformé pensando que era este encierro. Y así sería. Pero es el caso que después tampoco podía irme. En vano fue que Susana me relevara de mis compromisos con ella y mi madre. No podía. Sentía que no iba a poder mirar con altivez a la vida; que ésta me estaba esperando para acusarme de algo que no sabía, y ahora sé. ¡De tener plata! Porque yo tengo plata. Una plata que ayer nos mandó mamá. ¡Vos lo sabías, Cherniak! *(Reprochándole.)*

CHERNIAK. *(Impasible.)*— No era yo, sino ustedes, Susana y vos, que debían disponer de esa plata. Era para casarse. *(Ríe.)*

ELISEO *(indignado)*.— ¡Cherniak! No echés encima sarcasmos. Lo que urge no es casarse, sino luchar. Se precisaba plata, y yo la tenía. ¡Por eso no podía irme! *(Sale izquierda llamando.)* ¡Susana! ¡Susana! *(Pausa. Cherniak sonríe. El Linyera y El Viejo quedan cabizbajos.)*

CHERNIAK *(al Viejo)*.— ¡Je, je, je! ¿En qué pensás, vos, ahora?... ¿En tu hermano?...

EL VIEJO.— ¡Ah, ah, ah! ¡Cómo me había envilecido! ¡Hasta quería tener plata!

EL LINYERA.— ¡Compañeros! (*Abre los brazos.*) Yo también soy religioso. Debe ser el mundo en que ando, abierto a todos los huracanes. No sé. Pero, cuando silba el viento, viborean los refusilos y se cierra la tormenta sobre algún árbol en que una avecita tiene o está por hacer su casa, el corazón se me achica, y pateo para otro lado. ¡Qué se yo! Me parece que no hay nadie, ni arriba ni abajo, ni dios ni ideal, que tenga razón o derecho a tocar, ni una ramita siquiera de esos refugios de amor... ¡Aquí va a romperse un nido, y yo no quiero ver eso; no puedo! ¡Me voy! (*Sale por izquierda.*)

CHERNIAK.— ¡Je, je, je! Dos religiones opuestas. La eterna cosa. La ciudad y el campo. ¡Terrible, terrible!

EL VIEJO (*furioso*).— Aquí lo único terrible que hay es la plata. ¡Si no hubiera plata!... Y, bueno. ¿Qué hacemos aquí nosotros?... Yo también me voy. (*Medio mutis.*)

CHERNIAK (*severo*).— ¡No! Parate. Esperá la plata. ¿No querías plata? Vos que vas a ser el conserje que tendrás que pagar el alquiler, comprar las cosas; tener la plata.

EL VIEJO (*dado al diablo*).— ¡Eh, che! ¡Basta! ¡No digás más; plata, plata! ¡Sos de una severidad implacable!

CHERNIAK (*se endereza y estalla toda la furia que traía oculta*).— ¡Sí! ¡Implacable! Pero mi severidad ha sido primero conmigo mismo. Yo no vengo de una quinta, ni de entre los brazos de una mujer, ni de la libertad bajo los astros. Yo vengo de la cárcel. ¡Soy la miseria, el desamparo, el dolor! (*El Viejo baja la cara: él se sienta y continúa su tarea.*)

EL VIEJO (*mirándolo derecho*).— Y sí; Cherniak, tenés razón. Vos caíste peleando. (*Avanza hasta enfrentarlo.*) ¡No lo haré más, compañero! (*Pausa. Silencio.*)

SUSANA (*desde afuera, a voces*).— ¡Tu sombrero, Eliseo! ¡Te vas sin sombrero!

CHERNIAK.— ¡Je, je, je!

SUSANA (*tras breve pausa, por izquierda, vestida de entrecasa. Trae el sombrero de él y la cartera de ella. Cordial*).— Bien, si se ha ido hasta sin sombrero. (*Lo deja por ahí.*)

EL VIEJO.— ¡Ah, ah, ah! Se habrá vuelto también sin-sombrerista. Pero, despachemos rápido. ¿Qué hay?...

SUSANA (*saca la plata*).— Aquí está.

CHERNIAK (*toma carilla y papel y va a hacer números*). Hay que pagar tres meses adelantados: setecientos cincuenta; el anticipo a la imprenta: doscientos más; ahora, la mesa, los bancos, una cama, la biblioteca...

SUSANA (*sonriendo*).— Por lo mismo, Cherniak. Aquí está todo. ¿Quién los lleva?...

EL VIEJO.— Yo. (*Toma el dinero.*) Esta es mi penitencia. Llevar la plata. (*A Cherniak.*) ¿Te quedás vos?...

CHERNIAK (*que miraba a Susana*).— Sí. Aquí (*por las caritas leídas*) hay un asunto todavía más importante que el de la plata. (*Ríe.*) Los compañeros del Sur han planeado una gran jira...

EL VIEJO.— ¡Ah, ah, ah! Muy bien por ellos. Hasta la vista, muchacha. (*Sale; ella le acompaña.*)

CHERNIAK. (*Suspende el trabajo, piensa un instante y empieza a observar la mesa minuciosamente; se alza y va a hacer lo mismo con la cama; parece que fuera a comprarlas.*)

SUSANA (*lo halla en eso*).— ¿Qué está mirando, Cherniak?...

CHERNIAK (*va a sentarse*).— Estaba calculando que podíamos economizamos unos cuantos pesos. Esta mesa, podía llevarse al local. Y esta cama también, para El Viejo...

SUSANA.— Pero... (*Se apoya en algo.*) ¿Y Eliseo?...

CHERNIAK (*severo*).— Eliseo tiene que salir en jira.

SUSANA.— ¿Él?... ¿Por qué él tan luego?... ¿No hay otro?...

CHERNIAK (*ríe, maligno*).— Habría. Pero quieren a Eliseo. No lo conocen más que de nombre. Y nuestras cosas padecen también de un poco de sensacionalismo. ¿Comprende?... La juventud goza de más prestigio. Aunque corte menos, relampaguea más. ¡Herramienta nueva! ¡Je, je, je! (*Ella, baja el rostro; va a llorar; él la espía ansioso.*) ¿Qué?... ¿No está de acuerdo?... ¿No lo comprende así?... (*Sin mirarlo, ella asiente.*) ¿Pero usted sufre?... ¡Lo comprende, pero sufre!

SUSANA.— ¿Y quién ha dicho que comprender signifique no sufrir?... *(Se yergue.)* Voy a preparar sus cosas; las más precisas. Las otras se las enviaré por encomienda. *(Medio mutis.)*

CHERNIAK.— Oh, hay tiempo. Él no saldrá hasta mañana.

SUSANA.— Lléveselas usted. Que se vaya sin verme. Entreténganlo por ahí.

CHERNIAK *(sonríe)*.— Eso no será difícil.

SUSANA.— Ya sé. *(Y va a irse.)*

CHERNIAK *(rápido, como si manoteara un ratón que se le escapa)*.— ¡Susana! Es que partir, como partimos nosotros, a través del pueblo, es no saber cuando se regresa. Es vivir para adelante...

SUSANA *(quema sus naves)*.— Ya sé, Cherniak. Ya sé todo. Y por eso le digo: no quiero verlo. Es mejor para mí. Y, sobre todo, es mejor para aquello que, ahora, yo amo también. *(Vase.)*

CHERNIAK (*la mira irse, conmovido*).— ¡Terrible! ¡terrible! (*Pero, en seguida, sonrío, escéptico.*) ¡Je, je, je! (*Retoma su tarea; pasa una o dos cartas más; cuando va a hacer lo mismo con otra se sobresalta al verla.*) ¡Oh! (*La toma y, temblándole las manos, rompe el sobre del que extrae un retrato que contempla emocionado y besa. Se limpia los ojos, que lloran, y lee un papel que acompaña a la fotografía. Grita.*). ¡Ah, no! ¡Vos, hijito mío, no! (*Cae de bruces sobre la mesa, llorando.*) ¡Pobrecita!

SUSANA (*vuelve con un maletín de viaje; al verlo corre a asistirlo*).— ¡Cherniak! ¿Qué tiene?...

CHERNIAK. (*Sin pudor de sus lágrimas, le entrega el retrato. Se alza y pasea.*)

SUSANA (*suspira*).— ¡Ah! Su esposa y su hijo, ¿verdad?... ¿Llora usted de alegría?... Lo felicito, Cherniak. Entra usted en la libertad bajo un hermoso augurio.

CHERNIAK (*la cabeza sobre el hombro; resuelto a morir matando*).— Mi mujer y mi hijo... Mi mujer que, hace 15 años, era como usted de bella y generosa y sufrida. ¡Véala, ahora! ¡Las sienes, grises; desgarrada la boca: los ojos en un desvarío de angustia!

SUSANA (*triumfal*).— Pero, ¡tiene al hijo!

CHERNIAK (*amargo*).— Tiene al hijo... Mire esa mano, que era una flor de tierna cuando, al partir yo, me enviaba besos. ¡Mírela, ahora! Es una garra clavada sobre el hombro del niño. ¡No lo acaricia, no lo ampara, no lo muestra! ¡lo sujeta, lo esconde, lo arrastra, como si quisiera volverlo a sus entrañas!

SUSANA.— ¡Porque es su hijo! ¡Porque es su hijo!

CHERNIAK (*desarrugando el papel que habla estrujado*).— Y oiga qué dicen estos cuatro garabatos. Son del hijo. Papá; yo quiero irme de aquí. A caminar y luchar. ¡Como vos! ¡Ah! ¡Es terrible, terrible!

SUSANA (*grita ahora; eso es más de lo que puede*).— ¡Ah, no! ¡El hijo, no! ¡El hijo es mío!

CHERNIAK (*se inmobiliza ante la inesperada revelación*).
¿Qué?... ¿Qué ha dicho?... ¿Acaso, usted?... (*Ella llora y afirma con la cabeza.*) ¡Susana! ¡Mujer! ¡Perdón! (*Se humilla hasta arrodillarse.*) ¡En usted pido perdón a todas las madres! ¡Y piedad para ellas a todos los hijos!

SUSANA (*rehecha, a través de sus lágrimas, vibrante*).—
¿Qué hace, Cherniak?... ¡Compañero! (*Lo alza en la voz, como
en un látigo.*) ¡Yo lo sabía; yo lo quise! ¡Lo aprendí de él; de
ustedes! ¡Ahora, coraje!

CHERNIAK.— ¿Y si él no vuelve?...

SUSANA.— ¡Si él no vuelve, marchará tras él el hijo! ¡A lu-
char por lo que él lucha!

CHERNIAK (*arrobado, místico*).— ¡Compañera de los
hombres! ¡Compañerita!

FINAL DE LA OBRA



Simón Radowitzky junto a Rodolfo González Pacheco

UNA CRONOLOGÍA DE RODOLFO GONZÁLEZ PACHECO

Vladimiro Muñoz

Desde el comienzo hasta el fin, la vida, la personalidad, el pensamiento, la obra de Pacheco son una proclamación del más alto y puro anhelo de ser libre, surgido en la mente y en el corazón del ser humano.

Alfredo de la Guardia

1841 Agustín González nace en el Uruguay: será el futuro padre de Rodolfo González Pacheco.

1861 Renicia Pacheco nace en Tandil (Argentina): será la futura madre de Rodolfo González Pacheco

1881 Carlos Rodolfo González Pacheco nace el 4 de mayo en Tandil, bautizándosele el día 24 en la parroquia local. Recordando a su pueblo natal, escribirá: “Mi Tandil es como un indio petiso lampiño, grave, que ha muerto, al huir a la cordillera, en el primer altiplano, pero cuyas provisiones han rodado de sus hombros cuesta abajo. Su agua, sus yugos, sus frutas, se han reproducido en fuentes, en huertos, en árboles. Sus angustias de vencido se le volvieron aves. Y todo eso brota ahora, sube de las hondonadas, con la fuerza suave y segura, mientras él duerme, amontonado en la loma, hecho roca, roca, roca...”.

1882 El padre de Pacheco tiene en Tandil un comercio de ramos generales.

1885 Nace Teodoro Antillí en Argentina; sobre él escribirá Pacheco: “Antillí fue autodidacta, en la más bella y viril acepción de este vocablo. No vino al anarquismo desde las bibliotecas, sino del fondo doloroso de la vida. Y cuando abrió los libros, fue para hacerse compañero de los sabios, no su esclavo”. Errico Malatesta funda en Buenos Aires la revista *Questione Sociale*, en italiano y español: difundirá en el país la modalidad ácrata del comunismo libertario, a la que adherirán Pacheco y Antillí. Sobre este último Pacheco recordará: “Como, al decir Barrett, hay ciertos hombres–naciones, Antilli fue entre nosotros el hombre–idea. Se podía confiar en él más allá de cualquier límite. Ponía la mano y echaba leña a todas las fogatas, motineras o ideológicas, pero sin concederles más méritos que el del herrero a su

martillo y su yunque. Lo que trabajaba en ellas era un solo metal siempre: el comunismo anárquico”.

1887 Muere Agustín Gonzáles. En Buenos Aires aparece el periódico anarcocomunista *El Socialista*.

1889 Cesa su aparición *Questione Sociale*, en total 14 números.

1890 El 18 de mayo empieza a publicarse en Buenos Aires el periódico libertario titulado *El Perseguido*

1893 Rodolfo González Pacheco inscripto en la Escuela de Comercio de Buenos Aires. El 23 de enero se funda el periódico libertario *La Liberté*, en idioma francés, cuyo director es el anarquista galo Alexandre Sadier.

1894 Rodolfo González Pacheco deja sus estudios comerciales y vuelve a Tandil.

1895 Sadier reemplaza *La Liberté*, por *Le Oyelon*, nuevo periódico libertario de Buenos Aires. En La Plata aparece el periódico ácrata *La Anarquía*.

1896 En Luján, el doctor John Creaghe funda un nuevo paladín libertario: *Libre iniciativa*. Importante obra libertaria: Aparece en Argentina *El principio del arte y su destino social*, por P.J. Proudhon (Buenos Aires: editor B. Gutiérrez de Quintanilla, tomo I de 264 pp. y tomo II de 279 pp).

1897 El 31 de enero finaliza su publicación *El Perseguido*; pero continúa la difusión libertaria de *La Protesta Humana* de Buenos Aires, que aparece el 13 de junio dirigido por el ebanista catalán Gregorio Iglán Lafarga. Otro catalán, José Prat, se hace cargo este mismo año de esta publicación y a la vez traduce esta importante obra: *Psicología del anarquista-Socialista*, de A. Hamón (Buenos Aires: “La Elzeviriana”, 234 pp).

1900 Rodolfo González Pacheco trabaja como escribiente en la municipalidad de Tandil. Empieza a escribir versos y prosa; algunas colaboraciones suyas aparecen en el periódico *Luz y verdad*, con el seudónimo “Solrac” (Carlos al revés). Con un grupo de amigos funda el periódico *Futuro* y se hace anarquista; su hija Elma recordará: “Anarquista es quien basándose en hechos, ideas y sentimientos, es capaz de negar el principio de autoridad, e idear nuevas formas de relación entre los hombres”.

1904 El 19 de abril *La Protesta* reemplaza a *La Protesta Humana*.

1905 Rodolfo González Pacheco de nuevo en la capital; su hija Elma lo recordará así: “El anarquista soñador y poeta, vehemente y violento, apareció en Buenos Aires”.

1906 Encuentro de Teodoro Antillí con Rodolfo González Pacheco, que recordará: “Antillo fue un anarquista claro y sugerente, de caudal vivo”. Los dos fundan los periódicos

libertarios *Campana Nueva* y *Germinal*, en Buenos Aires. Pacheco, junto al ex policía y ahora libertario, Federico A. Gutiérrez, funda en Buenos Aires el periódico libertario *La mentira*, con un curioso subtítulo: “Órgano de la patria, la religión y el Estado”.

1907 *Rasgos*, por Rodolfo González Pacheco, es su primer libro publicado (prosa y poesía), Pacheco interviene en la huelga de los conventillos, que apoya el diario bonaerense *La Razón*, dónde trabaja su amigo el libertario Tito Livio Foppa. Sobre esta huelga Juana Rouco Buela escribirá: “Te recuerdo con tu corbata voladora, allá por el año 1907, cuando recorríamos barrios humildes y en sus conventillos, sobre sus umbrales hacíamos de ellos tribuna para decirles a sus habitantes que debían rebelarse contra el capitalismo que los explotaba”

1908 *La Protesta* aparece como diario matutino. Santillán recordará que entre sus talleres se imprimían dos cotidianos anarquistas, caso único en el mundo ya que por la tarde veía la luz *La Batalla*, bajo la dirección de Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí. En Paraná aparece *La Ráfaga*, órgano libertario de la Federación Obrera Entrerriana.

1910 Juana Rouco Buela recuerda a G. Pacheco: “El centenario argentino, aquel hermoso movimiento que fue toda una gesta revolucionaria, me parece verte trepado en los balcones y ventanas, junto a Fernando del Intento, Grisolia y tantos otros, luchando por la libertad de los

hombres. Recorrimos las calles de La Plata, llenos de entusiasmo y corazón”. La represión autoritaria devasta y destruye los talleres de *La Protesta*, algunos de cuyos números logra hacer reaparecer el “indio” Barrera (Apolinario Barrera); pero, la mayoría deben publicarse en Montevideo, a cargo del estudiante Juan Emiliano Carulla. *Germen* —periódico libertario— aparece el 15 de abril en Santa Fe.

1911 *Alberdi* es un nuevo periódico libertario fundado en Buenos Aires por Rodolfo González Pacheco, Teodoro Antillí y Apolinario Barrera. Deportación de Pacheco a la austral Ushuaia, de donde regresa este año, para luego fundar en Buenos Aires otro paladín libertario, *Libre Palabra*, con su amigo Tito Livio Foppa. La reconstrucción de los talleres de *La Protesta* está a cargo de Alberto Ghirardo, Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí. Pacheco y Foppa se embarcan hacia México, para participar en la Revolución Mexicana. Pacheco envía a *Tierra y Libertad* de Barcelona colaboraciones sobre esta revolución. En Buenos Aires aparece el folleto *De Ushuaia*, por Rodolfo González Pacheco y también, el 1° de octubre aparece *El Manifiesto*, periódico libertario fundado por Pacheco y Antillí.

1912 Pacheco y Foppa en La Habana, donde el primero confiere sobre “El Emigrante”. R. Lone (Jesús Louzara) recordará: “Fue ya hace muchos años cuando por primera y última vez vi a Pacheco, en la capital, La Habana (Cuba) y al que, sin eufemismos ni petulancia, yo titulo “el Perinclito de

la oratoria”. Con Foppa, que tiene una corresponsalía para la revista *Fray Mocho* de Buenos Aires, Pacheco se embarca para España.

1913 Pacheco conferencia en Barcelona y varias ciudades gallegas, a la vez que escribe para *La Protesta* de Buenos Aires. La Biblioteca Emilio Zola de Santa Fe publica *Germen*, en su segunda época. A fines de año, Antillí es encarcelado por un artículo defendiendo a Simón Radovitzky.

1914 En agosto, Pacheco y Foppa se hacen repatriar desde España y regresan a Buenos Aires. Luego de tres meses preso, Antillí recobra la libertad. Muere el anarquista español Antonio Loredó y recordará Pacheco: “Ha muerto cuando ya no tenía más que entregarnos. Ocupado en darlo todo, se olvidaba de comer y de bañarse. Tal lo vi la última vez entre los trabajadores de Barcelona: flaco, raído, descalzo, con las greñas como ramas arrastradas por el barro”. Y continúa: “Ya ha muerto de trabajar de bohemio. Sus conferencias en el Ateneo Sindicalista, de dos, tres horas seguidas, le mellaban la vida, le socavaban el pecho”. Aparece *El Sofisma Socialista*, de Julio R. Barcos (Buenos Aires: Biblioteca “La Antorcha”, 54 pp).

1916 *Las Víboras*, por Rodolfo González Pacheco, boceto dramático en un acto, es estrenado el 16 de septiembre por la compañía Muiño–Alippi, en el Teatro Nuevo de Buenos Aires. Ingresó en la redacción de *La Protesta* el panadero asturiano Emilio López Arango.

1917 Se funda en Buenos Aires la agrupación Anarquista *La Obra*, que publica un periódico del mismo nombre, siendo sus fundadores Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí. Costean esta publicación con productos agrícolas y Pacheco recordará: “También yo iba el otro día con un carrito cargado de trigo hasta las estacas. Iba desde esta chacrita que, con Antillí, surqueamos hacia el molino, la imprenta que nos imprime *La Obra*. Llevaba pan”. *La Inundación* por Rodolfo González Pacheco, drama en tres actos, es estrenado el 29 de octubre, por la compañía Pablo Podestá, en el Teatro Nuevo de Buenos Aires.

1918 Recordará Santillán que *La Protesta*, “mantuvo una oposición cerrada contra la supuesta dictadura del proletariado en Rusia”. Y añadirá: “Fue un puntal de fidelidad al pensamiento libertario cuando la sugestión de la revolución de octubre de 1917 sacudió al mundo del trabajo”. A fines de este año Santillán ingresa en la redacción de *La Protesta*. En La Plata aparece la revista libertaria *Ideas*.

1919 *Carteles*, por Rodolfo González Pacheco; comentario sobre este libro en el semanario *El Hombre* de Montevideo (N° 131 del 36 de abril): “Quien lea *Carteles* puede afirmar que conoce de cuerpo entero a Rodolfo González Pacheco”. Un edicto gubernamental (5 de mayo) suprime momentáneamente toda la prensa libertaria que hasta ese momento se publicaba en la Argentina; en agosto, para reemplazarla, aparece *Tribuna Proletaria*, fundada por Mario Anderson Pacheco y Alberto S. Bianchi.

1920 *Magdalena*, por Rodolfo González Pacheco, obra teatral de un acto, es estrenada el 9 de junio, por la compañía Muiño–Alippi en el teatro Buenos Aires, de esta ciudad. Aparece *El libertario*, periódico fundado por Pacheco y Antillí, en Buenos Aires; el 23 de octubre se interrumpe en su n° 15. Se publica en Córdoba (Argentina), la revista libertaria *Mente*, en la cual Pacheco colabora con un hermoso trabajo sobre Malatesta.

1921 El 25 de marzo se funda en Buenos Aires el periódico libertario *La Antorcha*, siendo Pacheco uno de sus fundadores. *Hijos del Pueblo*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en un acto, es estrenada el 29 de junio, por la compañía rioplatense que encabeza Alfredo Camiña, en el Teatro Boedo de Buenos Aires. En su cartel *Gualeguaychú* escribe Pacheco: “No van a ser nuestros huesos los que se alzarán de la tierra, sino nuestros pensamientos de amor, de paz, de vida libre. Caigamos, pues por algo más que por odio o por venganza: ¡por la libertad, que ha de perdurar eterna; más allá de nosotros, más allá de los tiranos; más allá siempre!”.

1922 El 9 de enero aparece el prestigioso suplemento semanal de *La Protesta*. En General Pico (Argentina) empieza a publicarse el periódico libertario *Pampa Libre*; y en Tandil aparece otro paladín ácrata: *La Verdad. El Sembrador*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en un acto, es estrenada el 28 de julio, por la compañía Pedro Zanetta, en el Teatro Boedo de Buenos Aires.

1923 Pacheco en Chile realizando fructuosa gira de propaganda; el chileno González Vera recordará: “Pacheco habla como escribe. Su frase nace del mismo modo inaudito, idéntica originalidad, cortada como un hacha. El discurso pierde su identidad con el cartel solo por el tono y el ademán que van individualizando cada frase. Además, tiene la virtud de elevar al auditorio a un estado de ánimo propicio al estremecimiento y abierto a su vibración. Sabe también el difícil secreto de reemplazar cada idea por su correspondiente imagen”. *Carteles del Camino*, por Rodolfo González Pacheco, reúne escritos suyos de Chile y Paraguay. Muere Teodoro Antillí; Pacheco recordará: “Cuando regresé de Chile, el mal terrible ya me lo había aniquilado. Aún escribía, pero desde la cama. Lo levanté como pude, a caricias y a alaridos, y se lo llevé a su madre, a la mamita que él quería tanto. Allá se ha muerto, allá al pie de un eucaliptus gigante, sobre las barrancas de San Pedro, quedó enterrado, como una semillita, mi hermano viejo”.

1924 *¡Salud a la Anarquía!*, por Teodoro Antillí, recopilación y prólogo de Rodolfo González Pacheco (Buenos Aires: “Las Antorchas”, 319 pp).; en su prólogo titulado *Los Carteles de Antillí*, escribe, G. Pacheco: “Antillí fue un sembrador que un día salió a sembrar y no volvió nunca más sobre sus pasos; acomodó su existencia a todas las intemperies y echó adelante, sembrando ideales suntuosos, de vida fuerte y alegre, como un albañil sin techo, pobre de toda pobreza, siembra palacios. Fue un escritor sin sentido

utilitario, para quien escribir era donarse, aclarar, esclarecerse y producir grandezas, vivir en grande. Un obrero que sacaba sus soldadas de sus propias sensaciones de hombre que está al pie de un yunque, con el pecho resoplante, el brazo a vuelo y el cerebro como un globo lleno de luz iluminando su obra. Tipo menos burgués yo no he visto otro”. El 13 de julio aparece en Santa Fe el periódico libertario *Orientación* y un poco después la revista *Inquietud*. *Hermano Lobo*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en tres actos, es estrenada el 24 de diciembre por la compañía José Gómez, en el teatro Liceo, de Buenos Aires.

1925 *El anarquismo en el movimiento obrero*, por Emilio López Arango y Diego Abad de Santillán (Barcelona, Ediciones “Cosmos”, 203 pp). interesante primer capítulo titulado: “El anarquismo en la Argentina, un campo de experimentación del moderno movimiento obrero”.

1926 A causa de un artículo defendiendo a Kurt Wilckens, condenan a Pacheco a seis meses de prisión, pero se va al exterior, desde donde colabora en *La Antorcha*, *El Libertario* y *La Obra*. En Rosario aparece *Libre Acuerdo*, nuevo periódico libertario. *Natividad*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en tres actos, es estrenada el 31 de julio por la compañía José Gómez, en el teatro Marconi de Buenos Aires. El suplemento semanal de *La Protesta*, en su N° 225 del 27 de diciembre, pasa a ser quincenal.

1927 El 13 de febrero aparece en Buenos Aires el periódico libertario, en italiano, *Il Pensiero*, redactado por Aldo Aguazzi y con colaboraciones de Luigi Fabbri, Camilo Berneri y Hugo Treni. En mayo aparece, transformado en revista, *Orientación*, de Santa Fe. Se publica en Bahía Blanca la segunda época del periódico libertario *Brazo y Cerebro*. Nueva obra de teatro en un acto, *A contramano*, por Rodolfo González Pacheco, se estrena el 3 de junio, en el teatro Buenos Aires de esta ciudad, a cargo de la compañía Enrique Muiño. Aparece en junio el periódico libertario *Tribuna Libre*, de Rosario. *Certamen Internacional de La Protesta* (Buenos Aires; Editorial La Protesta, 157 páginas) en ocasión del 30° aniversario de esta publicación: colaboraciones de Max Nettlau (*Contribución de la bibliografía anarquista en América latina hasta 1914*), D. A. de Santillán (*“La Protesta”, su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del sur*). José C. Valdés, Emilio López Arango, Luis Fabbri, Hugo Trent y B. Aladino. En noviembre reaparece *Tierra Libre*, en Tucumán, con imprenta propia

1928 Nuevo libro de Rodolfo González Pacheco; *Carteles de Ayer y de hoy*. Va por su N° 178, en marzo, *Ideas*, publicación libertaria de La Plata. *El Hombre de la Plaza Pública*, por Rodolfo González Pacheco, es una obra de teatro en un acto, que se estrena el 5 de junio en el teatro Buenos Aires de esta ciudad, por la compañía Enrique Muiño. *Buntar*, órgano de los anarcocomunistas rusos

extrañados en la Argentina, aparece en Buenos Aires (agosto)

1929 *El Grillo*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en un acto, es estrenada el 1° de abril en el teatro de La Comedia, de Rosario, por la compañía Los tres, y reestrenada el 25 de abril en el teatro Nuevo, de Buenos Aires, por la compañía Roberto Casaux. Nuevos periódicos libertarios en la capital argentina; *Trabajo y Solidarité*, en alemán. También empieza a publicarse la revista anarquista *Elevación*. En Salta se publica la segunda época del periódico libertario *El Coya*.

1930 Cesa de publicarse el prestigioso suplemento quincenal de *La Protesta*, en su N° 335. Pacheco, perteneciente al grupo editor de *La Antorcha*, es detenido en su quinta “El Terreno”, situada en Ensenada. Debe pasar ocho meses en el cuadro tercero de Villa Devoto, donde aprovecha para escribir su obra de teatro *Juana y Juan*. Intelectuales uruguayos logran su liberación y extrañamiento en Montevideo, donde escribe su manifiesto *Compañeros torturados y ofendidos*.

1931 *Juana y Juan*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en un acto, se estrena el 4 de junio por la compañía Muiño–Allippi, en el teatro Buenos Aires de esta ciudad.

1933 Aún se publica en Buenos Aires la revista libertaria, en idioma castellano, *Judaica*, dirigida por el escritor

Salomón Resnick. Conferencia de Pacheco sobre Anarquismo, en donde opina: “Las revoluciones son genialidades de la Historia. Esta cuenta por aquéllas, de ellas se nutre y a ellas, en fin, se refiere su avance o su retroceso”.

1934 Empieza a publicarse en Buenos Aires el periódico *Acción Libertaria*.

1936 Reaparece en Buenos Aires en una nueva época, *La Obra*, publicación anarquista, en la que colabora Pacheco con nuevos *Carteles*. Obra de teatro en cuatro actos es *Compañeros*, por R. G. Pacheco, estrenada el 10 de julio, en el teatro 18 de julio, de Montevideo, por la compañía Alfredo Camiña. Al estallar la Revolución Española el 19 de julio, a causa de la sedición militar contra la Segunda República Española, Pacheco se va a España. El 24 de noviembre, *Compañeros*, se reestrena en Buenos Aires, en el Teatro de la Comedia por la misma compañía.

1937 Se funda en España, la *Compañía de Teatro del Pueblo*, con Rodolfo González Pacheco como director artístico, Esperanza Barroso primera actriz, José María Lado primer actor. Un comentarista expresa: “Ya tienen la CNT y la FAI creado el teatro revolucionario. Que no quede en un ensayo más. Que todos le presten el calor y la ayuda necesarios y verá de qué son capaces los dos trabajadores incansables del Arte, que son Bosquets y Pacheco, con los demás valiosos elementos que les secundan”. Julián A. Rey escribirá que trató casi cotidianamente a Pacheco en la

Barcelona Revolucionaria de este año. Pacheco conoce a Emma Goldman, cuando se encuentra encantada por la visita a unas colectividades. También conoce al anarquista argentino Raúl Carballeira: “Lo conocí en Barcelona, cuando la guerra civil vino a pedirme un “Cartel” para *El Quijote*; una publicación suya, pequeñita y encendida, como una carta de amor o como una pistola matagatos”. Pacheco dirige, en Barcelona, los cuadernos quincenales *Teatro Social*.

1938 *Carteles de España*, nuevo libro por Rodolfo González Pacheco. Regresa a Buenos Aires y en España, un comentarista lo recordará: “Rodolfo González Pacheco, el anarquista argentino; el artista tan universalmente conocido, más que por sus obras teatrales, tan numerosas y buenas, por sus carteles, síntesis, cada uno de ellos de idealismo y rebeldía”.

1940 *Manos de Luz*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en tres actos, es estrenada el 6 de junio, por su compañía Bianca Podestá, en el teatro Smart de Buenos Aires. En esta década será publicada por los “Cuadernillos Inquietud”, N° 7 de Tupiza, Bolivia.

1946 Reaparece en Buenos Aires una nueva época de *La Obra*. Se funda en Buenos Aires el periódico libertario *Reconstruir*.

1947 Eugen Relgis llega al Uruguay dejando atrás su Rumania natal dominada ahora por los bolcheviques, y

recordando a Pacheco escribirá: “Personalmente, le soy deudor de hallarme aquí, en ese rincón de paz y libertad del continente americano. Fue a mi llegada al Uruguay, en diciembre de 1947, después de mis largas peregrinaciones de europeo exiliado, que me enteré de las gestiones que este compañero fraternal, cordial y generoso emprendió para procurarme lo que en lenguaje estatal se llama visado, o sea el derecho de entrada en un país donde, cuando menos, sea posible salvaguardar la libertad de pensar y de activar por los ideales permanentes de paz, justicia y cultura”. Las gestiones las realizó Pacheco con el escritor Justino Zabala Muñiz. *Cuando aquí había reyes*, por Rodolfo González Pacheco, obra de teatro en tres actos, es estrenada el 10 de mayo en el salón “Unione e Benevolenza” de Buenos Aires, por la Asociación Israelita Pro Arte. En *Inquietud*, de Montevideo, Junio N° 34, p, 3. *Kurt Wilckens*, por Pacheco, al ser el día 16 de vigésimo cuarto aniversario de su muerte.

1948 *Cuando aquí había reyes*, en español, se estrena el 28 de mayo en el teatro Solís de Montevideo, por la Compañía Nacional de Comedia del Uruguay. El presente cronólogo saluda a Pacheco, luego de hablar éste en un mitin libertario que tiene lugar en la plaza Libertad, de Montevideo, y le transmite los saludos afectuosos y fraternales del libertario Raúl Caballeira, desde Bézlers (Francia). *Carteles*, por Rodolfo González Pacheco, y *Esbozo de una Filosofía de la Dignidad Humana*, por Paul Gille, en un solo volumen (Buenos Aire, Editorial Más Allá).

1949 Rodolfo González Pacheco fallece el martes 5 de julio a las once y media de la mañana, en Buenos Aires. El miércoles 6 depositan sus restos mortales en el Panteón de los Artistas. El jueves 14 es incinerado y sus cenizas depositadas en una urna, mezcladas con tierra rojiza que él mismo, para tal fin, había traído de España. Al morir deja inconcluso el drama *El cura*, con un prólogo y un acto. Pacheco también había colaborado con el comediógrafo Pedro E. Pico y de esta coautoría surgieron las obras teatrales siguientes: *Que la agarre quien la quiera*; *Campo de hoy, amor de nunca*; *Juan de Dios, milico y paisano*; *Nace un pueblo*. Numerosos obituarios en la prensa libertaria sobre la desaparición de Pacheco. En *La Protesta*, de julio en cabecera, Rodolfo González Pacheco, por la redacción: “Bregó por la justicia y cual nuevo Quijote —caballero sin miedo y sin tacha—, salió lanza en ristre a desfacer los agravios de nuestra época y de nuestra sociedad, no transando jamás con el enemigo, aunque quedara solo, o casi solo, en el campo de batalla”. *Te fuiste, Pacheco*, por Juana Rouco Buela (en este mismo número de *La Protesta*): “Te fuiste, Pacheco, pero el ideal que defendiste y propagaste queda, y queda toda tu obra, que nada ni nadie podrá borrar, después de la historia de un hombre que lo dio todo por liberar a la humanidad de la explotación y la esclavitud”. Este ejemplar de *La Protesta* propugna un “Acto en recordación del compañero R. G. Pacheco”, auspiciado por el C. F. de la FORA. *La Obra* y el grupo editor de *La Protesta*.

1953 *Teatro Completo*, por Rodolfo G. Pacheco, prólogo de Alberto S. Bianchi (Buenos Aires, Ediciones “La Obra”, tomo I, de 271 pp. y tomo II, de 187 pp).

1954 *Rodolfo González Pacheco, In Memoriam*, artículo ilustrado por Luis Di Filippo, en el diario *El Litoral*, de Santa Fe, del 7 de agosto. Capítulo sobre Pacheco en el libro *Imagen del Drama*, por Alfredo de la Guardia.

1959 Actos recordatorios en Buenos Aires en el décimo aniversario de la muerte de Pacheco. En el Teatro de la Arena, en la plaza Miserere, el 5 de julio a las 9 de la mañana, ocupando la tribuna la hija mayor de Pacheco, un actor, un escritor teatral y Alberto S. Bianchi, animando el acto el libertario Peries. El 6 de julio a las 19 horas, en el teatro independientes de San Martín 766, conferencia: “Rodolfo González Pacheco, el dramaturgo”, por el prof. Raúl H. Castagnino, y “Rodolfo González Pacheco, el hombre”, por Julián A. Rey; en la segunda parte, presentación de *El Cura*, en una lectura interpretada por los alumnos del Teatro Escuela Cartel; finalmente, exposición bibliográfica e iconográfica. *Albores de Libertad*, por Eugen Relgis (Buenos Aires, Editorial Reconstruir, 92 pp).; en las pp. 47–49. *Perfiles, Rodolfo González Pacheco*, José Aiuto recuerda en *Voluntad*, de Montevideo (N° 74, setiembre, p. 3), su segunda visita a España: “Fue uno de los que, impulsado por las ansias de redención, se alejó de la República Argentina para situarse en España y defender la Revolución naciente” (1936–39).

1963 *González Pacheco*, por Alfredo de la Guardia (Buenos Aires: Cuadernos de las Ediciones culturales Argentinas, 139 pp., ilustraciones, Biblioteca del Sesquicentenario). El autor visitaba a Pacheco en sus últimos tiempos, y en la p. 31 recuerda: “Entendía, ahora, que el camino debía ser muy largo para alcanzar aquella “tierra prometida”, de libertad e igualdad, demasiado elevada, demasiado límpida en su pensamiento, para que pudiera estar cerca, tal como había creído en su juventud, cuando los himnos resonaban en las calles con el compás del entusiasmo y de la victoria. Pero sabía, también, que lo importante era la lucha —concepto ibseniano—, por el ejercicio espiritual que representa, por el afán de ascensión, por el decisivo anhelo que siente el hombre de depurarse. El triunfo o la derrota tienen, únicamente, una significación inmediata y circunstancial. La guerra es de muchas batallas, en muy diversos campos, a muy largo plazo, tal vez eterna”.

1964 *Rodolfo González Pacheco, Anarquista de la Pampa*, por el presente cronólogo, es una reseña del libro Alfredo de la Guardia (Toulouse, Francia; revista libertaria *Cenit*, julio–agosto).

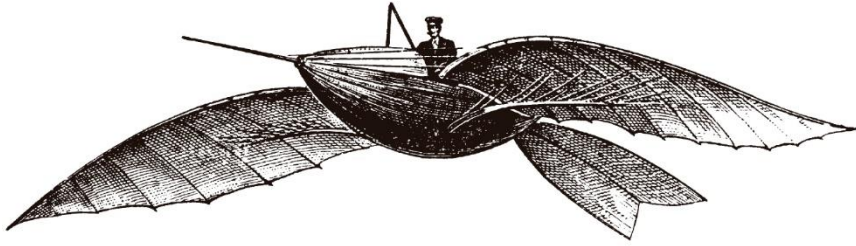
1965 *Mi padre, rasgo biográfico de Rodolfo González Pacheco*, por Elma González de Trejo (México, revista *Tierra y Libertad*, mayo–junio, N° 266, pp. 35–39); Elma escribe: “No conocemos el lugar donde quedaron sus cenizas mezcladas con un puñado de roja tierra, que con tal fin, trajo de España. Ni su voz metálica, ni la mirada de sus ojos verdes

ni sus duras manos, ni su gesto altivo. Pero sí el orgullo por su vida de lucha sin claudicaciones, las páginas que escribió, teatro o cartel, expresión poética de su pensamiento, y su recuerdo”.

1966 *R. González Pacheco, el hombre* por Julián A. Rey (México: *Tierra y Libertad*, N° 283 de agosto y N° 287 de noviembre).

1968 *Encuesta América–Europa, invitación, selección historia* por Eugen Relgis (México, Ediciones *Tierra y Libertad*, 141 pp.); Pacheco responde en las pp. 65–67.

1972 Aparece *La Protesta Humana, periódico anarquista que marcó una época de lucha*, por Diego Abad de Santillán (Buenos Aires, diario *La Opinión*, del martes 13 junio, p, 8). *Un anarquista en Buenos Aires (1890–1910)* por Eduardo G. Gilimón (Buenos Aires; *La Historia Popular*, 117 pp, ilustraciones, N° 71, de la colección); reedición de *Hechos y Comentarios*, pero sin la parte final, “páginas íntimas”.



CUADERNOS DE LITERATURA

La idea anarquista es una idea del movimiento. Desde las vibraciones del átomo hasta los estruendos cósmicos, el impulso anarquista cruza nuestro pensamiento y nos interpela a deliberar acerca de las corrientes que cruzan los cuerpos sociales. En el flujo del tiempo, la anarquía es una posibilidad, un camino armónico que podemos transitar. No es el estadio final: la naturaleza no se detiene, no existen formas sociales fijas.

Estos Cuadernos de Literatura traen las notas del viaje que no acaba. Guardados en la alforja, archivan las impresiones de individuos que creyeron, y siguen creyendo aún, que el acto creador, la imaginación suelta que se expande hacia la utopía, es el primer germen contra toda autoridad, el movimiento necesario para libertarnos de nuestro estado de servidumbre.

¡Viva la autogestión!

Nos alegra saber que has llegado a un libro del catálogo de Editorial Eleuterio. Esta es una versión electrónica de un título que también está disponible en ferias, librerías, bibliotecas y archivos. La reproducción material de libros es fundamental como método de propaganda: es un oficio aliado con el universo de las imprentas y las bibliotecas. Por eso, incentivamos el apoyo a los proyectos autónomos.

Aporta con el desenvolvimiento libre de las ideas y conocimientos: asiste a encuentros como ferias, lanzamientos y foros; consulta catálogos editoriales; comenta, comparte, intercambia, regala, multiplica libros; arma bibliotecas en casa, en el barrio, en la escuela.

Los libros son alimentos. En el apoyo mutuo se cultivan. En la libertad mancomunada perduran. En el diálogo se expanden.

Visita

www.eleuterio.grupogomezrojas.org